



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

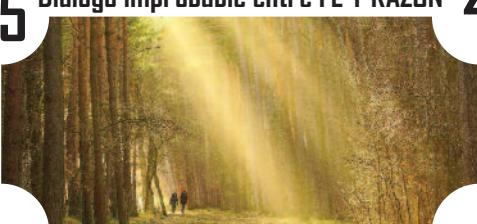
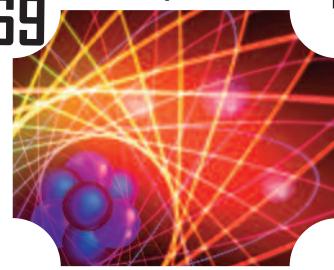
Revista digital n.º 156

Febrero 2026

Atenea y el ajedrez de la vida
El plan B y la cadena rezagada
Diálogo improbable entre fe y razón
Historia del vestido: Egipto
Marie Bonaparte, discípula de Freud
Guanches: tierra de valientes

Hildegarda de Bingen
El invierno y los misterios del punto
Pauline Viardot
¿A quién somos fieles?
El átomo y la materia
El filósofo autodidacta

SUMARIO

4	ATENEA y el ajedrez de la vida	11	EL PLAN B y la cadena rezagada
			
15	Diálogo improbable entre FE Y RAZÓN	22	Historia del VESTIDO: Egipto
			
	ESFINGE conocimiento • reflexión • diálogo	30	MARIE BONAPARTE
	Revista digital n.º 156 Febrero 2026 www.revistaesfinge.com ISSN: 2952-4784		
	MESA DE REDACCIÓN:		
	M.ª Dolores F.-Fígares, subdirectora Fátima Gordillo, coordinadora Miguel Ángel Padilla, mesa editorial Juan Carlos del Río, webmaster Gabriele Ruskenaite, edición de contenidos Esmeralda Merino, estilo y corrección Lucía Prade, suscripciones y redes sociales		
	<i>Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.</i>		
	<i>La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.</i>		
			
42	Hildegarda de Bingen	56	El INVIERNO y el punto
			
59	Pauline Viardot	64	¿A quién somos fieles?
			
69	El ÁTOMO y la materia	78	El filósofo autodidacta
			



Buscar el conocimiento

Podemos celebrar una vez más que nuestra revista, mejor dicho, nuestros colaboradores de Esfinge han hecho este mes un ejercicio muy elegante para encontrar desde la diversidad un camino hacia la unidad del conocimiento y la sabiduría.

Señalaremos algunos trabajos que nos han llamado la atención, empezando por «El átomo y la estructura de la materia», que abre las reflexiones que nos presenta la ciencia, con la ayuda de los filósofos y científicos que nos ofrecen las respuestas que estamos buscando para comprender las interacciones de las fuerzas, como nos muestra nuestra experta Isabel Pérez.

Por su parte, nuestro colaborador José Carlos Fernández busca desvelar lo que llama «los misterios del punto» y nos anima al «uso de la analogía» para comprender las verdades que nos ofrece la ciencia.

Entre estos dos puntos, nos encontramos con temas relacionados con la sociedad, la historia, el arte y, como siempre, con la filosofía, como punto de referencia para la diversidad en la que nos honramos en buscar para encontrar la unidad, que da sentido a todo.

El Equipo de Esfinge

ATENEA y el ajedrez de la vida



*Ana Amador, Ana Belén Rodríguez,
Adoración Perea, Montse Reboll*

Hay muchas ocasiones en que la vida se nos presenta como una apasionante partida de ajedrez. Nos encontramos ante el imaginario tablero del mundo, intentando ser precisos en cada uno de nuestros movimientos, tratando de no equivocarnos en las más arriesgadas decisiones, y deseando salir airosos de todas las dificultades. A veces vemos cómo se truncan nuestras jugadas más estudiadas, cómo la partida se nos pone a favor unas veces o en contra otras; pero también sabemos que «el tablero» siempre nos ofrece nuevas posibilidades. Tampoco conocemos cuánto durará la partida y si sacrificaremos nuestras piezas más queridas. Pero más allá de la incertidumbre, percibimos la presencia inspiradora de Atenea, la diosa de las artes, la razón y la inteligencia. Ella nos observa desde lo más alto, con sus enigmáticos ojos verdes, alentándonos en los momentos complicados y recordándonos que, en el juego de la vida, la inteligencia y la estrategia son dos armas fundamentales para obtener el triunfo.

Existen muchos juegos de mesa en los que se usan palabras, cartas, o tableros. Muchos de estos juegos son milenarios, y los utilizamos hoy como un mero entretenimiento mientras disfrutamos de la buena compañía familiar o de una sana competición entre amigos. Y es que lo lúdico siempre ha estado presente en la vida del hombre. Se sabe que en Mesopotamia se conocían los juegos de mesa dos mil años antes de Cristo. En el antiguo Egipto se jugaba al senet, del cual queda constancia en varias ilustraciones de la época. En la Grecia de Platón se nos describe un juego denominado petteia, que exigía habilidad y entrenamiento.

Cuando jugamos, esperamos que la diosa Fortuna nos acompañe, pues creemos que nuestro éxito o fracaso depende, en gran medida, de dos factores importantes: posibilidad y suerte. Si bien en nuestro mundo occidental hemos perdido el saber oculto que esconden muchos de estos juegos populares y hoy los consideramos un pasatiempo

que no necesita un alto grado de preparación, no ocurre lo mismo con los juegos estratégicos, donde, además de disfrutar de nuestro tiempo de ocio, tenemos la posibilidad de desarrollar aptitudes como la concentración, la habilidad, el razonamiento, e incluso la intuición. Este es el caso concreto de un milenario juego, el ajedrez.

Pero ¿cuál es el origen de tan extraordinario juego?, ¿por qué ha despertado el interés de hombres y mujeres de todos los lugares y épocas? La versión más extendida apunta que es originario de la India y fue transmitido al Occidente medieval a través de los persas y los árabes. Sin embargo, existe una referencia en la obra de Platón, *Fedro* o *Del amor*, que sitúa su origen en Egipto, atribuyéndole al dios Thoth su invención.

La primera referencia del ajedrez que ha llegado hasta nuestros días aparece en el *Vasavadatta*, prosa sánscrita del romance, y en el *Mahabharata*. Se cree que tiene un origen brahmánico, pues el diagrama de 8x8 contenido en su tablero es de carácter claramente sacerdotal. Esto confirmaría que su origen no fue lúdico, sino más bien sagrado. A lo largo de los años, las reglas y la forma externa de este juego han ido variando, pero la esencia de sus enseñanzas ha permanecido intacta.

Dicen los expertos que los buenos jugadores de ajedrez, entre otras habilidades, adquieren la capacidad de saber aislarse del exterior, desarrollando una gran concentración acompañada de una buena dosis de inteligencia estratégica, o lo que es lo mismo, la capacidad de tomar decisiones con rapidez. El ajedrez es considerado un juego totalmente racional y exige una realidad de cálculo. Pero además de activar una mente lógica y calculadora, el buen ajedrecista necesita traspasar la barrera mental y desarrollar cierto grado de intuición. Este es un hecho confirmado por los más grandes ajedrecistas de los últimos tiempos, quienes han logrado derrotar a algunos modernos ordenadores de lógica aplastante.

En la India tradicional, el juego del ajedrez era utilizado para cultivar la estrategia, una facultad necesaria para el gobierno y la defensa. Por eso, siempre estuvo en estrecha relación con el arte de la guerra. Dos contendientes, dos ejércitos enfrentados entre sí, en los cuales destaca una jerarquía necesaria para el combate: un rey, que representa el centro del juego; a su lado, su consejero o reina, y un dios moviendo las piezas con inteligencia y no dejando nada al azar.

El filósofo siempre ha encontrado una clara similitud entre el ajedrez y la vida. Cada jugador tiene libertad para mover sus piezas siguiendo unas normas básicas y rigurosas, sin olvidar que sus movimientos no tienen vuelta atrás. El jugador puede elegir entre varias posibilidades y cada movimiento traerá una serie de consecuencias ineludibles, algo que recuerda la antigua ley del karma. La victoria no vendrá, pues, de movimientos ciegos y espontáneos, sino a través de una acción basada en el conocimiento de las normas y posibilidades y gracias a unos movimientos ejecutados con inteligencia. Simbólicamente, el ajedrez nos enseña que, para vivir en plenitud la vida, debemos tener conocimiento de sus leyes universales, es decir, necesitamos aproximarnos cada vez más a la sabiduría.

Atenea, diosa de la sabiduría en Grecia, tiene en sí misma y en sus símbolos, facultades que se pueden relacionar con el simbolismo del juego del ajedrez.

El tablero

Es el lugar donde se desarrolla la trama del juego. Es una figura geométrica de cuatro lados iguales, un cuadrado, que representa simbólicamente el cuaternario o personalidad del hombre y el campo de acción de las fuerzas divinas. Es decir, que es en nuestro interior donde se va a desarrollar la eterna lucha entre el bando de la luz y el de las sombras.

El tablero queda dividido en una cuadricula de sesenta y cuatro casillas, dentro de un diagrama 8x8, la misma construcción que posee el cuadrado mágico alquímico de Mercurio-Hermes, cuya función, además de instructora y educadora, era iniciática. Esta división (en geometría sagrada, son dos cuadrados superpuestos), muestra el cosmos en todas sus posibilidades junto con las fuerzas que operan en el universo y en el hombre. El 8 simboliza el movimiento eterno y la espiral de los ciclos.

Si, por otra parte, aplicamos la reducción teosófica al número 64 (6+4), obtenemos 10 (1+0=1), es decir, que bajo la realidad ilusoria de 2 (dos ejércitos, dos colores) se esconde la Unidad.

La armónica alternancia de los colores blanco y negro en el tablero nos muestra la manifiesta complementación de los opuestos del universo. Así, en el ajedrez aprendemos que la luz y las tinieblas, el día y la noche, el bien y el mal, se oponen pero también se complementan, porque uno no existe sin el otro. Existe un significado de orden metafísico en los colores blanco y negro, siendo el blanco el color de lo manifestado y el negro de lo no manifestado.

El juego

Dos ejércitos, devas y asuras han de disputarse el tablero del mundo. Un ejército blanco, el cual simboliza la luz, entra en combate por un principio: el espiritual; el ejercito negro simboliza las tinieblas en el hombre. El cometido y el simbolismo del ajedrez nos hace recordar las batallas relatadas en el Baghavad Gita, cuando los chatrias o guerreros luchan a favor de la parte divina del hombre.

El rey

Es el sol, el corazón, la ley y el orden, representante divino sobre la tierra. A semejanza de las batallas tradicionales, el propósito final del juego es cercar al rey enemigo, pues la muerte de este significa la victoria. El término «jaque mate» con el que se da término a la partida deriva del persa *shamat*, ‘el rey está perdido’. Alcanzar al rey (el centro) es sinónimo de dejar atrás el laberinto de los sentidos, de acabar con el mundo de la ilusión. El vencedor, por tanto, se hace con la supremacía del mundo superior. Curiosamente, el escaso movimiento de esta pieza sobre el tablero tiene su simbolismo: el rey, al estar manifestado en la materia, ve limitados sus movimientos.

El rey, en el mito de Atenea, es su padre Zeus. De joven destronó a Cronos (Saturno), y venció, junto con sus hermanos y con los cíclopes, a los otros titanes y a los gigantes. Con esa triple victoria se afirmó su poder como señor absoluto del mundo y cerró el ciclo de las divinidades tenebrosas, de las fuerzas desordenadas que, como Cronos —el tiempo— todo lo corrompen y destruyen. Para los filósofos, su triunfo simboliza la victoria del orden y la razón sobre los instintos y las pasiones.

En las leyendas más antiguas, Zeus es descrito como el más joven de los Crónidas —hijos de Cronos— a quien, en el reparto del mundo, cupo el dominio del cielo y la responsabilidad de los fenómenos atmosféricos.

Es él quien abre a los hombres el camino de la razón y les enseña que el verdadero conocimiento solo es obtenido mediante el dolor. Pero no asiste impasible a los sufrimientos humanos; al contrario, se compadece y hasta sufre por ellos. Solo que no se deja llevar por las emociones, pues es la imagen de la justicia y de la razón. Sabe que no puede intervenir en las decisiones personales: cada cual debe vivir solo la propia experiencia. Se limita a premiar los esfuerzos sinceros y a castigar las impiedades.

La reina o consejero

Es un potente símbolo de poder y feminidad. En la guerra, el rey contaba con un consejero para planear la estrategia. En la versión europea, el gran visir fue sustituido por la imagen de la reina. La unión entre el rey y la reina simboliza el equilibrio y la armonía.

Palas Atenea, diosa de los guerreros victoriosos, lo es porque en su nacimiento aparece armada y dispuesta para su misión. Nace directamente del cráneo paterno. Atenea presidía las batallas, pero solo para conducirlas a la victoria y, a través de la victoria, a la paz y la prosperidad. Cuando la guerra ha sido librada y la paz establecida, es entonces cuando la diosa Atenea reina en toda su gentileza y pureza, enseñando a la humanidad a disfrutar de la paz e instruyéndola en todo lo que da belleza a la forma humana, en la sabiduría y el arte.

Antes del comienzo de la batalla, los guerreros sienten su presencia inspiradora, deseando probar su heroísmo. La diosa, sacudiendo su temible égida, corre a través de los grupos llamados a las armas. En un momento habían aplaudido con júbilo la idea de volver a la patria. Ahora la olvidaron por completo. El espíritu de la diosa hace estremecer todos los corazones en furioso ardor bélico.



Lo que Atenea muestra al hombre, lo que inspira y quiere de él es la audacia, la voluntad de vencer y la valentía. Pero todo esto no significa nada sin la prudencia y la claridad ilustrada. De estas virtudes se origina la hazaña y se completa la esencia de la diosa de la victoria. La luz de Atenea brilla no solo para el guerrero en la batalla. Allí donde se den hechos notables y se consigan luchando a través de la acción y del heroísmo, ella está presente.

Atenea es, ante todo, guerrera por excelencia. En este sentido se opone a Ares, dios de la furia irracional, que lanza al hombre contra el hombre en un furor asesino. Frente al poder ciego del hijo de Zeus y Hera, Atenea simboliza la justicia en y para el combate; Atenea es la razón que domina el impulso.

El alfil o el elefante

En sus orígenes, esta pieza era representada por un elefante «pil», y en ocasiones tenía forma de colmillo, aunque no debemos olvidar que, para los orientales, el elefante era símbolo de sabiduría. El movimiento diagonal del alfil, siempre siguiendo casillas de un mismo color, simboliza la continuidad existencial y la lealtad hacia las reglas.

A veces se representa como una columna. Ella es el soporte: representa el eje de la construcción y liga sus diferentes niveles. La columna con su capitel simboliza el árbol de la vida. El árbol, por otra parte, ha dado forma a la columna. «La inmensa mayoría de las columnas egipcias, por ejemplo, son una trasposición en piedra de los soportes vegetales, troncos o haces de tallos, que bastaban antiguamente para soportar los techos de madera.

En el arte grecorromano había también columnas votivas y triunfales. Destinadas a conmemorar ofrendas solemnes, se entregaban tras los acontecimientos importantes,



como grandes victorias y servicios insignes, y llevaban una dedicatoria. Los romanos elevaron grandes columnas triunfales en honor de un hombre o una hazaña.

La torre o el carro de combate

Las piezas utilizadas por los árabes incluían carros de guerra, los cuales fueron sustituidos en Occidente por torres. Su movimiento rectilíneo atraviesa indistintamente las casillas blancas o negras, y está en relación con lo viril y masculino. Si observamos la posición de las torres en el tablero, una en cada ángulo del mismo, nos muestra un tablero con apariencia de castillo con cuatro torreones. Porque la verdadera batalla está dentro de nosotros, de nuestro propio castillo interno. El castillo es símbolo de fuerza y poder, de protección y sustento, donde se unen lo masculino y lo femenino.

La construcción de una torre evoca inmediatamente la puerta del cielo, cuyo fin es restablecer, mediante un artificio, el eje primordial roto y elevarse por él hasta la estancia de los dioses. En las construcciones militares, la torre era un símbolo de vigilancia y ascensión.

Las torres de la Edad Media podían servir para acechar eventuales enemigos, pero poseían también un sentido de escala: relación entre cielo y tierra, que comprendía diversos grados. Cada piso de la torre señalaba una etapa en la ascensión y estaba fijada sobre un centro (centro del mundo). El atanor de los alquimistas toma la forma de una torre para significar que las transmutaciones perseguidas en sus operaciones van todas en el sentido de una elevación: del plomo al oro, y en el sentido simbólico, de la pesadez carnal a la espiritualización pura.

La virtud platónica de la fortaleza está representada como una joven que lleva en sus manos una torre. La diosa egipcia Neftis lleva una torre en la cabeza.

El caballo o el caballero

Representa a la caballería en un combate. De hecho, esta pieza es llamada *caballero* en todos los idiomas salvo en el español. La forma actual del caballo se la debemos a Fidias, un insigne escultor de la Grecia antigua. Fidias elaboró dibujos detallados de cabezas de caballos, los cuales se han usado como modelos para la pieza actual. Los saltos del caballo, alternando un color u otro, en forma de L, son símbolo de ritmo e intuición.

Atenea lleva dos caballos alados, uno a cada lado de la esfinge, en el centro superior del casco. El caballo no es un animal como los otros, es la montura, el vehículo, el navío, y su destino es inseparable del humano.

Los caballos alados como Pegaso representan no la fusión de los dos planos de arriba y de abajo, sino el pasaje, la sublimación del uno al otro. Pegaso lleva un rayo a Zeus, que representa al sabio iniciado.

Atenea suele llevar en su casco penachos y colas de caballo. En la Antigüedad se consideraba que el cabello del hombre y el pelo de los animales era receptáculo y retenedor de la esencia vital que, con frecuencia, se escapa con otras emanaciones del cuerpo. Está estrechamente relacionado con muchas de las funciones cerebrales, por ejemplo la memoria. Atenea, es llamada también Escenias, la vigorosa, e Hippia, pues enseñó al hombre a domesticar a los caballos.

El peón

Los peones son la tropa ligera y ocupan la primera línea de combate. Representan el sacrificio, pues no dudan en exponer sus vidas para defender la integridad de piezas de más valor en pos de la victoria. Representan al hombre común que intenta atravesar en el tablero los siete grados de iniciación para alcanzar la octava casilla, como meta del Iniciado. Una vez allí, tiene la posibilidad de volver al «tablero de juego» para ayudar a sus hermanos. Este simbolismo nos recuerda el mito de la caverna platónico, donde aquel ser humano que tiene la oportunidad de escapar del ilusorio mundo de la caverna, una vez alcanzado su objetivo, tiene el deber de regresar a la oscuridad de la caverna para ayudar a sus compañeros. El mismo objetivo que el peón del ajedrez.

Atenea escogió la lechuza porque esta ave ve en la oscuridad de la noche, y la diosa quiere que el hombre sabio vea las cosas en profundidad, por escondidas que parezcan. La lechuza está apartada en lugares solitarios, y así debe hacer el hombre que quiere adquirir sabiduría, concentrarse, aislar de las cosas externas. La lechuza representa la filosofía. Dicen que Atenea la prefirió a la charlatana corneja, para evitar que los hombres confundiesen a los sofistas con los filósofos.

Es posible que esta ave acompañe a Atenea —a veces está posada en su cabeza— porque en tiempos antiguos pudo ser una diosa alada, con todo el simbolismo que puede tener.

Atenea y los héroes

Más significativo todavía que su reinado sobre ejércitos y ciudades son sus vínculos con las personalidades que sobresalen por su vigor. Es la hermana divina, la amiga, la compañera del héroe en sus acometidas porque su cercanía lo alienta, inspira y hace feliz en el momento oportuno. Los antiguos cantares narran la historia de muchos hombres agraciados de esta manera. Ella es el esplendor del momento claro y vigoroso en el que el éxito ha de llegar, como la Niké alada vuela de las manos de la diosa hacia el vencedor con la corona. Ella es la omnipresente, cuya palabra, cuyo ojo resplandeciente, halla al héroe en el momento oportuno y lo inspira para el trabajo práctico y viril.

Canciones y obras plásticas la colocan al lado del mejor combatiente. Heracles, Tideo, Aquiles, Odiseo y otros muchos poderosos confían en ella. En el momento de la decisión, sienten un divino aliento y, a menudo, ella está ante sus ojos, en el entusiasmo del mayor riesgo. Anima a sus héroes, levanta su divino brazo y lo increíble acontece; una sonrisa de la diosa saluda al vencedor.

Así, señora, esperamos tu sonrisa si salimos vencedores de esta partida de la vida.

Bibliografía

Mitos griegos, Robert Graves. Ed. Alianza.

La Ilíada, Homero. Ed. Bruguera.

La Odisea, Homero. Ed. Bruguera.

Filosofía secreta, Juan Pérez de Moy. Ed. Glosa.

Los dioses de Grecia, W. Otto. Ed. Universitaria.

Teofanía, W. Otto. Ed. Universitaria.

Mitología del ajedrez, Francisco L. Cardona. Ed. Olimpo.

EL PLAN B y la cadena rezagada



Alejandra Arias

En la vida hay momentos en que las cosas ocurren fácilmente, decimos que van «sobre ruedas» y esa imagen nos evoca el sedoso y musical deslizar entre engranajes (*insertar suspiro*). Pero la realidad es que también hay situaciones en que las cosas no fluyen; en esos momentos parece que avanzáramos casi a trompicones.

En la naturaleza hay un ejemplo llamativo de un par de «hermanos» al que a uno parece sonreírle la fortuna mientras que al otro le toca arar con sus propias manos. La replicación del ADN es un acontecimiento que requiere un alto gasto de energía, cada segundo se está replicando alguna célula en algún sitio del cuerpo humano (la ciencia reconoce que existen células que nunca se renuevan, como las del cristalino o la retina; sin embargo, tienen la capacidad de hacerlo. Un potencial que se está investigando ahora mismo).

Este proceso es importante porque *cada* célula que forma el cuerpo humano está destinada a contener un núcleo con ADN (estrictamente hablando: no todas. Las plaquetas —células atípicas— no lo tienen y los glóbulos rojos lo pierden en la madurez a cambio de espacio donde albergar más oxígeno).

El ADN humano está formado por dos cadenas —diríamos idénticas—, pero la realidad es que, además de complementaria, una es el espejo de la otra. Las llamamos *antiparalelas* porque, si fueran dos serpientes, una estaría mirando la cola de su hermana. Las dos cadenas se van desenrollando progresivamente y, a ese ritmo, se van copiando. En el ejemplo del dibujo de las dos serpientes, es como si nos fueran revelando el dibujo de a poco. Ya se ve que el suspense no es un invento cinematográfico.

A la hora de replicar el ADN, el mecanismo de copiado limita la dirección. Tal como nosotros escribimos de izquierda a derecha, el ADN tiene una regla para dibujar a su serpiente: debe dibujar primero la parte más cercana a la cabeza. Cuando marchamos

cabeza-cola (dirección 5'- 3'), el avance ocurre de forma fluida. La cadena «diestra» no tendrá problema alguno en la lectura: las enzimas que participan del proceso van leyendo y, ante el dictado, se ensamblan proteínas sin interrupciones.

La replicación total del ADN tarda entre seis y ocho horas, es un proceso impresionante donde es indispensable el orden, el trabajo en equipo de una «maquinaria enzimática» (las enzimas son proteínas que dan y ejecutan instrucciones) sumado a la presencia necesaria de un stock de materiales de ensamblaje. En esta jornada de trabajo se están leyendo y copiando cincuenta nucleótidos por segundo (de los hasta 3.054.000.000 de nucleótidos que tiene el ADN humano masculino y los 3.095.000.000 de nucleótidos del ADN femenino).

Esto es como si un señor que cortara el césped de un campo de fútbol y tardara un año, llama en su ayuda a tres mil amigos, que entonces tardaría seis horas. Porque la verdad es que pueden existir hasta tres mil puntos de origen de inicio de este copiado (de los hasta cincuenta mil puntos posibles. La IA me sugiere que use la metáfora de la forma en que se optimiza el tiempo de pintura de un mural si varios artistas trabajan con una sección... Sean suyos los créditos).

Pero ¿qué pasa con la cadena orientada hacia atrás? Para la serpiente colocada cola-cabeza, quien copia esta cadena vive algo parecido a la persona que escucha el final de un chiste. Retiene el final y, cuando le cuentan el principio, solo debe unir las dos ideas y tendrá el chiste completo. La *cadena rezagada* (*lagging* en inglés) empieza todos los chistes por el final, y por eso debe hacer un esfuerzo extra para poder unir los dos trozos de información que los de la otra cadena escucharon de un tirón. Estos trozos se conocen como *fragmentos de Okazaki* en honor a Tsuneko Okazaki, la investigadora japonesa que los descubrió en 1967.



Existe una enzima especial encargada de pegar ambos trozos del chiste, la ADN ligasa, que también participa en la unión de trozos de la cadena rápida, la *líder*. Porque recordemos que también ahí varios artistas han empezado «el mural de la serpiente» por lugares distintos y siempre se necesita alguien que cuide el *estilo* de la pintura en los fragmentos de fusión.

Además de recordar algunos aspectos maravillosos de la genética humana, este artículo tiene como intención hacernos reflexionar sobre cómo esa cadena rezagada representa «la vía incómoda de la vida». Nos evidencia que, cuando algo nos es difícil, no significa que se trata de algún castigo; simplemente es un punto de vista diferente, otra posibilidad. De hecho, la existencia de la cadena rezagada es una garantía de que existe un objetivo en la naturaleza, tan claramente trazado que debe ser cumplido a cualquier coste. Pero para eso hemos de tener un plan B. También nos pasa a las personas en la vida: tenemos un proyecto y, siendo optimistas, esperamos que salga tal como lo hemos soñado, pero de no ser así... El profesor de filosofía y maestro de la vida Jorge Ángel Livraga hablaba de las armas rotas; a veces nos vemos obligados a luchar con «armas rotas».

¿Es esto una desgracia? Definitivamente, es incómodo, pero ciertamente no es desgraciado. Las dificultades de la vida, de las que nadie o nada está exento (el ADN lo prueba) existen para hacernos más fuertes. Así como el *captcha*, al verificar que somos humanos, pone a prueba nuestra imaginación, nuestra flexibilidad, nuestra tenacidad de seguir intentando, nuestra capacidad de relacionar elementos o incluso nuestra cualidad lúdica, muchas pruebas de la vida ponen a examen justamente estos elementos.

La palabra prueba *tiene* origen en *Pro* —del latín *delante* y la raíz indoeuropea *Bheu*—, ‘crecer, desarrollarse’, de donde tenemos la palabra probo: algo que es válido y bueno porque ha sido probado.

Es poco posible que el universo necesite garantizar que somos humanos, pero tal parece que a veces hemos de demostrárnoslo a nosotros mismos. Esperar que todo sea sencillo, automático y gratuito es un lugar imposible al que solemos escapar con frecuencia, una protección infantil, porque cuando, riendo, nos deslizamos por el plano inclinado en un trineo, casi se nos olvida que una vez subimos arrastrándolo montaña arriba. Las dificultades y lo incómodo son un constante despertador para no dormirnos, el aprendizaje y esfuerzo que nos permite, en el futuro, hacer las cosas casi con los ojos cerrados.

En el siglo V a. C., Sócrates se hacía llamar a sí mismo el tábano de Atenas. Este filósofo tenía a mucha honra no engañarse, no caer en la tentación de la comodidad, no dejar de aprender nunca y no perdonarse una vida sin examen. Y eso mismo trató de contagiar a la Grecia de su tiempo. El ADN nos recuerda las dos opciones de la vida: puedo hacerlo fácilmente o puede ser que me cueste un poco más, pero aquello que debo hacer voy a hacerlo. Si el objetivo está claro, depende de mí su realización y no de las circunstancias. La flexibilidad que exige el plan B es un regalo, el *crossfit* gratuito de la vida para que nadie se duerma y se deje dominar por la pereza.

Los seres humanos tenemos casi 30 billones de células. A eso le sumamos los otros casi 40 billones de microorganismos que nos colonizan (la microbiota), nos acompañan y

nos educan (a su vez cada una con su propio ADN). A la suma de ambos genomas se la conoce como *pangenoma* y permite, fantasías aparte, que nos convirtamos en un *superorganismo*. Si tenemos posibilidades insospechadas a nivel biológico, con más razón las tendremos a niveles metafísicos. Ya nos recomendó Aristóteles, aun cuando seamos mortales, no vernos pequeños, no reducirnos a una condición mortal, desatarnos de esos lazos y vivir de acuerdo a lo mejor que existe en nosotros. ¿Cómo podríamos conocer lo mejor si nunca lo hemos puesto a prueba?

La «cadena rezagada» se llama así porque le toca esperar un poco para dibujar a la serpiente, necesita que se descubra algún trozo coherente que ella sea capaz de copiar. Pero apenas ella comprende, actúa. Su replicación no es diferente significativamente en el tiempo de la de su hermana. Ambas terminan casi simultáneamente. Porque la dificultad puede hacer en nosotros desarrollar habilidades nuevas, insospechadas. Podemos aprender lecciones del ADN porque nos ocurre lo mismo: a todos nos es útil conocer y respetar los métodos de trabajo, de velocidad, los ritmos (tanto propios como de los demás). La verdad es que no importa quién haya empezado la carrera: lo importante es que todos llegaremos; y si —como nos dicen los sabios— en lo pequeño es como en lo grande, es posible que además lleguemos todos juntos.

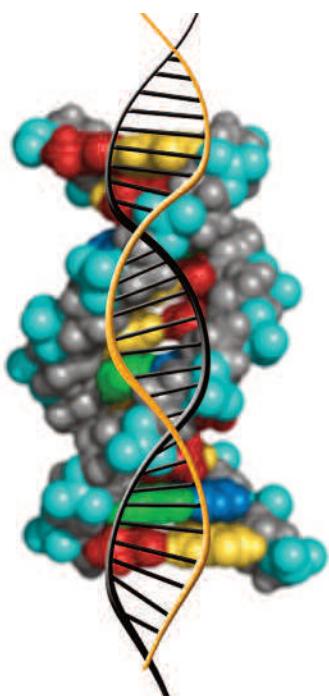
Bibliografía

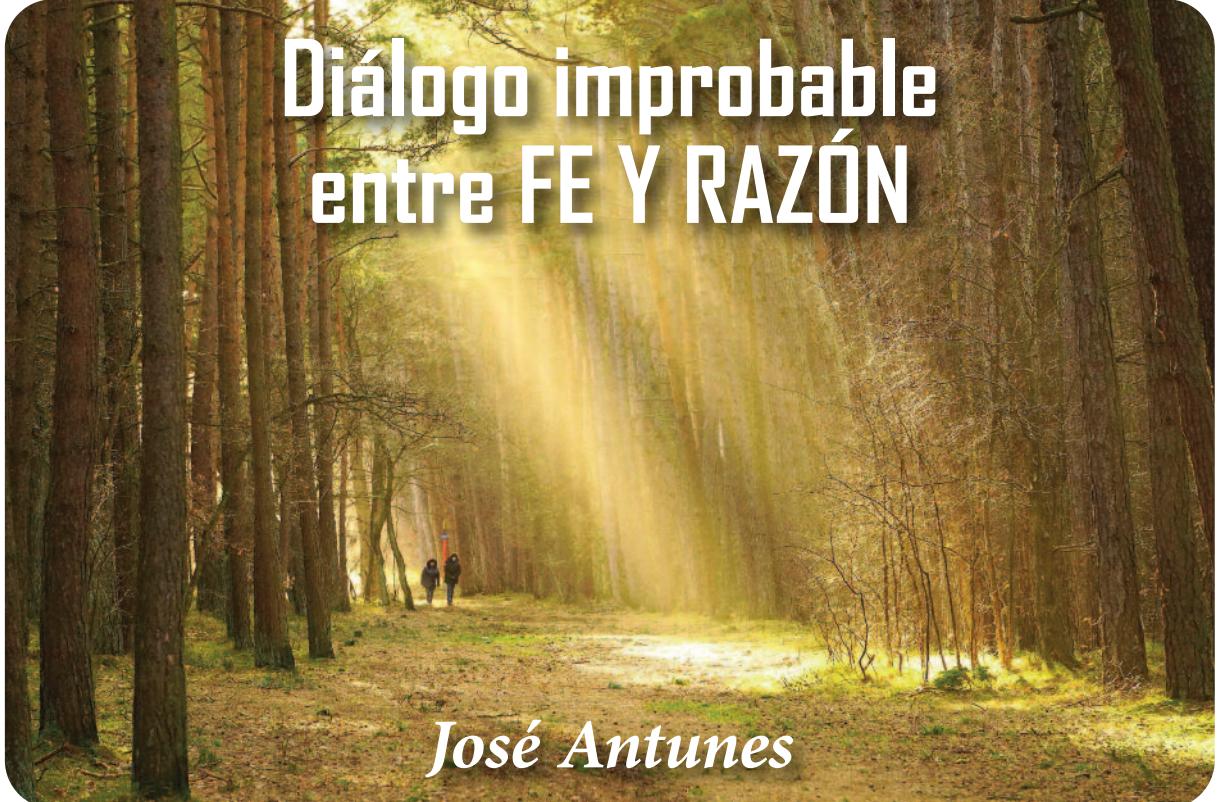
Revista. Fondo Editorial Biogénesis de la Universidad de Antioquia. Número 2006. Biología de la célula. Artículo «Replicación del ADN», Pablo J Patiño *et al*. Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.

<https://www.macula-retina.es/descubren-mecanismo-de-bloqueo-de-la-regeneracion-de-retina/>

https://www.youtube.com/watch?v=wKu_P3hUX50&t=84s

<https://www.studocu.com/es-mx/document/centro-universitario-uteg/biologia-molecular/revolucionando-el-adn-tsuneko-okazaki-y-la-fragmentacion-que-cambio-la-biologia-molecular/101512961>





Diálogo improbable entre FE Y RAZÓN

José Antunes

La historia que vamos a narrar sucedió hace mucho mucho tiempo, tanto que su final quedó escondido por las brumas de los siglos.

Deambulaban por los caminos del mundo Fe y Razón en un movimiento incesante, ininterrumpido y constante, para llegar hasta todos los rincones humanos. Pasaban por los lugares habitados más diversos y se quedaban, bien aquí, bien allí, un tiempo de variada intensidad. Como tenían que pasar por inmensos lugares, viajaban ligeras, nunca a la par o al lado la una de la otra, sino una tras la otra, primero una y después la otra, y primero la otra y después la primera, nunca juntas sino siempre persiguiéndose, ora una, ora otra. Unas veces iban más cercanas y otras, alargándose los caminos, quedaban muy distanciadas. Nunca se perdían e incluso parecía que competían entre sí. ¿Quién llega primero? ¿Quién prevalece más tiempo? ¿Cuál es el camino más corto?

En algunos lugares —los de menos habitantes—, estas viajantes se mostraban con vestiduras muy humildes y eran vistas con ligereza. Aún conseguían ser reconocidas por un aspecto simple y honesto, pero no retrasaban su estancia mucho por ahí. Sus imágenes, fugaces, eran bastante para quien las veía. Y sabían que esto era suficiente para el ánimo de esos humanos, que continuaban con su trabajo para sobrevivir. Incluso para estas actividades materiales de subsistencia, sabían que les eran necesarias, pues para cazar, o cosechar, o pescar, para cuidar, tratar o curar, tanto la una como la otra eran siempre usadas. Sabían que habitaban desde siempre en el interior del ser humano, por más sincero que fuese, apareciendo, bien una, bien otra de modo alternado. Para la supervivencia en el mundo, ahí estaba en acción Razón con toda su luz solar para ayudar a esclarecer y solucionar situaciones inmediatas. Ante el enigma del otro mundo, ahí estaba Fe con toda su grandeza misteriosa, incomprensible, con su poder de abarcar, cósmica.

En los lugares más populoso, en los grandes centros en que la humanidad ardía en actividad, estas dos compañeras aparecían de modo bien diferente. Sus vestimentas eran esplendorosas, brillaban intensamente para poder ser bien vistas y contempladas. Y su tendencia era permanecer más tiempo para que sus efectos fueran más perdurables. En los centros de las ciudades, en los palacios de los poderosos, cortejaban a los humanos más ilustres, pues para ellos no era suficiente tan solo una sombra, una imagen pálida, sino el máximo resplandor que pudiera cada uno de ellos contemplar. Y así se movían a través de los siglos, siempre vigorosas y brillantes, estas dos damas animadoras de la humanidad.

En cierta ocasión, en su continua peregrinación al encuentro de los humanos, avanzando en una senda accidentada y tortuosa sucedió algo inusitado. Tales caminos eran laberínticos, mas debían ser cruzados. Como ya sabemos, andaban siempre próximas pero separadas y así continuaban sus jornadas, ora una delante, ora la otra. En esta ocasión, en estas sendas enmarañadas y sin saber cómo sucedió, ¡acabaron por encontrarse frente a frente! Quedaron aterrorizadas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó estupefacta Razón.

Fe, como miraba muy a lo lejos, ni conseguía darse cuenta de lo que estaba sucediendo y preguntó:

—Disculpe, ¿pasa algo?

—Amiga y hermana, ¿no me reconoces?

—¿Amiga y hermana? Oh, ¿pero qué sucedió? Nunca nos encontramos cara a cara, ¿cómo sucedió esto?

—Bien, quien suele preguntar soy yo, pero ¡sé bienvenida a mi campo! —dijo Razón. De hecho, yo misma estoy confusa con lo que sucedió y no encuentro explicación...

—Ah, entonces, bienvenida a mi terreno, dijo con gracia Fe.

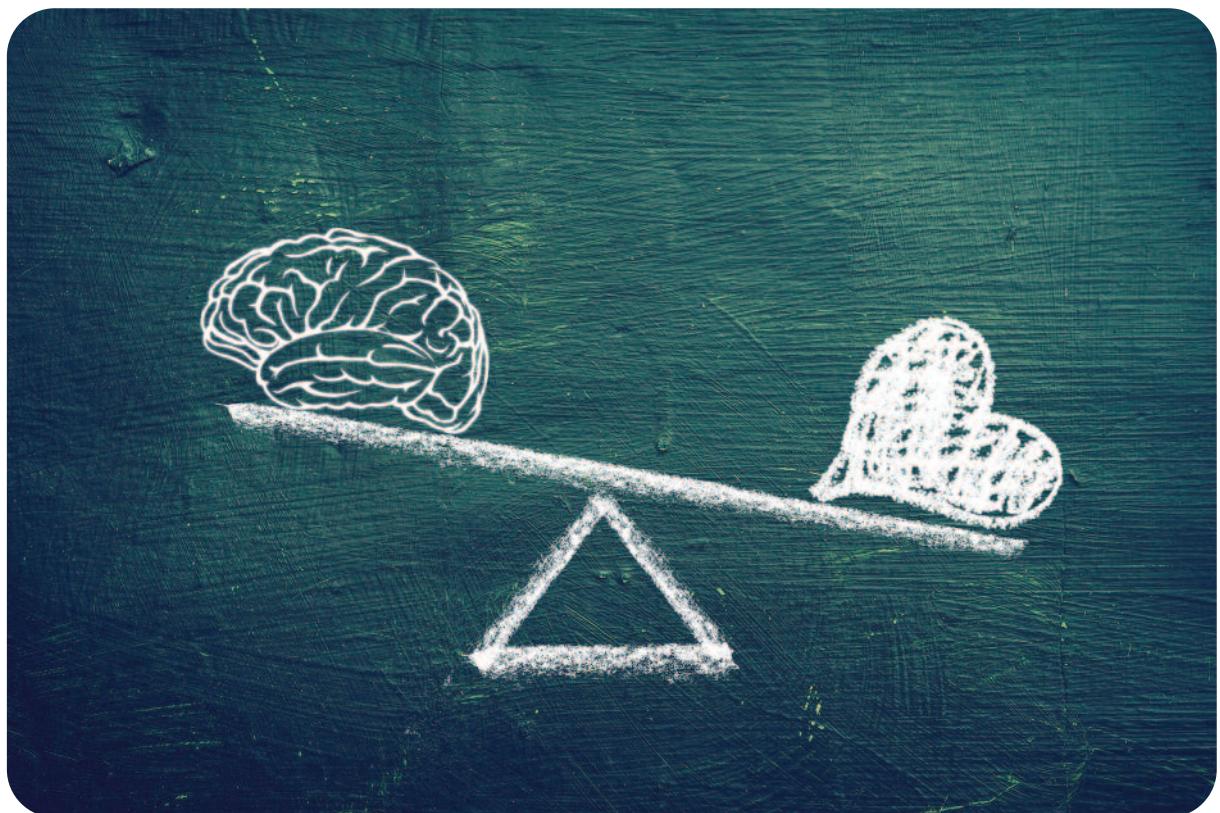
Este encuentro entre las dos caras de la Imaginación, que nunca antes había sucedido, pues una estaba siempre de un lado y la otra del otro haciendo así imposible estar cara a cara, provocó un auténtico asombro cósmico y toda la naturaleza quedó paralizada. El viento no sopló, las plantas detuvieron su crecimiento, los animales quedaron inmóviles...

Aquella senda era muy estrecha e imposible de poder pasar a la vez. Ninguna podía ceder la prioridad del paso a la otra, pues ambas son dos caras equivalentes. Ninguna podía volverse para atrás e invertir la marcha, el camino era siempre hacia adelante y hacia arriba. En este ínfimo tiempo infinito, algo tenía que suceder...

—Querida hermana, ahora que el asombro ya se fue de estos parajes, podemos solucionar esta situación.

—¿Y buscar una solución razonable? —bromeó Razón.

—Bien, algo tendremos que hacer. No podemos dejar al mundo en este *impasse* y espero que aportes algo en contribución. No me es suficiente poseerme a mí misma, estando imposibilitada de caminar.



—Y yo, que soy *camino* ¡no puedo quedar aquí parada en contemplación! Así, si me fuera permitido pasar, todo volvería a lo normal.

—Ah —expresó Fe—, parece que esa convicción de tener el camino abierto para pasar está bien enraizada. ¿Tienes argumentos que exponer en relación con eso?

Y entonces quedó establecido que la única solución sería confrontar los puntos de vista. Ciertamente, una argumentación justa, honesta, correcta conseguiría terminar con tal situación embarazosa.

Entrando en la liza llena de vigor, y tal vez con algún convencimiento, Razón comenzó por esgrimir el primer argumento.

—Pues bien, queridísima amiga, respecto a la persecución del mayor intento de esclarecer a los seres humanos, yo estoy en primer lugar. Cuando se quiere caminar, lo primero que hay que hacer es mirar dónde colocar el primer paso. La realidad fuera de nosotros tiene que estar bien definida, diseñada, recortada para que mis pies puedan ser colocados en un lugar concreto y no correr el riesgo, por distracción o por tan solo mirar hacia las estrellas, de caer inadvertidamente en un agujero delante.

—Espera un poco —dijo Fe—. Si entendí bien, afirmas que lo más importante es esa visión clara de lo que está delante de nosotros, la percepción de la realidad concreta y física que nos otorga lo inmediato de la realidad, lo próximo de lo circunstancial... Pero según mi entendimiento, eso sucede porque ya se está en el camino, el peregrino está en movimiento. Por eso pregunto: ¿cuándo comienza o es el inicio de este movimiento, de esa marcha a la conquista de lo desconocido, de esa búsqueda para contactar el misterio de todas las cosas? ¿No habrá un momento interno, oculto, invisible que determina todo el movimiento posterior? ¿Esa decisión es asumida con la visión clara



y objetiva de todos los pormenores de lo que ocurrirá en la caminata? ¿O será más bien un paso en dirección a lo desconocido, movido por mí misma, Fe? Y no quieras crear una niebla basada en un contenido no siempre amplio puesto en este, mi nombre; bien sabes que los humanos son propensos a la confusión y a quedar limitados con los significados menores de los términos que usan, especialmente los términos relacionados con objetos profundos y metafísicos, pues los términos de objetos físicos son menos propicios a estas nieblas. Para dar un paso, tendrás que creer en aquello que aún no es tuyo, y solo podrá ser tuyo si te decidieras a dar ese primer paso. De este modo, iyo voy primero y soy la principal!

—Es evidente que no puedo dejar de concordar en este punto. Como Razón, lo importante es aproximarse a la verdad y no encontrar artificiosos raciocinios para contrariar argumentos verdaderos. ¡Pero no creas que te dejo el camino ya abierto! En todo el proceso de la caminata, dices entonces que estás en el comienzo y abres esa puerta del futuro. Ese es un momento íntimo. La decisión de iniciar algo parte de lo más profundo y misterioso de cada ser humano, algo empuja para ejecutar, realizar, mas esa vivencia profunda e impulsora está carente de visión, es tan solo la potencia, el ímpetu y fulgor de una flecha dispuesta a ser disparada con el arco. ¿Pero quién la dirige? Retira la vista del arquero y el poder de esa flecha será inútil. Después del primer paso, soy yo quien guío por sendas seguras a aquellos que se ponen en movimiento. Soy su mirada, visión, comprensión, entendimiento, pues cada pie colocado en la escalera exige seguridad y fijeza. Los peldaños frágiles están llenos de peligros y soy yo quien permite fortalecer estos peldaños. En cada momento de avance, con mi luz, que irradia hacia el exterior, permito que el peregrino avance con confianza y firmeza. Sin mí, ningún paso es dado, pues solo resta una buena intención sin la decisión de colocar un pie firme en el camino. Esta firmeza soy yo quien la otorgo.

—Pero entonces —pregunta Fe—, ¿piensas que estoy solo en el punto de partida y que después quedo en reposo?

—No llego a tanto... Pero es evidente que soy yo quien acompaña lado a lado al peregrino. En cada pequeño momento ahí estoy, ayudando en la distinción entre lo falso y lo verdadero, permitiendo que la dirección sea la correcta y huyendo de las ilusiones fugaces y atrayentes de la mentira, siempre dispuesta y queriendo ser vestida de verdad.

—Creo que me estás dando descanso en exceso —ironizó la Fe—. Afirmas que, contigo, el peregrino puede y consigue estabilizar y construir el peldaño hacia donde acabo de ascender. Mas, pregunto: ¿para qué pretende él realizar esto? ¿Por qué aplica tanto esfuerzo en esa construcción externa y simultáneamente interna? Primero, creo que el impulso inicial no se esfumó, no desapareció y aún continúa impulsando; segundo: ¿la atracción por el peldaño desconocido superior no está también desempeñando su papel de polo magnético? ¿No sabes que esa atracción por lo desconocido tiene mi nombre?

Por momentos, Razón quedó meditabunda... ¿Mantendrá la fe en sí misma? Y continuó con sus reflexiones.

—Así es, de hecho. No me puedo oponer solo por querer contrariar, y no puedo huir de la verdad. Pero si tu naturaleza profunda tiene esa característica, creo que los efectos que produce en la gran mayoría de los seres humanos pueden no ser siempre útiles, o mejor, que puede tener efectos secundarios menos positivos. Tú estás, y muy bien, en el impulso inicial hacia la Gran Peregrinación, das el disparo de salida a lo más íntimo de cada ser humano. Esa primera captación o intuición de que la Verdad existe eres tú, precisamente, quien la otorga. Pero infelizmente, la mayoría ahí queda, tan solo con ese sentimiento de lo verdadero. Es un *querer* que nace... pero que rápidamente se convierte apenas en *creer*... El agua fresca que baja de la sempiterna fuente de lo alto





de la montaña corre bien al principio, pero pronto, al ser dirigida por los seres humanos hacia canales cada vez más estrechos, se lentifica hasta quedar estancada en rígidos moldes doctrinarios.

Fe no perdió su oportunidad de intervenir:

—Sigo tu razonamiento, que me parece claro. Pero aún no entiendo bien la causa de esos efectos perniciosos con los que se entretienen los humanos. ¿Es que me atribuyes a mí el acto de crear dogmas inamovibles?

—¡Claro que no, sería un error grosero prohibido a la Razón! Hablaba de los efectos secundarios provocados por ese impacto fulminante que generas. Ese impacto es tan intenso, tan profundo, tan pleno de voluntad para quien lo vive que, fácilmente, dicho sujeto cae en la ilusión de que ya está allí, de que ya llegó al final del camino. Bien sé que si no provocases ese impacto con tal intensidad, tampoco sucedería nada y el futuro humano sería mucho más trágico.

—Te entiendo —continuó Fe— y ya he visto bien los efectos generados en los seres humanos... pero no me pueden ser atribuidos los mares de dolores y horrores en las luchas en mi nombre. Mas volvamos a nuestra cuestión: hay una gran confusión y mezcla entre el hecho y el acto. La visión de un hecho no puede ser considerada como acto de esa visión. El ver un hecho no implica su realización en un acto. Me explico: la percepción de lo verdadero, la visión del faro a lo lejos, la luz al fondo del túnel, no implica que ya se esté en la Verdad, en el farol, o que ya se salió del túnel. Una distancia enorme hay que recorrer para que sea una realización. Cualquier creencia es útil para dar la señal de salida, pero si no hay camino recorrido es porque no se salió de ese punto inicial.

—Pues bien, ¿cómo recorrer tal camino si no es dándome la mano? —preguntó Razón—. ¿Cómo pasar de la potencia al acto, de lo posible a lo necesario, del hecho al acto? Estás de acuerdo en que es conmigo como avanzan los humanos. Sabes bien que todo el camino es hecho de movimiento y que este solo es posible cuando hay desequilibrio, pues si todo estuviese equilibrado en una balanza colosal, nada se movería. Este balanceo hacia un lado o hacia otro que el movimiento permite, es el que yo hago en mi proceso de esclarecimiento, de hacer evidente. Voy oscilando, relacionando cosas, imágenes, pensamientos, haciendo un movimiento oscilatorio por el cual lo falso se desprende como una hoja seca. Este juego excelsor que realizo es un bello ejercicio en el camino de las ilusiones y estas son tantas que me obligan a este constante oscilar entre lo verdadero y lo falso, la realidad y la ilusión, la verdad y la mentira. ¡Soy el gran agente que posibilita extirpar el error!

— Tanta oscilación que me llegas a parecer bipolar —ironizó Fe. Es cierto que necesitas esa línea geométrica cuya dimensión única permite poner en juego dos puntos en oposición. ¡Tu especialidad es relacionar! Sin la dualidad, ¿qué serías? Vales también por la existencia de lo falso y contra ello pretendes combatir, lo que es meritorio, pero reconoce que estás metida en la multiplicidad y de ella intentas escapar. Por el contrario, yo vivo inmersa en la unidad, nunca se me aproxima el monstruo de la duda, y la plena vivencia de la certeza es el fundamento que no se commueve.

—Pues bien, considero esa unidad como estatismo del inicio del camino que aún no se comenzó y no como meta alcanzada. ¿No consideras perjudicial que la inmensa mayoría humana te venere en una unicidad de comienzo y que de ahí no salga? ¿Qué sería de los humanos si no estuviese yo para que salieran de ese estatismo en que aparentan ser peregrinos pero tan solo vegetan en una inmovilidad perezosa? No te resto los méritos que otorgas al darles la posibilidad de que lleguen a creer, a confiar, a que se abran a posibilidades de algo más que no solo el mundo material y objetivo. Mas tienes que reconocer que ese impulso o motivación inicial, del que hablabas hace poco, puede tener su opuesto en un inmovilismo atroz. ¿Crees que está bien que porque hayan sido convencidos y unidos a una idea de verdad, con ella pasen toda la vida como si fuera algo que hubieran ya realizado? Es el desequilibrio del movimiento el que los va a impulsar al camino de ese descubrimiento.

—No te olvides que estoy en el comienzo y en el fin —dijo Fe—. ¡No me coloques tan solo en esa posición! Ese fin, que es también bañado por la unidad, está impregnado con mi savia, pues, ya que todo final es el comienzo de algo, ahí habitará el misterio, pero ahora en otro grado de intensidad más consciente. Yo estoy en las dos puntas, tú estás solo en el medio... Yo soy una en esencia y dual en existencia; tú eres dual en esencia y una en la existencia.

Así continuaba el diálogo entre estas dos famosas dialogantes en ese interregno del tiempo. Y nosotros, metidos en el tiempo ininterrumpido, no conseguimos ya acompañar el diálogo fructífero. Invitamos al lector a que juzgue quién debe pasar

Historia del VESTIDO: Egipto

Resu Castro Puertas

Prehistoria

La historia del vestido es una ciencia auxiliar de la historia al mismo nivel que la arqueología, a la que está ligada y de la que aprovecha los mismos métodos. Se trata, pues, de comparar textos y documentos con imágenes, fechados con la máxima exactitud posible, para establecer puntos de referencia cronológicos precisos que nos permitan estudiar la evolución de las formas. Hay que contar con las convenciones gráficas y las interpretaciones decorativas propias de cada época, tener en cuenta los posibles arcaísmos, separar cuidadosamente la indumentaria real o auténtica de la teatral y, también, todo lo convencional que se da habitualmente en los personajes sagrados.

La historia del traje comienza mucho antes de que las civilizaciones de Egipto y Mesopotamia hicieran su aparición. En los últimos años, un gran número de descubrimientos y el estudio de las pinturas rupestres han proporcionado documentación mucho más antigua. Los geólogos han descubierto la existencia de una serie de glaciaciones en las que gran parte del clima de Europa fue en extremo frío. Incluso al final de las culturas paleolíticas la vida se desarrollaba en el límite de los grandes glaciares, que enfriaban gran parte de los continentes. En tales circunstancias, aunque los detalles del vestido se han podido determinar gracias a consideraciones sociales y psicológicas, lo que resulta obvio es que el motivo fundamental para cubrirse el cuerpo era preservarse del frío.

Los animales habían sido más afortunados, pues no necesitaban abrigarse, y el hombre primitivo se dio cuenta de que podía cazarlos para conseguir no solo su carne, sino también su piel. En otras palabras, empezó a cubrirse con pieles. Esto acarreaba dos problemas: la piel del animal cubría sus hombros, lo que impedía ciertos movimientos

sobre todo a la hora de cazar; y dejaba parte de su cuerpo al descubierto. Por tanto, se hacía necesario darle una forma, incluso careciendo de medios para ello.

Las pieles de los animales al secarse se vuelven rígidas y endurecen, por lo que resultan intratables. Había que encontrar algún método para hacerlas suaves y flexibles. El procedimiento más sencillo era una laboriosa masticación. Las mujeres esquimales, incluso hoy día, siguen practicando este método. Otro método consistía en humedecer la piel y golpearla con un mazo, habiendo eliminado previamente los residuos de tejido.

Sin embargo, ninguno de los dos métodos era suficientemente satisfactorio, ya que si las pieles se mojaban volvían a su rigidez y había que repetir el proceso.

Cuando se descubrió que al frotar aceite o grasa de ballena en la piel esta se mantenía flexible durante más tiempo hasta que el aceite se secaba, se adelantó mucho terreno. El siguiente paso fue el descubrimiento de los tintes; y resulta curioso que las técnicas básicas de este proceso, tan rudimentarias desde sus comienzos, siguen utilizándose hoy en día. La corteza de algunos árboles, sobre todo del roble y del sauce, contienen ácido tánico, que se obtiene por un proceso de maceración de la corteza en agua. Sumergiendo la piel en esta solución durante un tiempo determinado, se hacen definitivamente flexibles e impermeables.

A estas pieles ya preparadas se las podía cortar y dar forma; llegando así a uno de los grandes avances tecnológicos de la historia de la humanidad, comparable en importancia a la invención de la rueda: la invención de la aguja con ojo. Se han encontrado gran cantidad de estas agujas hechas con marfil de mamut, hueso de reno y colmillos de foca en las cuevas paleolíticas, donde fueron depositadas hace 40 000 años. Este invento permitió coser unas pieles a otras y poder ajustarlas al cuerpo.

Mientras tanto, la gente que vivía en climas más templados estaba descubriendo las fibras animales y vegetales. Es posible que el afiltrado fuera el primer paso. En este procedimiento se trata de peinar, humedecer y, a continuación, colocar sobre un esterillo, que se enrolla de forma muy tirante para después golpear con un palo. De esta manera, las hebras de lana se unen y el resultado es un fieltro caliente, flexible y duradero.

Otro método primitivo era la utilización de fibras vegetales. Consistía en aprovechar la corteza de algunos árboles, como la morera o la higuera. Se hacían tiras con las cortezas y luego se ponían en remojo. Después, se colocaban en tres capas sobre una piedra lisa, poniendo la capa central al bies, en ángulo recto con respecto a las otras dos. A continuación se golpeaban con un mazo hasta que se unían. Después este tejido, hecho con corteza, se trataba con aceite o se pintaba para hacerlo más duradero. Este método, muy similar al utilizado por los antiguos egipcios para convertir el papiro en material de escritura, puede considerarse como un punto intermedio entre el afiltrado y la tejedura.

Las fibras de corteza pueden aprovecharse también para hacer con ellas un tejido propiamente dicho, pero el resultado no es tan satisfactorio como el obtenido con otras fibras como el lino, el cáñamo o el algodón. Sin embargo, estas fibras tenían que cultivarse y, por tanto, apenas las utilizaban los pueblos nómadas en estado de pastoreo. Estas tribus tenían ovejas, y la lana parece haber sido empleada ya en el Neolítico.

Egipto

Nos hubiera gustado poder afirmar que el lino fue la primera fibra textil de la historia, pero no hay nada que lo pruebe. Naturalmente, los pueblos monoteístas atribuían el cultivo del lino y al tejido que con él se conseguía a divinidades primordiales. Los egipcios se lo agradecían a Isis. El lino egipcio siempre ha sido el de tallo más largo (alcanza los dos metros) gracias al limo cálido y fértil que bordea el Nilo.

En una época en que las tribus europeas se hallaban aún en la Edad de Piedra y llevaban como única vestimenta pieles de animales, los egipcios fabricaban honrosas telas para los taparrabos masculinos y los vestidos tubulares con tirantes femeninos en rudimentarios telares horizontales: cuatro estacas clavadas en el suelo, cada dos de las cuales sostenían un palo en el que se fijaba la urdimbre; no parece que utilizaran lanzas. El catálogo de las telas del Imperio Antiguo incluye un linón de lo más fino, confeccionado en estos telares tan poco prácticos. Las piezas median de dos a cinco metros de largo por diez o veinte centímetros de ancho hasta un máximo de ochenta centímetros.

La estatua pintada de Nefert, nuera del rey Esnefrón, representa a la princesa ataviada con un vestido tan transparente que se le ve el collar, apenas velado a ambos lados del escote. Otra transparencia admirable es la del vestido de Nefertari.

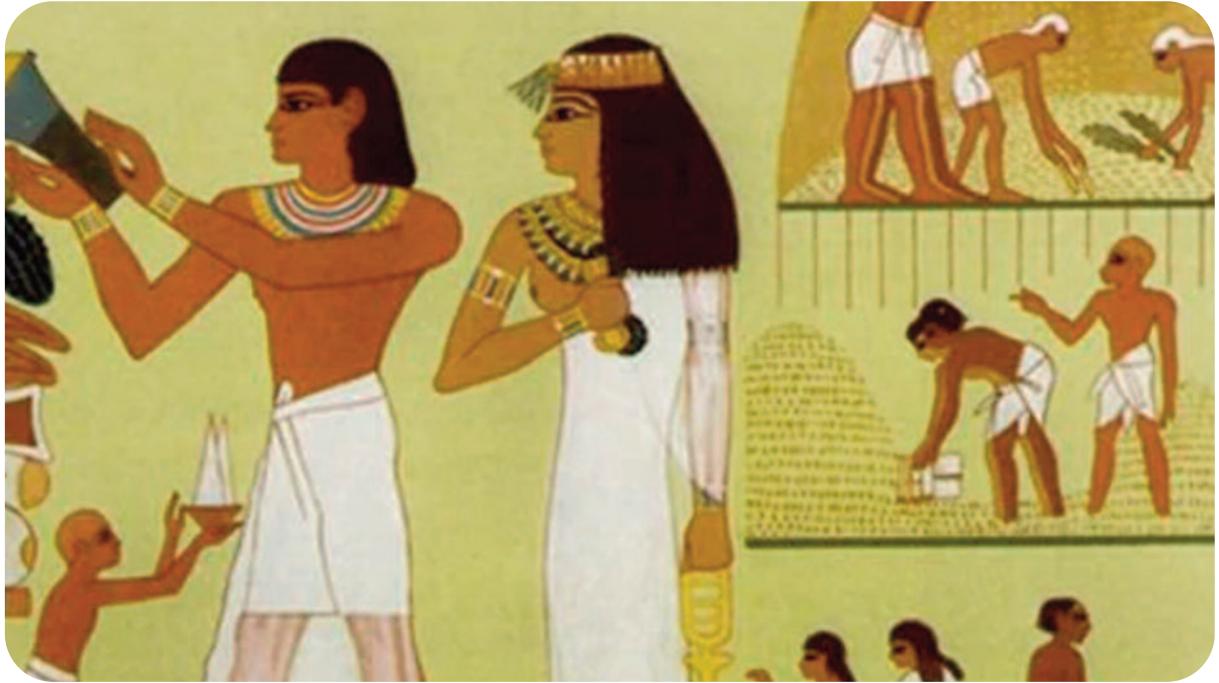
El museo de El Cairo exhibe, entre otras maravillas, el mobiliario de Tutankamón, saliendo de un cofre dos trozos de muselina y de tul perlado, cuya ligereza nada tiene que envidiar a la que se confecciona actualmente.

La hiladura de lino en mojado, es decir, la del lino mojado, se considera uno de los grandes progresos del siglo XIX; sin embargo, los egipcios practicaban este sistema de mojado muy astutamente: el lino se mojaba y se almidonaba a la vez sumergiéndolo en una vasija con una solución de almidón y trigo.

Con el lino, no solo se hacían tejidos para vestidos, sino también los primeros pañuelos conocidos, cuerdas y velas para la navegación.

Debido a que con el lino se fabrica una tela suelta, natural, que adquiere blancura a medida que se lava y se expone al sol, el lino siempre ha tenido la connotación simbólica del blanco: la pureza. Los antiguos egipcios, para quienes el lino era la fibra textil nacional, llevaban con coquetería telas resplandecientes de blancura. Herodoto diría: llevan vestidos de lino siempre recién lavados, cosa a la que dedican el mayor cuidado. Los sacerdotes solo llevaban un vestido de lino y unas sandalias de papiro y les estaba prohibido otro vestido u otro calzado. El lino blanco es asimismo el último vestido en las vendas de las momias (trescientos metros de vendas para el pueblo llano y más de mil metros para un faraón).

Empezaremos por describir el traje masculino. La principal pieza es una faja de lino estrecha y larga, arrollada alrededor de los riñones: la *shenti*. Una de las extremidades de la tela está doblada sobre sí misma de manera que forme una lengüeta saliente que, colocada sobre el vientre, permitirá ceñir la vestidura; a continuación se pasa el tejido entre las piernas, después se da vueltas varias veces alrededor del cuerpo, y finalmente, se ajusta bajo un cinturón, dibujando oblicuamente en la parte delantera del cuerpo unos pliegues en forma de abanico.



Llevada sobre la sentí, la túnica no aparece hasta la segunda época tebana (1580-1090 a. C.); es una vestidura de lujo, hecha con tejido de lino muy ligera y transparente, se llama *kalasiris* y se compone de un largo trozo de tela doblada en dos y cosida por los bordes, reservando dos anchas aberturas para pasar los brazos y dejando una hendidura para la cabeza. Un simple cordón fija la túnica alrededor del talle. Se rompe el aspecto monótono quebrando la tela con numerosos pliegues paralelos que se mantienen con un engrudo a base de goma. Se sabe también de la existencia de un tejido parecido al crespón que aparece en los frescos de las necrópolis tebanas hacia el reinado de Tutmosis I. Como la *kalasiris* era muy larga y ancha, los egipcios la ciñen con un cinturón formando un delantal triangular, del que las traducciones plásticas acentúan su rigidez.

El manto egipcio es designado por los griegos con el nombre de *sindon*, palabra que significa, esencialmente, tela de lino, que evoca una sábana, un sudario, etc. Es un rectángulo cuyo borde superior a veces está adornado con flecos. Estos flecos son franjas de trama en forma de rizos que aparecen en un solo lado y en sentido longitudinal; el hilo de la trama está, en el otro borde, normalmente unido a la urdimbre más exterior, mientras que en los dos ángulos se fijan cordones. Expresa la idea de arrollar y envolver. En efecto, el *sindon* rodea el talle como si fuera una especie de refajo; puede estar también ceñido muy arriba y mantenido por un delgado cordoncillo que pasa alrededor del cuello (adorno muy frecuente en los altos funcionarios), e incluso puede colocarse liso sobre los hombros como una ancha capa, a menos que, dejando un hombro al descubierto, se eche sobre el hombro opuesto a la manera del *himatrión* griego. Finalmente, se conoce un arreglo análogo a la faja hindú: la tela se arrolla primero alrededor de las caderas y se lanza después al bies a través del torso. Cae en la espalda por encima del hombro izquierdo; con la mano derecha es llevada a la parte delantera del cuerpo, donde se fija. Doblado sobre sí mismo a lo largo, puede asociarse con las *kalasiris*; envolviendo las caderas y anudado en la parte delantera del cuerpo, forma un abultamiento apostillado.

Nos referimos al traje especial del faraón: la *sentí*. Esta vestidura constituye a veces por sí sola el traje de los reyes. En todas las épocas de la historia de Egipto, los faraones se han representado de este modo; la *sheti* se mantiene entonces en el talle por cinturones de diversas formas que caen por delante y llevan la insignia de la realeza.

El calambé real es muy diferente de la *sheti* en su disposición y en su aspecto.

Está adornado con rayas amarillas horizontales, casi siempre azules, amarillas y verdes, separadas por estrechas bandas blancas y a menudo provisto de tiras de un simbólico rabo de toro. Un cinturón estrecho de contacto con la misma piel es necesario para el ajuste de esta prenda real. Sobre el vientre se inserta una falda de tela en el interior del cinturón. Este faldón es bastante largo para pasarlo entre las piernas y fijarse en la concavidad renal bajo el cinturón. En la parte delantera del cuerpo, el tejido que cae por encima del cinturón se arrolla alrededor de las caderas; después, vuelto a su punto de partida, se levanta y se vuelve a pasar por el interior del cinturón de manera que forme una punta mediana que aparece en el escote del calambé real, que finalmente se sostiene con un segundo cinturón estrecho y atado con un nudo.

La almalafa real —el término *almalafa* se emplea por analogía con la vestidura adoptada por los árabes— era un vestido elegante y frágil que llevaban encima de la *sentí* los príncipes de las dinastías XVIII y XIX (1580-1205 a. de C.) y se debe, sin duda, al gusto de Amenofis IV por vestirse como una mujer. A pesar de su aspecto complicado, solo está formado por un trozo de lino transparente, sujetado por un solo nudo. Un ángulo del rectángulo se coloca en el hombro izquierdo, a continuación se arrolla alrededor del talle y, para fijar esta primera falda —bastante corta—, se sostiene el pliegue del talle con un cinturón, cuya parte colgante se adorna con cintas multicolores que brillan bajo la onda de muselina. A continuación, sube la tela por debajo del brazo y, desplegada a todo lo largo, forma una segunda vuelta, mucho más ancha que la primera; lo que queda del ropaje se sube por el hombro derecho y se anuda sobre el pecho sobre el ángulo colocado en el hombro izquierdo y lo cubre con una manga ahuecada, mientras que el segundo rectángulo cae libremente por detrás del hombro derecho.



En cuanto al traje sacerdotal, el manto arrollado en el talle sobre la sentí es el arreglo más habitual de los sacerdotes; un chal echado a través en el pecho, al estilo de un tahaiti, y una piel de pantera distinguen los grados elevados de la jerarquía sacerdotal con un collar trapezoidal y calado: el collar *sha*, netamente distinto del collar *usekh*, al que a veces se superpone.

Es difícil precisar a partir de qué época el manto ceñido sobre los pectorales se convierte específicamente en sacerdotal. Los sacerdotes isíacos se envuelven a veces con un trozo de lino largo y estrecho colocado sobre los hombros, por uno de los pequeños lados, cayendo las dos puntas sobre el pecho. Un cinturón aplica en el talle la anchura de la tela, llevando así los dos lados largos del manto a la parte delantera del cuerpo, donde se cruzan.

El traje militar es muy somero hasta Ramsés II, quien instituye el primer ejército regular, y no evolucionará hasta la época griega. Se compone de un taparrabos, generalmente blanco, y a veces, rayado o de color. Se sujetta con un cinturón de tela o cuero. A veces el taparrabos se refuerza con una especie de delantal de cuero que cae por detrás hasta la corva; para los oficiales es más largo y está adornado con colas negras y blancas. El casco se sustituye por una peluca acolchada o por un gorro de tela espesa.

Los oficiales superiores se revisten con la kalasiris, sobre la que adosan una larga coraza abigarrada hecha de cuero. Las armas honoríficas realzan aún más el resplandor de su indumentaria. El cuerpo de élite (la guardia extranjera de Ramsés II, por ejemplo) tienen derecho al uso de la coraza; el armamento de esta guardia se completa con un tocado provisto de cuernos, un escudo y una larga espada de hoja triangular.

El faraón lleva el torso cubierto por un chal entrecruzado de cuatro metros de longitud, que se estrecha en los extremos; la sentí se arrolla alrededor de los riñones y encima del conjunto lleva la kalasaqui; su cabeza se cubre con la tiara de combate o tiara azul. Raramente se da al faraón, como arma defensiva, el brial de cuero adornado con escamas de hueso o de metal, ya que es una protección despreciable para el hijo de Amón, cuya sola vista propaga el terror en las filas enemigas.

El traje femenino es más simple y menos variado que el de los hombres; se compone de una típica tela de lino cuyo aspecto de faja han resaltado los artistas egipcios, haciendo sobresalir la plenitud de los senos, moldeando el talle, las caderas y los muslos; estos vestidos debían de tener, en realidad, una anchura suficiente para permitir la facilidad en el andar. Ya escotados en pico sobre el pecho, ya suspendidos por los hombros en largas bandas de tejido cubriendo enteramente los senos, o también, sujetos por un estrecho tirante sujeto al bies, los vestidos para las mujeres del pueblo, son blancos o de color crudo, pero una ancha redecilla de perlas multicolores alrededor del talle forma una ancha zona de color. Las mujeres de calidad usaban telas realizadas con dibujos variados, tejidos o bordados.

Se podía crear también oposición de color entre la falda y los tirantes y anudar cintas de colores alrededor del talle (esta última moda es característica de la XVIII dinastía). Las mujeres de cierto rango del antiguo Imperio (2980-2975 a. C.) llevaban vestidos de color rojo vivo o azafrán; más tarde, las blusas de las reinas se cubren con una decoración sobrepuerta imitando las alas de Isis replegadas y cruzadas alrededor del



cuerpo. El nuevo Imperio hace aparecer amplias túnicas transparentes y un vestido que pasa por entre los senos, unido al cuello por una punta mediana.

A partir de la dinastía XVIII se afirma el gusto por las telas ligeras, como el crepón, y adornadas por fajas. Las mujeres llevaban entonces sobre la blusa anchos ropajes transparentes que las cubrían por completo y se ataban sobre el pecho a la manera de una almalafa real.

La almalafa de Isis es una prenda de tela de tres metros de longitud por 1,30 metros de anchura, se coloca por el pecho por la mitad de su largo, después los dos faldones se cruzan por la espalda, se pasan por los hombros y se anudan por el pecho por una parte de borde horizontal cruzando el torso.

Para el plegado, el ropaje parte del hombro derecho, rodea la axila del mismo lado, se anuda sobre el pecho con la esquina inicial, después se arrolla alrededor de cuerpo y, finalmente, se echa sobre el brazo izquierdo, el que inmoviliza.

Sucediendo al plegado de la almalafa doblada tiene el mismo punto de partida, pero el faldón de tela, en lugar de echarse sobre el brazo izquierdo, se lleva al contrario, hacia atrás doblado sobre sí mismo, y se pasa sobre el hombro izquierdo, para ser finalmente anudado bajo el seno derecho con la parte superior del pliegue.

Basta con llevar a la izquierda el ángulo inicial del ropaje para obtener el mantón plegado, que deja al descubierto el hombro y el brazo derecho.

Se puede obtener un resultado parecido con la ayuda de la kalasiris o de un vestido en punta entre los senos y un mantón estrecho, colocado al bies en la espalda por su lado pequeño y anudado bajo el pecho.

Finalmente, señalamos que se han encontrado en las tumbas de los Imperios Antiguo y Medio vestidos cuya equivalente figura no se ha construido todavía: son túnicas

rodeadas de pliegues horizontales y compuestas por dos piezas distintas: una falda ancha cosida a un corpiño corto, con mangas estrechas y largas.

Peinados

A causa del calor y como medida de limpieza, hombres y mujeres se afeitaban la cabeza. Las pelucas masculinas del antiguo Imperio se componen de pequeños mechones puestos unos sobre los otros, y el conjunto constituye una especie de gorro; o bien separadas por una raya en medio, se dividen en largos cordones formando, a cada lado de la cabeza y a la altura de las orejas, una masa espesa. En la misma época, aparece sobre la peluca de las damas de calidad una corta franja de cabellos verdaderos o de dos bandas pegadas formando un impecable corchete.

El nuevo Imperio peina a los hombres con pelucas largas o cortas pero lisas. Las mujeres llevan pelucas muy decorativas y largas, terminadas con pasamanería y, a veces, guarneidas con una triple franja de color. Para alegrar esta gran masa de cuerdillas negras, añade flores de loto o bandas de tintes vivos. Las reinas llevan magníficos tocados, pero sobre todos ellos, uno considerado como sagrado: un buitre de orfebrería cuyas alas desplegadas encuadran el rostro y cuya cabeza se yergue sobre la frente.

El faraón reinante en el Bajo Egipto lleva la tiara blanca adornada con el Uraeus; la tiara blanca provista de un callado caracteriza la autoridad del Alto Egipto. Estas dos tiaras se reunirán en un tocado simbólico, el *Pschent*, en el reinado de Menes, hacia el años 3400 a. C. El tocado Klaft es un cuadrado de tejido rígido decorado con ricas listas paralelas y con un gavilán de oro tejido que, con sus alas, protege la cabeza real; en la frente, como alhaja de oro incrustado de pedrería y esmalte, se yergue la serpiente sagrada. La tiara azul o Khepresh no aparece en los monumentos antes del segundo imperio tebano; tiene carácter militar, pero frecuentemente se asocia al traje de gala del Nuevo Imperio, especialmente por el faraón herético Akenatón.

Calzado

La gente del pueblo va descalza; las clases superiores llevan sandalias de palmera o de papiro, cuya extremidad doblada protege los dedos.

Joyas

Las joyas son numerosísimas y variadas. Para su confección se emplea el oro y las piedras opacas azules y verdes, la amatista, el granate, el cristal de roca, la obsidiana, el ámbar amarillo y una gama rica de cristales coloreados. No se encuentran diamantes, ni rubíes, ni zafiros.

Afortunadamente, disponemos de mucha información sobre el traje del antiguo Egipto a través de estatuas y pinturas murales al fresco, de las cuales se han conservado un gran número de ejemplos gracias a su clima extremadamente seco. La documentación disponible es mucho mayor que en el caso de cualquier otra civilización antigua, y su rasgo más llamativo es un inmovilismo, de modo que los cambios apreciables a lo largo de un periodo de casi tres mil años son mínimos.

Tras la conquista griega, el traje egipcio fue cambiando paulatinamente como consecuencia de las influencias extranjeras; si bien el conservadurismo extremo de este pueblo mantuvo las antiguas tradiciones, al menos en las ceremonias y de gala.



MARIE BONAPARTE, la princesa discípula de Freud

Alejandra Arias

«Si alguien escribe alguna vez mi vida que la titule *La última Bonaparte*, porque lo soy. Mis primos de la rama imperial tan solo son Napoleón».

Marie-Félix Blanc de Bonaparte murió al mes de parir a Marie. La sobrina nieta de Napoleón fue una princesa atípica. Su infancia estuvo marcada por la soledad y el destino al que la condenaba la gran herencia de su madre, ese dinero que, durante la primera parte de su vida, Marie vería tan codiciado.

Su natural curiosidad e inteligencia le permitieron conocer y estudiar la naturaleza humana a partir de la observación. Miró el mundo por la ventana mientras crecía, pues su abuela temía por su salud (si Marie moría, la herencia regresaría a la familia materna). Absorbió las conversaciones y los comportamientos de sus mayores, y descubrió los misterios de la psique humana a través del teatro, la ópera y la literatura. Heredó el amor a la ciencia y a las letras de sus antepasados más cultos. Clasificó plantas y estrellas y leyó a Rousseau y a Platón. En persona vio a Pierre Curie sacar el radio fosforecente de su abrigo y tomó café con Jean Paul Sartre, entrevistó (y amó) a políticos, médicos, poetas. «Soy susceptible de sufrimiento, no de aburrimiento» (1). Pronto en la vida, tomó la decisión de hacer algo grande; podía ser vicio de su apellido, pero también una necesidad contra viento y marea de ser vista por su padre. O quizás de ser vista y existir para sí misma: «Rousseau me conmovió, no diré que me cambió: solamente lo despertó todo, todo en mí... Mi Jean-Jacques, me gustaría ser cálida y elocuente como tú, me gustaría ser genial como tú, me gustaría remover a los hombres y al mundo como remueve el viento un montón de hojas secas, como hiciste tú» (1).

Sus experiencias infantiles en relación con el desapego son tempranas y violentas: el recuerdo de su madre, sus niñeras e institutrices, su deseo de estudiar medicina, sus mascotas. Desde niña convive con la partida de aquello que desea o ama, se acostumbra

a que se lo nieguen o arrebaten. Crece, según su propia descripción, carente de amor y rodeada de soledad e injusticia. Le asombra sobremanera la mentira y cómo pueden los adultos vivir en medio de ella con una naturalidad escandalosa.

La terapéutica corre por sus venas casi sin saberlo y escribe desde su juventud. Los cuadernos y diarios con temas diversos que nos deja han permitido rastrear una biografía ordenada, histórica y clínica. Llama la atención la forma natural en que busca tempranamente enfrentar sus miedos en cuanto los descubre: a las armas de fuego, a la muerte.

A los dieciséis años un empleado de confianza de su padre la enamora. Cuando tiene en su poder cartas de amor escritas por su mano, la manipula para conseguir su fortuna, chantaje que ella vive en silencio y con miedo permanente durante cuatro años. El hecho es que este acontecimiento —acompañado ya de su natural desconfianza hacia quienes la rodean— marcará su forma de relacionarse con los hombres para siempre, será cauta y dilatará consumar físicamente la unión con sus amantes por un lado y, al mismo tiempo, su enamoramiento estará caracterizado por el ardor y la ingenuidad adolescentes.

A los veintitrés años, su padre arregla un matrimonio con el príncipe Jorge de Grecia. En su condición de alteza real dará a Jorge dos hijos y, aunque el príncipe es homosexual, le permitirá realizarse en la maternidad y aprender otras facetas del amor-odio, la necesidad y la amistad. No solo será su compañera, sino, como princesa griega, una pariente política y figura diplomática ideal. Su papel en la guerra de los Balcanes a cargo de un barco-hospital la pone en contacto con la posibilidad de ayudar a sanar a los demás.

En el París de los años 20, ya ha publicado en una revista médica y bajo pseudónimo su famoso estudio sobre la frigidez en que apoya la teoría de que la distancia entre el clítoris y la vagina afecta la capacidad de la mujer de sentir placer. La publicación se justifica con trabajo de campo realizado a partir de observación —afirma— en más de doscientas mujeres.

Su alteza real de Grecia y Dinamarca tiene cuarenta y tres años cuando, a raíz de su propia condición psicológica (según amigos psiquiatras refieren a Freud por carta se trata de neurosis, entre otras cosas), concierta sesión para psicoanálisis con Sigmund Freud. Un día le escribirá ella misma a su maestro: «El mayor placer de mi vida ha sido haberle conocido, haber sido contemporánea suya».

El encuentro con este nuevo padre le cambiará la vida para siempre. Aprende de Freud todos los días y toma multitud de notas mientras realiza su propio tratamiento. Durante algunos meses no atiende los requerimientos de su esposo, de la institutriz o de sus propios hijos reclamándola. El psicoanálisis resulta ser «la cosa más emocionante que he hecho nunca». El análisis que hace Freud de los cuadernos de infancia de la princesa Mimí es asombroso y ella misma confirma, luego, algunos hechos por boca del entonces octogenario caballerizo de su familia. En 1926 ya es delegada de Freud en la naciente Sociedad Psicoanalítica de París; ante su devoción, Freud coloca sobre ella la responsabilidad de la traducción francesa del vocabulario analítico, para no perder la pureza de la idea.

En ese entonces, en América toma fuerza un movimiento contra la práctica del psicoanálisis por parte de personal no médico. Esta causa por defender el «análisis



profano» será una de las banderas más importantes de Marie. Financiará la quebrada editorial Verlag de Sigmund Freud; además, cuidará de que las publicaciones de la Sociedad de París sean avaladas por Freud y que su nombre salga en las portadas. Traduce al francés y al alemán escritos de Freud, mientras ella trabaja en sus propias obras.

Marie Bonaparte desarrollará una interpretación de textos de Edgar Allan Poe, y será vanguardista por sus trabajos en sexualidad femenina en los que incluye una investigación en África sobre la ablación del clítoris. Otro de sus temas fetiche es la mente de los asesinos. Pero además tocará lo abstracto, como el inconsciente y el tiempo. También será famoso *Mythes de guerre*, un librito que recopila fábulas que se crean y transmiten en tiempos de guerra, incluso las mismas historias en ambos bandos. Para escribirlo, se documentó directamente de militares a los que recogía de las carreteras haciendo autoestop. En el prólogo nos previene de la leyenda de un Hitler todavía vivo, semanas después de su suicidio.

En agosto de 1925 cumple por fin su sueño de entrevistarse con una mujer condenada a muerte por el asesinato a sangre fría de su nuera embarazada. En su reflexión dice que el crimen se refugia en aquellos que se han apartado del sentido de la realidad; condenar a muerte a esta mujer es, de alguna manera, mirar la vida desde ese mismo sitio. En el fondo, un criminal representa los deseos reprimidos de todos aquellos que no matan aun cuando lo deseen. Aunque su posición social y económica privilegiada le abre más puertas que a muchos, sin duda descubre lo mismo que los demás: «el psicoanálisis aísla; la inteligencia también».

En 1928 psicoanalizó a sus primeros tres pacientes, con el control vía correo desde Viena de su maestro y tutor y bajo la supervisión de su amante y amigo Rudolph Loewenstein. Su forma de practicar el psicoanálisis será única. Atendía en el jardín de su mansión cuando el buen tiempo lo permitía, tumbada ella también o haciendo calceta. A sus

pacientes les enviaba un chófer donde estuvieran para recogerlos y a veces también se los llevaba de vacaciones y en crucero. Es anecdótico que a un exhibicionista en la vía pública le ordenó que se tapara de inmediato, pues sus partes no tenían interés alguno. «En cambio sí me interesa mucho hablar con usted; por favor, llámeme» y le alargó su tarjeta.

En 1929 todavía no se ha curado de su frigidez y se somete a la famosa operación del clítoris. Se operará hasta tres veces sin resultados.

Para el setenta y cinco cumpleaños de Sigmund Freud pronuncia una conferencia en la Sorbona ante quinientas personas.

En 1934 ya ha alquilado un edificio para que la antigua Sociedad se convierta oficialmente en el Instituto de Psicoanálisis de París. Esta fundación servirá de modelo de enseñanza para la Comisión Internacional.

El nazismo avanza y se quema literatura de autores judíos en Berlín. La antigua viuda de Wilhelm Fliess, amigo cercano de Freud, aprovecha la oportunidad y vende a Marie las cartas que se intercambiaron ambos. Marie coloca estos escritos al nivel de los *Diálogos* de Platón. Celia Bertín explicará que su auténtico valor radica en que Freud, tratando de rebatir los argumentos de su amigo, ha desarrollado sus propias teorías. Posteriormente, Marie traducirá estas cartas para su publicación al alemán, trabajo en que participó de cerca Anna Freud.

En 1938 los nazis invaden Austria. Sigmund Freud ha retrasado todo lo posible su exilio, y Marie Bonaparte será su salvadora. Paga las «tasas de salida» que cobran los alemanes por el equipaje de emigrados y le pone a salvo en Londres. Además vela, dentro de lo posible, por las cuatro hermanas Freud, que no han conseguido permiso para salir. Ayudará a casi doscientos judíos a dejar Austria. En París propone al embajador de Estados Unidos que compre a México las tierras al sur de California para fundar una colonia judía. Freud se ríe de sus planes «coloniales». Tiene él ochenta y dos años y, cuando muere por fin, sus cenizas son guardadas en una urna griega que ella le regaló hace años.

Siendo abuela, Marie vuelve a su papel de superobservadora y, mientras crecen sus nietos, saca conclusiones sobre la génesis del superyó que compartirá con Anna Freud. Ante la ausencia de su maestro y aunque Anna es menor que ella, la coloca en la figura de tutor y confidente. Le enviará sus manuscritos apenas terminados, igual que hizo con su padre, y serán amigas hasta su muerte. En una entrevista para su libro, Celia Bertín pregunta a Anna qué palabra definiría a Marie Bonaparte y Anna Freud contestará sin vacilar: la rectitud.

A los setenta años Marie escribió: «Ahora lo que importa ya no es vivir mi vida sino comprenderla». Fue presidenta honoraria de la Comisión de Enseñanza y del Comité de Administración del Instituto Freudiano. Además, vicepresidente de la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA). Murió rodeada de tranquilidad, aceptando su leucemia y feliz de regresar por fin al regazo materno de la muerte.

Bibliografía

Bertín, Celia. *Marie Bonaparte. La discípula de Freud que exploró la sexualidad femenina*. Tusquets Editores, marzo 2013. Barcelona. España.

GUANCHES tierra de valientes



*Isabel Solano, Marta Nuez,
Ana Amador, Claudia Amador*

El hombre siempre soñó tierras donde la muerte no llegara o lo hiciese muy lenta y tardíamente. Siempre imaginó territorios intactos, libres de la enfermedad y el dolor, y en los que la pobreza, la fatiga o la vejez solo fuesen un rumor desconocido.

Canarias fue uno de esos territorios intactos, asombro de navegantes y ensueño de iluminados, donde fecundaron los mitos y las leyendas. Necesitados de geografías donde hacer tangible lo maravilloso, los antiguos miraron hacia el Atlántico: allí donde acababa lo reconocible y comenzaba el estupor o el miedo.

Jardín de las Hespérides, Las Górgades, Los Campos Elíseos, Islas Afortunadas, estancia y paradero de descendientes de Noé... ciertamente, Canarias ha sido escenario propicio para la leyenda.

Cuando llegaron al archipiélago los primeros conquistadores, se encontraron a un pueblo que seguía establecido en la Edad de Piedra. Un pueblo que era la resultante de diversas aportaciones étnicas, ya que el misterio y la leyenda han envuelto el origen de los primitivos pobladores de Canarias o guanches, palabra que desde hace tiempo se emplea para denominar a la etnia aborigen de Canarias.

Y ha sido a través de las leyendas como ha llegado a nuestros días gran parte de la historia de los aborígenes canarios. Con frecuencia, las leyendas son cantos épicos, relatos de gesta, la narración fabulosa de los avatares de la lucha real —individual o colectiva— de un pueblo que ve amenazada su libertad y transformada su existencia.

Los guanches, es decir, los antiguos pobladores de las islas Canarias, denominaban Tamarán a Gran Canaria, que en el idioma nativo quería decir «tierra de valientes». Pero nosotros hemos querido hacer extensible este término a todas las islas del archipiélago canario y recoger bajo el epígrafe de «tierra de valientes» algunos de los

actos y costumbres de los aborígenes canarios que los hicieron merecedores de esta denominación.

Pero como alguien dijo, «ya basta de explicaciones, recuentos y demoras. Es el momento de descubrir o recobrar las voces, las sombras, los ecos»...

Raza de valientes

Aquella fue una raza cuyas cualidades retrataron con admiración cronistas expedicionarios y los frailes que acompañaron a los conquistadores.

Ya en el retrato físico y moral que nos han dejado de los guanches podemos hallar una muestra de ese carácter aguerrido y valiente que pretendemos destacar.

Boccaccio, por ejemplo, refiriéndose a la expedición de Angiolino del Teggia, describe así a los guanches: «Tenían hermosas facciones, sus cabellos eran largos y de un rubio dorado, su estatura no excedía de la de los europeos, siendo membrudos, muy atrevidos, fuertes y de mucha inteligencia; su lealtad es grande, porque no se da uno de comer sin que antes de llevarlo (el alimento) a la boca no lo divida por partes iguales con los demás».

Por su parte, Bontier y Le Verrier, cronistas de una de las expediciones conquistadoras, afirman: «Id por el mundo, y casi no hallaréis en ninguna parte personas más hermosas ni gente más gallarda que la de estas islas, tanto hombres como mujeres, además de ser de buen entendimiento si hubiese quien los cultiva».

Otras crónicas nos cuentan que eran los naturales de Fuerteventura y Lanzarote propensos a la commiseración, austeros para sí, capaces de amistad, festivos y aficionados al baile y a la música.

Los gomeros se inclinaban a hacer pruebas de ligereza, a tirar, a huir y mostrar una gran presencia de ánimo en los lances difíciles.

Puede decirse que la melancolía era el humor predominante en los isleños de La Palma y de El Hierro. Por el contrario, los canarios parecían alegres, ágiles, ingeniosos, complacientes, bravos, de una veracidad inexpugnable, según Cairasco.

Finalmente, los guanches de Tenerife eran hombres robustos, ágiles, aguerridos, amantes de la patria, modestos, generosos y sensibles al honor.

Por otro lado, cuando nos hablan de sus ocupaciones cotidianas, aunque mayoritariamente se dedicaban al pastoreo y la agricultura, encontramos también referencias a la clase guerrera dentro de esta sociedad.

Dicha sociedad guanche era una sociedad estratificada. Creían que la jerarquización de su sociedad estaba establecida así porque de esta manera había sido creada desde el principio de los tiempos. Este orden instituido desde el origen de los tiempos había de ser cumplido por proceder de un dictado divino, y por ese carácter sagrado con el que rodeaban dichos fenómenos, los hombres no poseían capacidad para cambiarlo.

Parece ser que los guerreros cuyos actos heroicos recogen las leyendas pertenecían, como el resto de los guerreros, a la categoría de los nobles. Se accedía a ella por herencia social, pero también por poseer otras cualidades, muy apreciadas en estas sociedades,

como el valor, la audacia o la fuerza, como así ocurrió entre los habitantes de la isla de Gran Canaria, donde personajes como Doramas, perteneciente a una categoría social inferior —la de los «villanos» o trasquilados—, tuvo acceso a la de los personajes distinguidos con el carisma de los guerreros.

Con toda probabilidad, estos personajes pertenecientes a la categoría social de los nobles estuvieron sometidos, como se sabe que ocurría en Gran Canaria, a una serie de pruebas previas a la celebración de los rituales de tránsito, que permitía a ciertos jóvenes entrar en ese orden social reservado a unos pocos.

Debían asimismo observar normas rigurosas de comportamiento. Una de estas observancias hace referencia a su relación con las mujeres: «El ejercicio en que a sus hijos ocupaban era saltar, correr, tirar, ejercitarse para la guerra, que era muy usada entre ellos. Y estos guerreros (que casi lo eran todos) estaban tan bien disciplinados que era ley inviolable que el hombre de guerra que topando alguna mujer en algún camino o en otro lugar solitario, la miraba o hablaba sin que ella primero le hablase o pidiese algo, y en poblado le decía alguna palabra deshonesta que no pudiese probar, muriese luego por ello, sin alguna apelación; tanta era su disciplina».

En el texto citado de P. Espinosa, se incluye además la apreciación de que casi todos eran guerreros. Ciertamente debió de ser así, como corresponde a una comunidad en la que sus miembros, en momentos de peligro, han de acudir en defensa contra enemigo exterior.

Entre estas normas estaría también el caminar de mano de la justicia. Claro que el concepto de justicia en lo referente a la aplicación de sanciones al infringir ciertas normas era variable de unas islas a otras. Así, el hurto entre los herreños se castigaba con la pérdida de un ojo por vez primera y la del otro por reincidencia, mientras entre



los aborígenes de La Palma, el hurto se tenía —al igual que ocurría entre los espartanos— por hecho meritorio y prueba de valor.

Solo los altahais, los *guerreros valerosos*, cuyos privilegios eran sagrados, podían librarse de la severidad con que se castigaba el homicidio en Fuerteventura. Si se verificaba que un altai, antes de matar a un hombre, había entrado en su casa por la puerta para desafiarlo, quedaba absuelto y sin culpa; mas si para ello había escalado el techo o abierto una brecha en la pared, la condena inapelable era la de perder la cabeza en un cadalso.

Hay que destacar también que este talante valeroso no estaba reñido con la gentileza y el carácter festivo. Esta faceta festiva de su carácter podía mostrarse en todo su esplendor durante el tiempo del Beñesmén, la fiesta anual de la recolección.

Llegada la sazón de julio y agosto, había que recoger los frutos maduros. Para agradecer los regalos de la tierra y para festejar el esfuerzo de todo un año, se celebraban banquetes públicos, concursos de habilidad y fuerza, cantos, danzas y otros regocijos, suspendiéndose las hostilidades si las hubiere: «...y, aunque hubiese guerras entre ellos, habría entonces treguas con paz tranquila, en tanto que duraban las fiestas, regocijos y placeres» (Viana, 1986).

Esta tregua era tan fielmente guardada que cualquier persona perteneciente a otro reino, y aunque este estuviese en guerra, podía penetrar en otras tierras con la certeza de que sería religiosamente respetado. En aquellos días quedaban los hombres hermanados, abolidas las fronteras.

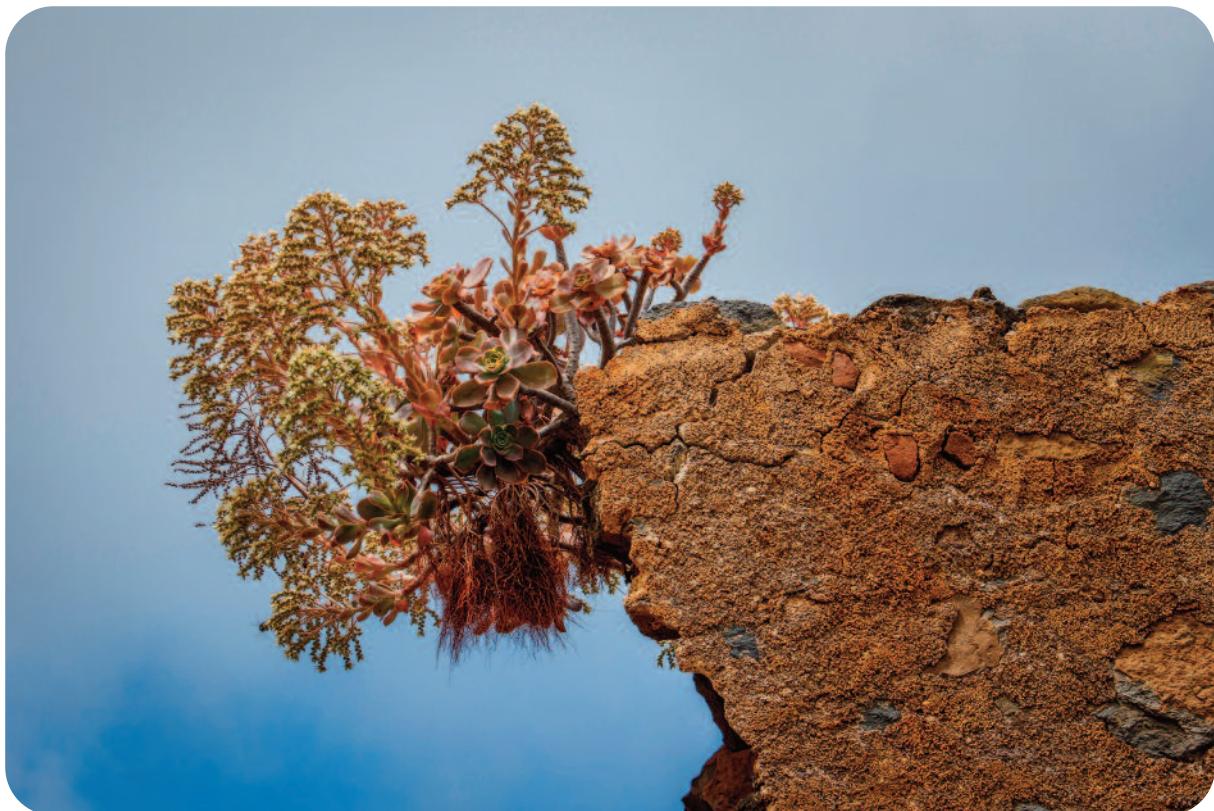
Cronistas de la época nos cuentan acerca de estas manifestaciones lúdicas: «... y aquí mostraba cada cual su valor, haciendo alarde de sus gracias en saltar, correr, bailar aquel son que llaman canario, con mucha ligereza y mudanza, luchas, y en las demás cosas que alcanzaban».

En Fuerteventura se desafiaban a dar grandes saltos con sus lanzas. Otro desafío era demostrar su valentía al colocar objetos sobre riscos muy peligrosos.

Una de las manifestaciones eran las luchas y tiros de piedras. Antes del duelo, los contendientes ungían sus cuerpos con grasa de animales y jugos de yerbas, fortalecidos los músculos de tantas veces que los habían ejercitado abrazando troncos de árboles. Los guaires, consejeros de guerra, tenían que otorgar expresamente el permiso para la lucha.

En los extremos del terraplén se hallaban dispuestas dos piedras llanas de media vara de ancho. A ellas se subían ambos adversarios, armado cada uno de un largo garrote que remataba en porra. Portaban también tres guijarros muy redondos y lisos, y lajas del más afilado pedernal. Sobre los pedestales, sin sacar ni mover los pies, debían parar o esquivar las pedradas y los golpes del contrincante, atacando alternativamente una vez cada uno.

Pese a las heridas, continuaban durante largo rato descargando golpes y evitándolos con hábiles quiebros hasta cansarse. Entonces se retiraban un poco, se enjugaban el sudor y sus acompañantes les traían de comer y beber. Tras el breve descanso reanudaban el combate con nuevo ímpetu y mayor empeño. Cuando a alguno de los



contendientes se le rompía el garrote o los espectadores se mostraban satisfechos de su valor, el jefe de los guarires gritaba: «Gama, fama» (basta, basta). Así cesaba la lucha y así crecía su crédito de hombres valerosos.

Los valientes llevan consigo la felicidad

Entre estos nobles guerreros a los que se les estimaba principalmente por su valor y fortaleza, había algunos que, por sus dotes, podían emparentarse con los denominados «hombre mascota», según el epíteto con que se les conoce entre las tribus bereberes, en donde estos personajes son frecuentes y se les considera poseedores de un aura especial, capaces de transformar en hechos favorables todos los actos sociales de alguna importancia, porque son los intermediarios de las potencias sobrenaturales.

Según G. Marcy (1934), estos reciben nombre diversos: Au-Tekkubirt, que en Ahagar significa «el que lleva consigo la felicidad», y en otros lugares con denominaciones diferentes, que siempre vienen a coincidir con epítetos indicadores de fuerza o valor, como «los hombres base», los «hombres de confianza» o los «héroes», al existir la creencia de que son invulnerables, por lo que son ellos los que deben marchar al combate al frente de los de su tribu, arrastrándolos con el ejemplo de su propia intrepidez.

Algunos de estos personajes, especialmente singularizados dentro del grupo de los guerreros, acabaron sumergiéndose en el terreno de la leyenda.

El proceso de heroización de estos personajes comienza precisamente después de su muerte, al irse transmitiendo sus cualidades hasta que sus heroicidades llegan a formar

¹ Guanarteme era el término que recibían los jefes o reyes aborígenes en la isla de Gran Canaria antes de la conquista europea en el siglo XV.

parte de la memoria histórica de este pueblo y, a la manera de los cantares de gesta, transmitidos de generación en generación, llegan a ser conocidos por la sociedad con quienes todos sus miembros se identifican, para que sirva de ejemplo a imitar por las generaciones futuras.

Tierra de valientes, tierra de leyendas

Algunas leyendas y textos que nos han quedado pueden servir como paradigma sobre el carisma y el poder que algunos de los más valientes guerreros poseían, así como de la consideración y veneración de que eran objeto durante su vida.

Uno de los mayores ejemplos del valor de los guerreros aborígenes lo tenemos en la historia que nos cuenta la leyenda que lleva por título *Doramás*.

Doramás, cuyo nombre significaba ‘el de las narices anchas’, era el guanarteme¹ de Telde, desde la cual, al mando de sus hombres, en ocasiones, hostigaba e importunaba a las tropas españolas.

Cierto día, después de una feroz lucha, ambos ejércitos se quedaron apostados en dos colinas una frente a la otra, desde las cuales podían verse los unos a los otros. Y fue entonces cuando el guanarteme Doramas retó en singular combate a Pedro de Vera, el general enemigo. Vera rehusó luchar y, en su lugar, combate Juan de Hozes, uno de los soldados a su mando.

Hay varias versiones sobre el último combate de Doramas; en unas el guanarteme vence a su oponente con gran rapidez y Pedro de Vera sale a ajusticiarle por esta afrenta; y otra, en la que ambos castellanos unen sus fuerzas para poder derrotar al valiente aborigen; pero en cualquier caso, todas tienen un final común, en el cual, Doramas es atravesado a traición con una lanza por la espalda por uno de los soldados de Vera.

Las últimas palabras del guanarteme de Telde fueron: «No me has vencido tú, sino la traición del que me ha herido».

Pedro de Vera mandó cortar la cabeza de Doramas y mandó que fuera exhibida como un siniestro y deshonroso trofeo. Esta consideración trascendía el umbral de la vida, alcanzando también el ámbito de la muerte.

Otra de las leyendas más contadas de la isla de Gran Canaria en la que se demuestra la valentía y el sano orgullo que poseían los aborígenes canarios es la conocida como *iAtis Tirma!*

Corrían los tiempos en que los castellanos, provenientes de la península ibérica, estaban ultimando la conquista de Gran Canaria. Se sucedían batallas en las que morían castellanos e isleños de uno y otro lado.

Los rebeldes isleños eran alentados y guiados por dos temibles jefes, el viejo Faycán de Telde, llamado Tazarte, y el joven y valiente Bentejuí, que saltando de risco en risco y pasando de montaña en montaña, esquivaban la persecución del ejército castellano.

Estos valientes isleños se fueron a refugiar en el monte sagrado de Ansíte y, como la llamada fortaleza de Ansíte era agria y de difícil entrada, les sitiaron y decidieron rendirles por hambre.

Poco a poco los isleños fueron haciendo acto de sumisión, más en lo alto del roque, quedaban dos hombres que se negaban a entregarse: eran Tazarte, el Faycán de Telde y el bravo Bentejuí.

Ambos se miraron un momento, sin hablar, sin romper el quieto y espeso silencio que los rodeaba. Se abrazaron, y al grito de ¡Atis Tirma!, se precipitaron por la gran fuga del risco.

Una parte menos conocida de esta leyenda ocurrió tras el momento en el que estos dos valerosos aborígenes se arrojaron al vacío: dos mujeres les siguieron, prefiriendo la muerte antes que la deshonra de ver a su pueblo sometido.

Como se puede ver a lo largo de la historia, en toda cultura o civilización la mujer ha sido siempre la encargada de proteger la tradición y alentar a los hombres para que afronten con valor su deber.

Y si antes mencionábamos el valor y presencia de ánimo de los guerreros guanches, también la mujer aborigen canaria pasó a la historia rodeada de un halo de misterio y admiración, pues, por una parte, en su faceta mística, las harimaguadas o sacerdotisas desaparecieron sin dejar constancia de cuáles eran sus rituales o ceremonias, y, por otro lado, en su faceta más común como madres, hijas, hermanas o esposas, actuaron siempre con fuerza, valor y dulzura.

Asimismo el carácter festivo anteriormente mencionado en el guerrero guanche podemos encontrarlo igualmente en la mujer aborigen canaria, que, como citan varios textos, era virtuosa, honrada y alegre por naturaleza, lo cual no impidió que en ocasiones no dudara en acatar órdenes tan terribles como el matar a sus propias hijas recién nacidas si había demasiada población y no se trataba del primer parto.

Fuerza, respeto a la ley, resistencia eran varias de sus virtudes menos mencionadas, pero igualmente arraigadas en su corazón.

La fuerza de decisión que era capaz de desarrollar en momentos críticos donde se jugaba la pérdida de sus valores morales se recoge en una leyenda de la conquista de Gran Canaria, «El salto de las mujeres»:

En unos riscos llamados Tirma, varios soldados, que habían salido a explorar, sorprendieron a dos mujeres canarias que se habían escondido en una cueva. Estas, madre e hija, al verles llegar huyeron corriendo hacia lo alto de la montaña, siendo perseguidas de cerca por los castellanos.

Ambas mujeres se defendieron tan violentamente en su huida tirando palos y piedras a sus perseguidores que mataron a uno de ellos e hirieron a otros muchos.

Esto de nada les sirvió, pues fueron acorraladas en la orilla de un barranco. Entonces los soldados pudieron ver con asombro cómo la madre soltó los largos cabellos rubios de su hija, los cogió con su mano enrollándoselos en su brazo y se arrojó por el precipicio arrastrando a su hija en la fatal caída.

A través de los siglos, Gran Canaria, producto de la confluencia de distintas corrientes culturales, mantiene una débil tradición histórica, a veces basada en confusas supersticiones aborígenes. Los antiguos historiadores no han dejado mucha



información acerca de ello, probablemente porque al ser en su gran mayoría clérigos, no creyeron conveniente dar publicidad a prácticas que iban contra la ortodoxia eclesial vigente. No obstante, llegan hasta nosotros alusiones acerca de sus ceremonias, de su conocimiento sobre los astros, de su estructura social piramidal, de sus héroes y heroínas...

El valor de la mujer aborigen, así como su entrega a lo que considera sagrado, ha servido para preservar la tradición más allá del paso del tiempo.

El último episodio de la conquista de Gran Canaria es un buen ejemplo de ello. Este nos cuenta cómo después de que los canarios acuerden pactar el final de la guerra sostenida contra los castellanos, deciden presentarse ante ellos para cumplir lo prometido de una forma ceremonial. En el encuentro, entregan como valioso presente y en solemne comitiva a una niña hija del guanarteme o rey del lugar. Lo que los canarios entregan a los castellanos es una niña de unos diez años, de piel blanca y cabellos rubios. Pero esa es solo la apariencia externa, porque, desde el punto de vista de la cosmovisión de los guanches, lo que están entregando es para ellos un símbolo, porque la niña es la portadora del linaje que debe transmitir a quien con ella habría de casarse. La niña guardaría y transmitiría simbólicamente la memoria sagrada de la comunidad, asegurando de esta forma su continuidad como pueblo. Una memoria sagrada de la que surgen elementos ancestrales que pueden ayudarnos a percibir lo esencial, los valores y la fe en lo divino.

Por más que nos resulte difícil, a priori, conectar con la tradición aborigen, el pasado nos habla a través de su mitología y de sus leyendas y, una vez que nos adentramos en ellas, contribuimos a rescatarlas, porque *quid latet apparebit*.

Todo lo oculto aparecerá y oiremos, en el silencioso viento que susurra en los barrancos costeros, la voz sin tiempo que emerge victoriosa desde el pasado.

HILDEGARDA DE BINGEN: compositora, médica, visionaria y santa



Esmeralda Merino

Una vida para contar

Hildegarda de Bingen (1098-1179), visionaria, abadesa, predicadora, autora de una enciclopedia médica, mujer comprometida social y políticamente, compositora y poetisa, es una de las personalidades más fascinantes de la Edad Media. Ya en su propia época, su vida fue objeto de gran interés y atención: fue una vida extraordinaria.

Lo interesante del caso es que podemos conocer su experiencia. La documentación conservada —biografía (*Vita* escrita por Theoderich von Echternach, que heredó el trabajo de los ayudantes que había tenido en vida, Volmar, Gottfried y Guibert de Gembloix), algunos fragmentos autobiográficos que se han conservado tal como ella los redactó, más de doscientas cartas, además de su propia obra, muy extensa— nos permite acceder a su personalidad.

Probablemente Hildegarda habría quedado en el anonimato si no hubiera recibido la orden divina de manifestar el contenido de las visiones que se le aparecían desde que tenía tres años y que solo había revelado a los más íntimos.

Fue la décima y última hija de los nobles Hildebert y Mechtild von Bermersheim. Cuando Hildegarda tenía ocho años, sus padres confiaron su educación a una joven dama de noble cuna que llevaba una vida de ermitaña en el monasterio de Disibodenberg, Jutta de Spanheim. Aquel era un monasterio dúplice.

Su tendencia al misticismo apareció muy pronto. La primera nota autobiográfica de la *Vita* nos habla de su niñez, de cómo descubrió su vocación:

A los tres años de edad vi una luz tal que a causa de ella mi alma entera se estremeció; pero como no estaba todavía en edad de hablar, no pude contar nada de esto. (...) A los ocho años, entré en trato frecuente con Dios, y hasta los quince vi muchas cosas.

Siendo muy pequeña empieza a asombrar y, a veces, asustar a quienes la rodean. Una anécdota contada en las actas de su proceso de canonización dice que, en cierta ocasión, exclamó ante su nodriza: «¡Mira qué hermoso ternero hay dentro de esta vaca! Es blanco, con manchas en la frente, las patas y el lomo»; cuando, algún tiempo más tarde, el ternero nació, resultó ser como la niña lo había descrito. Hildegarda tenía entonces unos cinco años.

Cuando alcanzó la edad requerida, solicitó convertirse en religiosa. Debía de tener catorce o quince años. Su salud fue siempre frágil. Muy pronto la joven monja comenzó a ayudar a los enfermos, tratándolos y curándolos personalmente.

Jutta murió cuando Hildegarda estaba cerca de cumplir cuarenta años. Unánimemente, las religiosas la eligieron entonces madre espiritual y tomó a su cargo la dirección del pequeño convento en que se había transformado la ermita, que el padre de Jutta, el conde Stephan de Spanheim, había hecho edificar junto al monasterio benedictino de Disibodenberg.

Uno de los monjes de San Disibod, llamado Volmar, su confesor y, con probabilidad, también su primer confidente, se convirtió en su secretario y amigo durante casi treinta años, hasta que murió en 1165. Él corregía gramaticalmente los escritos de la monja.

La angustia que le producía no saber la procedencia de sus visiones hizo que pidiera consejo a un monje de gran reputación: Bernardo de Claraval: «No he vivido segura ni una hora», le dice por carta. ¿Cómo saber si la visión viene de Dios o del demonio? Además, ella es solo una mujer. ¿Quién era ella para escribir? Solo una pobre forma femenina, como gusta de llamarse a sí misma. Felizmente, halló tranquilidad gracias al apoyo de Bernardo y del mismo papa Eugenio III, quien, mientras estaba en el sínodo de Tréveris en 1147-1148, envió una comisión a investigar sus visiones, y no solo confirmó su capacidad visionaria sino que le exhortó a que escribiera, y todo eso por medio de documentos.

Proclamada su condición de santa por tres papas, su nombre comenzó a aparecer en los martirologios, como el romano del siglo XVI.

La magnitud de la obra

Hildegarda de Bingen supo alternar una rica espiritualidad con una intensa actividad cotidiana. El volumen de su obra es inmenso y, por su diversidad, es único. Solo Avicena se le puede comparar en cierto modo: cosmología, ética, música, medicina y poesía mística. Reflexionó sobre los grandes problemas de la Iglesia y el Estado de su época y apenas hay campo alguno en el que no efectuase su contribución personal.

La obra profética o visionaria de Hildegarda de Bingen está formada por tres libros: *Scivias* (*Conoce los caminos*), *Liber vitae meritorum* (*Libro de los méritos de la vida*), y el *Liber divinorum operum* (*Libro de las obras divinas*). Pero también fue responsable de dos tratados altamente realistas: uno, la *Physica*, trata de las propiedades de los diversos elementos naturales del mundo, como plantas, animales, pájaros y peces, incluyendo además piedras preciosas y metales; el otro, *Causae et curiae*, es una enciclopedia médica inconclusa que trata de materias médicas, filosóficas y astrológicas, entre otras, de la formación del cosmos, de las enfermedades más

importantes —de pies a cabeza—, de las afecciones del ánimo, de las clases de medicamentos y su aplicación y de los preceptos para un modo de vida saludable.

Compuso setenta y dos piezas musicales y un drama litúrgico, *Ordo Virtutum*, fundó y fue abadesa de dos monasterios benedictinos, escribió la biografía de dos santos, San Disibod y San Ruperto, elaboró una curiosa *Lingua ignota* que la llevó a particulares y extrañas elucubraciones y esta considerable obra creció aún más por su extensa correspondencia. Se añaden, además, obras motivadas por las enseñanzas prácticas como los sermones, a menudo pronunciados, caso único en una mujer, no en el interior de una iglesia, sino directamente ante el pueblo.

El análisis de su obra revela que Hildegarda tenía un amplio conocimiento de la Biblia, de las ciencias naturales, de los autores latinos y de la filosofía neoplatónica, lo cual contrasta con la ignorancia e incultura que ella misma se asigna.

Aunque empezó a escribir después de los cuarenta años, cuando murió había compuesto tal cantidad de textos que los publicados ocupan ya todo un gran volumen de la Patrología Latina del abad Migne, pero otros muchos están todavía inéditos o han sido recientemente estudiados.

El hombre y el universo

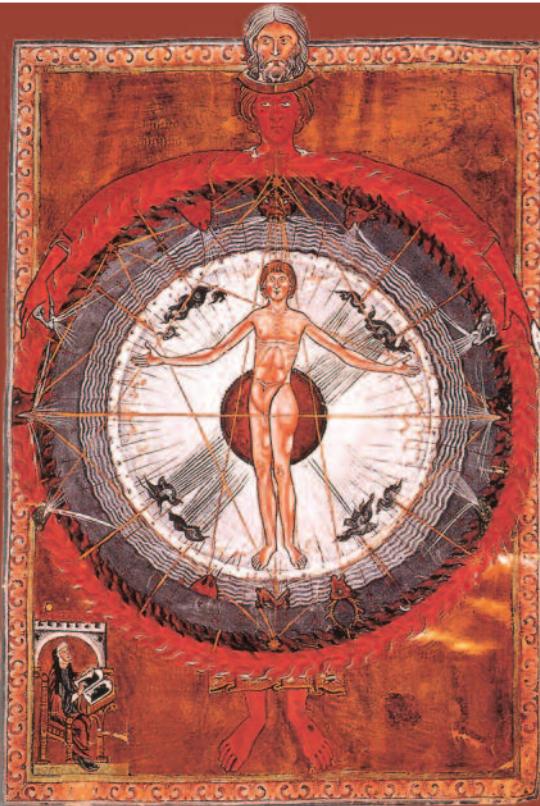
Luego oí una voz que me decía desde el cielo: lo invisible y eterno se manifiesta a través de lo visible y temporal (*Scivias*, primera parte tercera visión).

Una de las partes más fascinantes de su obra es su «teología cósmica», una cosmovisión donde todo está comprendido y explicado. En ella nos ofrece una consistente imagen que resume la teoría del microcosmos y el macrocosmos heredada de los clásicos. Para Mathyla Ghyka constituye un ejemplo de lo que él denomina pitagorismo monástico o neoplatonismo benedictino. El que evoca no es en absoluto un universo estático. En una de las miniaturas que ilustran el *Libro de las obras divinas*, el hombre, microcosmos, aparece en el centro de un universo planetario con el que está entroncado a través de radios que forman un polígono estrellado:

(...) Apareció una rueda de maravillosa visión. Contenía signos que la acercaban a la visión en forma de huevo que había tenido hacia veintiocho años y que describí en la Visión tercera de mi tratado *Scivias* (...). En medio de aquella rueda aparecía la imagen del hombre (...). Sobre la cabeza de aquella imagen estaban los siete planetas, uno detrás de otro (*Libro de las obras divinas*, parte primera, visión segunda).

Esta imagen hoy nos es muy conocida gracias a un autor mucho más moderno: Leonardo da Vinci. Más de tres siglos antes de que este naciera, esa visión del hombre con los brazos extendidos sobre la esfera del mundo estaba ya presente en la obra de la religiosa renana. En una carta dirigida al monje Guibert le explica: «El hombre es celeste y terrestre».

[Dice la voz divina] (...) Yo soy la energía suprema, la energía ígnea. (...) En mí no hay nada mortal. (...) Sin origen, sin fin, yo soy esa vida que persiste, idéntica, eterna. Esta vida es Dios. Es perpetuo movimiento, perpetua operación, y su unidad se muestra en una triple energía (*Libro de las obras divinas*, parte primera, visión primera).



La vuelta al origen que describe la abadesa recuerda el devenir cíclico en lo que el Bhagavad Guita llama día y noche de Brahma, en períodos de manifestación e inmanifestación:

Antes de la caída de Adán, el firmamento estaba inmóvil y no giraba; después de la caída, en cambio, empezó a moverse y a girar. Pero después del último día, permanecerá inmóvil como estaba al principio (*Causae et curae*).

Refleja también la concepción panteísta de todas las tradiciones antiguas:

Así también Yo, el Padre, estoy presente en toda criatura y no Me ausento de ninguna como te ausentas tú, oh hombre; cuando te miras en el agua, aparece en ella tu rostro, pero desprovisto de fuerza, y al alejarte, se borra. En cambio, Yo no Me aparezco a las criaturas con esa inconstancia, sino que estoy en ellas con presencia verdadera (*Scivias*, segunda parte, sexta visión).

Habla de cambios ocurridos en la superficie de la Tierra y de cruces con animales de algunas razas humanas:

«(...) Antes del diluvio universal, el agua no fluía tan raudamente y no era aún tan líquida como lo sería después. En su superficie tenía [la Tierra], por así decirlo, una piel que retardaba un poco su flujo, de forma que el agua solo fluía apaciblemente. (...) En aquel entonces, los hombres habían olvidado a Dios, de modo que obraban más como animales que conforme a la voluntad divina. (...) Mujeres y hombres mantenían incluso relaciones carnales con los animales (...). La humanidad entera se transformó en una abominación, e incluso algunos hombres se amoldaron al comportamiento y a los sonidos de los animales salvajes (...). Desgarróse un poco su piel [la de la Tierra], aquella con la que había sido contenida el agua anteriormente para que no fluyera tan rápido como lo hace actualmente; entonces, el agua recibió un flujo impetuoso y ahogó a los hombres (...). También las piedras,

que habían sido creadas junto con la tierra y que estaban cubiertas por ella, salieron a la luz como consecuencia del agua (*Causae et curae*).

La razón humana, para Hildegarda, tiene unos límites naturales:

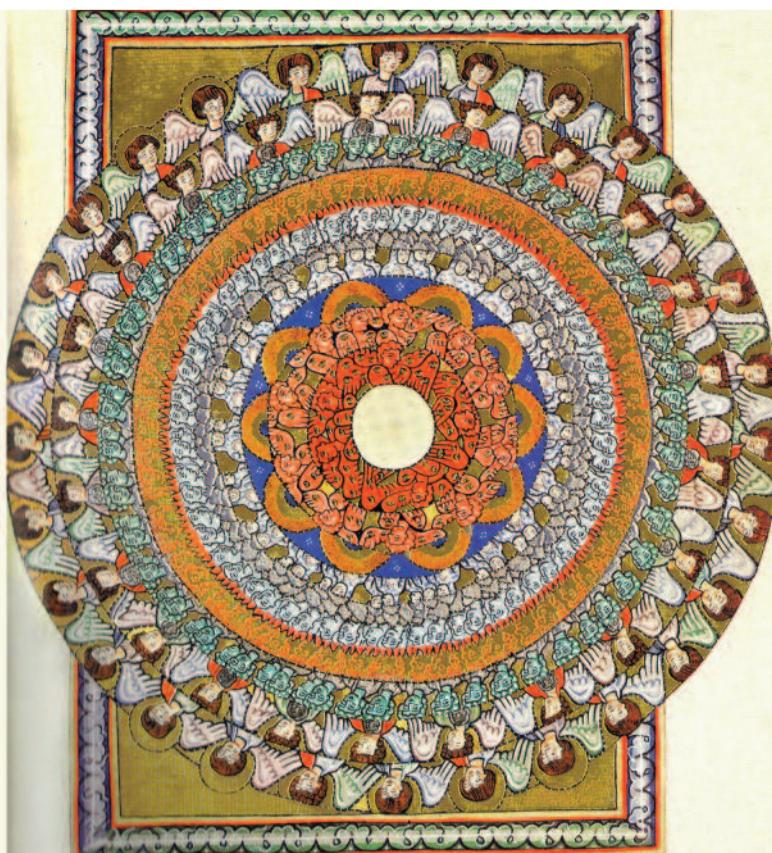
«(...) Igual que con la mirada mortal no puedes observar a la divinidad, no podrás tampoco con la mente mortal comprender sus secretos, (...) como las plantas que crecen (...) sobre la tierra no pueden comprender los campos (*Scivias*).»

«El alma es más poderosa que el cuerpo. (...) El alma puede vivir sin el cuerpo; este, sin embargo, de ningún modo puede vivir sin ella (*Causae et curae*).»

[Habla la voz divina] Si las oscuras tempestades de la blasfemia y la desesperanza se ciernen sobre un hombre, y este no cede a ellas ni con su corazón ni con su voluntad, ni recreándose con perversidad en su amargo sabor, sino que entabla dolorosa y terrible batalla contra ellas, y si persevera, resistiendo con denuedo en este combate, acudiré rápido en su ayuda; que no zozobre bajo el peso de esta lóbrega sombra, y diré que es un gallardo luchador contra las más aciagas tempestades: pronta irá Mi mano en auxilio suyo, y le llamaré amigo Mío, pues soportando con paciencia, por amor a Mí, tantos quebrantos, noblemente los venció (*Scivias*, segunda parte, quinta visión).

De forma parecida Krishna anima a Arjuna en el *Bhagavad Gita*:

Así pues, empuña la espada de la sabiduría y corta de un solo tajo los lazos de la duda y desconfianza que atan tu mente y tu corazón. Yérgete ioh, príncipe! Y cumple tu destino. (...) Mucha virtud y mérito hay en el dominio de sí mismo, ioh, príncipe!, y los que tal hacen vienen a Mí.



Curó a los enfermos

Sus escritos medicinales fueron los únicos tratados de medicina que se escribieron entonces en el Occidente cristiano. En el siglo XII la medicina tan solo se practicaba en la escuela judía de Córdoba, la de Maimónides. En estos tratados no presenta nada como una revelación; aquí no hay «la luz viviente me ha dicho...».

Dios creó el mundo como bueno, pero el hombre, por su caída en pecado, llevó al mundo al desorden. Por eso, debilitado en su fuerza vital originaria (*viriditas*), se volvió enfermizo.

Viriditas es un concepto importante en la obra de Hildegarda. Se relaciona con *vis* (fuerza), y *virtus* (virtud), y designa el verdor exterior y visible así como la fuerza interior que lo produce; hay que entenderlo como «vida», «vigor», «frescura», «lozanía». «La tierra suda el verdor de la hierba» (*Terra sudat viriditatem graminis*). «Para Hildegarda, *sudor* está asociado no con el sudor del esfuerzo sino con la destilación del perfume, una cualidad celestial, o con lo que es fértil o hermoso en la tierra» (Peter Dronke).

Hildegarda aprecia las virtudes ignoradas de plantas y animales, que poseen una capacidad bienhechora oculta y sutil. Podemos reconocer en ello algunos conceptos homeopáticos. Tampoco olvida la fuerza curativa de las piedras preciosas, la terapia de la música, las indicaciones sobre higiene y dieta y el diagnóstico en virtud del color de la piel, del timbre de la voz, de la claridad de los ojos, del pulso, de la respiración, del tipo de fiebre, del grado de conciencia o de la índole de la orina.

Siendo abadanza? se fue a predicar

Entre 1158 y 1171 emprendió cuatro viajes de predicación: recorrió el Main, marchó a Tréveris y Lotaringia, remontó el Rin en dirección a Colonia y se dirigió a Suabia, cuando ya sobrepasaba la edad de setenta años. Pronunció sermones en numerosas catedrales, Tréveris, Bamberg, Colonia, Maguncia. Los clérigos que la escuchaban le pedían después que les dejara por escrito aquellos sermones. Esto ocurrió con el deán de la catedral de Colonia, que le ruega le envíe por escrito las palabras que de viva voz escucharon de ella.

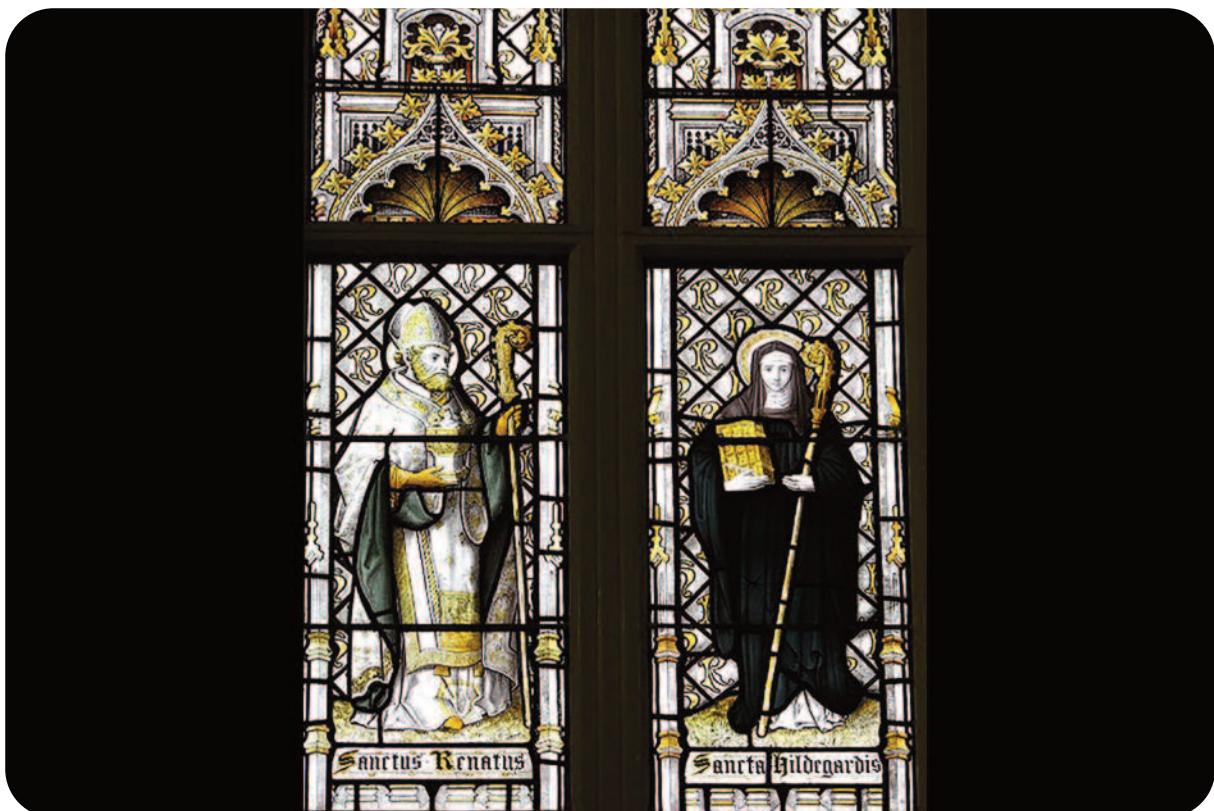
Hildegarda le contesta con una serie de reproches:

Deberíais ser columnas de fuego, (...) toda la sabiduría que habéis buscado en las Escrituras y en el estudio se la ha tragado el pozo de vuestro egoísmo. Como si lo que sabéis, después de haberlo tocado y experimentado, lo sepultarais para colmar vuestros deseos y engordar vuestra carne (...) Deberíais ser día, pero sois noche. Pero seréis o día o noche. Escoged, pues, de qué lado queréis estar.

En el siglo XII la mentalidad de quienes la escuchaban era muy diferente a la que existirá después y su lenguaje es recibido como una llamada a la conversión.

Una mujer de su tiempo

Su celebridad llegó a oídos de las más altas autoridades estatales y eclesiásticas, que solicitaron su consejo en momentos de máxima tensión política y religiosa —había



discrepancias entre el emperador alemán y el papa, y Bernardo de Claraval promovía la segunda cruzada—, y en muchos aspectos representó la conciencia espiritual y política de su tiempo.

Entre sus correspondientes figuran tres papas (Eugenio III, Anastasio IV y Adriano IV), monarcas (Conrado III, Federico Barbarroja, Enrique II de Inglaterra, Leonor de Aquitania y la emperatriz bizantina Irene), y monjas y eclesiásticos de toda condición. Hildegarda siempre distingue entre ella misma, la «pobrecita figura femenina» y lo que la voz divina expresa a través de ella. Amonestar, advertir o reprender a los demás es algo que hace siempre en nombre de la luz y de la voz, y no en el suyo propio.

Hildegarda fue también consultada por otro poderoso personaje a propósito de la cruzada. Se trataba de Felipe de Alsacia, conde de Flandes. Él utiliza un tono de lo más respetuoso: «Vuestra santidad habrá sabido que estoy dispuesto a hacer todo aquello que sea susceptible de complaceros...». En el tono solemne de la respuesta, la abadesa, hablando por la luz viva, desliza esta pregunta: «¿Por qué has matado a tu prójimo sin que intervenga mi justicia?». Es una frase estremecedora, pues el conde había hecho morir a latigazos a un hombre a quien había encontrado hablando con su esposa.

El papa Anastasio IV, se dirige a ella con admiración, pero, seguramente, no se esperaba la respuesta que recibió:

Oh, hombre, que por atender tu ciencia has dejado de reprimir la jactancia del orgullo de los hombres que han sido puestos bajo tu protección, ¿por qué no haces revivir a los naufragos, que no pueden salir a flote de sus dificultades si no reciben ayuda? (...) Tú abandonas a la hija del rey, es decir, la justicia, (...) que te había sido confiada.

La sibila del Rin

Dotada desde sus primeros años de vida de la capacidad de ver y oír cosas imperceptibles para el resto de los mortales, Hildegarda desempeñó el papel de profetisa. La *Vita* nos cuenta:

De todos los lugares llegaban hasta ella muchedumbres de gentes de ambos sexos a los que concedía exhortaciones por la gracia de Dios y a cada uno según su vida. (...) Como conociera gracias a su espíritu profético los pensamientos y las intenciones de los hombres, reprendía a los que se habían acercado a ella solo por curiosidad con intención frívola y perversa.

(...) Preveía en espíritu la vida y los cambios de los hombres, y de algunos la consumación de la vida presente, y también la gloria y las penas de sus almas según la calidad de sus costumbres y de sus méritos. (...) Y como supiera con precisión cuándo era tiempo de callar, también sabía cuándo, con quién, por qué y cómo era tiempo de hablar. (...) Solía describir con detalle cosas del futuro.

Al final del *Liber vitae meritorum* no solo manifiesta que es consciente de su labor de profetisa, sino que lanza una maldición contra cualquier persona que, en el futuro, modifique lo que ella ha escrito, ya que Hildegarda se considera un simple instrumento de Dios.

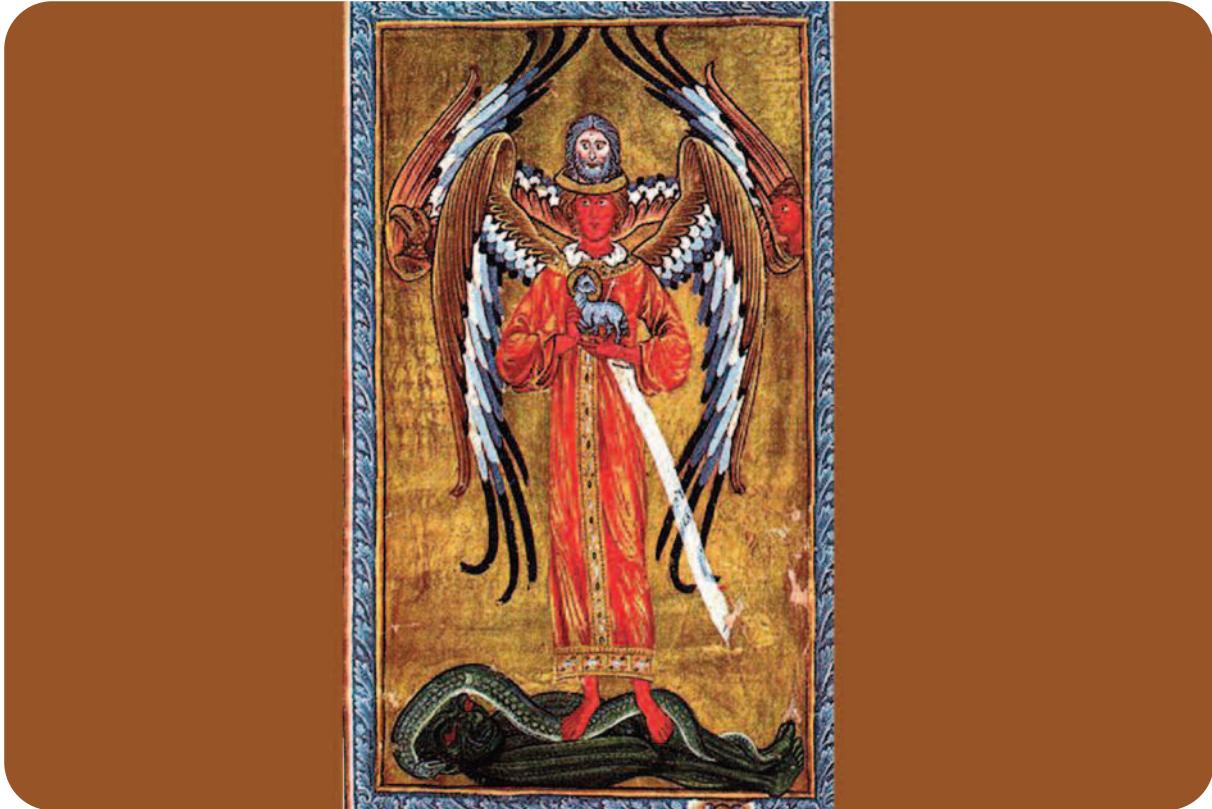
En 1150, tuvo que luchar por la independencia de su comunidad y su traslado a Rupertsberg. Después de enfrentarse a una durísima oposición por parte de los monjes de Disibodenberg (los monjes no querían renunciar a las dotes e influencia de las familias nobles de las que procedían las monjas), al final, pudieron trasladarse a la nueva construcción. En 1165 Hildegarda fundará un nuevo monasterio: Eibingen, que sobrevive hoy.

En el año anterior a su muerte Hildegarda tuvo que hacer frente al conflicto más doloroso de su vida.

En 1178 había accedido a que un noble fuese enterrado en suelo consagrado en Rupertsberg. El noble había sido excomulgado, aunque antes de morir se reconcilió con la Iglesia. Pese a todo, los prelados de Maguncia, alegando que ese hombre había muerto excomulgado, ordenaron a Hildegarda que exhumara su cadáver y se deshiciera de él. La pena, de lo contrario, sería la excomunión para ella y para sus monjas, que ya no podrían oír misa, comulgar o cantar el oficio divino.

Hildegarda desobedeció el mandato. En el proceso de su canonización podemos leer que a sus ochenta años, respondió al desafío: con su vara de abadesa trazó una cruz en el aire sobre la tumba, y borró luego toda señal que pudiera identificar el enterramiento. Asumió la responsabilidad de que ella y sus monjas vivieran expuestas a la vergüenza pública porque su luz viva le dijo que profanar el cuerpo enterrado en suelo consagrado era desobedecer a Dios.

El monasterio enmudeció y los cantos y melodías tan amados por Hildegarda cesaron. Privadas de la misa, sin el consuelo de la comunión, las hermanas asistían tristes a la batalla de su abadesa. En marzo de 1179, seis meses antes de morir Hildegarda, el arzobispo de Maguncia autorizó el levantamiento de la excomunión.



Todo está en las visiones

He aquí que en el año cuarenta y tres de mi vida en esta tierra,(...) vi un gran esplendor, del que surgió una voz que desde el cielo me decía: Oh, frágil ser humano, ceniza de cenizas y podredumbre de podredumbre, di y escribe lo que ves y oyes (*Scivias*).

Hildegarda reveló a un desconocido que sus visiones eran de dos clases, una de las cuales era mucho más rara, intensa y gozosa que la otra. A él le dijo que en ningún momento cesaba de ver esa luz. Después de una larga respuesta a su carta sobre las visiones, el monje Guibert de Gembloux quedó tan anonadado que se trasladó a Rupertsberg para pasar en compañía de la octogenaria monja los dos años que antecedieron a su muerte.

Desde mi infancia, antes que mis huesos, mis nervios y mis venas se hubieran afirmado, hasta ahora que soy septuagenaria, siempre he disfrutado del regalo de la visión en mi alma. Según la voluntad de Dios, mi alma sube a las alturas del cielo, a las diversas regiones del aire, y se pasea entre pueblos diferentes, aunque habiten regiones lejanas y lugares que son para mí remotos.(...) Yo no oigo esas cosas con mis oídos del cuerpo (...); las veo solamente en mi alma, y los ojos de mi cuerpo siguen abiertos, porque nunca sufrió el desfallecimiento del éxtasis; las veo despierta, tanto de día como de noche (...) Se me dice que esta luz es la sombra de la luz viviente y, así como el sol, la luna y las estrellas se reflejan en el agua, así sucede con los escritos, los sermones, las virtudes y algunas obras humanas, son revestidas de formas, resplandecen en esa luz. Conservo durante mucho tiempo en la memoria todo lo que he visto y aprendido en esta visión; de modo que recuerdo lo que alguna vez he visto u oído; simultáneamente veo, oigo y sé, y aprendo en un instante lo que sé. Pero lo que no veo en esa luz, lo ignoro, pues no soy docta.

(...) no con mucha frecuencia, percibo en esta luz otra luz que es nombrada luz viviente (...) Desde el momento en que la contemplo, toda tristeza y todo dolor es arrancado de la memoria, de forma que adquiero las maneras de una simple niña y no de una mujer vieja.

Sus visiones son precisas y evolucionan ante sus ojos con gran lujo de detalles y colores. Hildegarda no ofrece un extracto de sus visiones, sino un relato de las mismas. La voz divina que oye en su visión le explica también el sentido alegórico de las imágenes que contempla. Lo que resulta excepcional, y a ella misma le sorprendía, es que esta clase de visión se diera al mismo tiempo que su visión física.

Hildegarda afirma que sus visiones proféticas son la fuente directa de lo que escribe, y de su dominio intuitivo de la música, de las Escrituras y de las obras teológicas y filosóficas, cuyo hermetismo puede descifrar sin dificultad, pese a haber recibido una instrucción rudimentaria. Sus conocimientos son a menudo asombrosos.

Su convicción de que ha visto en la luz y en plena vigilia las contestaciones a lo que le preguntan significa que no tiene miedo a decir lo que haga falta. Muchas veces se expresa de forma cortés y humilde; pero cuando se trata de manifestar lo que cree que es la verdad, lo hace desafiando cualquier oposición.

La guía en quien confiar

Su papel de directora espiritual queda atestiguado en los consejos que encontramos en sus cartas contestando ruegos y haciendo entender a sus correspondientes el camino para remontar sus dudas o defectos. En ocasiones, la respuesta es directa: «muchas veces juzgas a los otros en cosas en las que tú misma no deseas ser juzgada», le dice a la abadesa Hazzecha. Otras veces, Hildegarda percibe en su interlocutor cuál es su carencia más acusada, el defecto que más le estorba, y, en palabras de Peter Dronke, le prepara una imagen talismánica que le sirva de apoyo y guía, actuando igual que cuando adapta sus conocimientos médicos de un modo personal a sus pacientes.

Su uso de la alegoría tiene un objeto pedagógico, como cuando muestra la imagen de virtudes y defectos:

De la cambiante masa surgieron más espectros, algunos grotescos, como la Cobardía, cuyo cuerpo temblaba con la flacidez de un gusano, acabado en una cabeza con una sola oreja peluda.

(...) La Tristeza se le presentó como un leproso de cabello negro como el azabache. Se escondía detrás de unas grandes hojas y se desgarraba el corazón, ya que tenía la muerte por felicidad. A continuación se acercó el Engaño, el vicio envuelto en tinieblas, que aunque apresado en una endurecida espuma, segregaba una especie de viscoso lodo.

En Rupertsberg, Hildegarda vela por las monjas de las que era abadesa.

(...) Veía en mi visión verdadera, con mucha inquietud, cómo los espíritus aéreos combatían contra nosotras. Vi que esos mismos espíritus atacaban a algunas de mis nobles hijas a través de distintas vanidades, enredándolas como en una red. Entonces, instruida por Dios, las instruí a mi vez.

Insiste en evitar los excesos de penitencia y mortificación, que son, en realidad, errores. A una religiosa, en quien adivina la práctica de excesivas privaciones, le dice:

A menudo veo que cuando alguien aflige su cuerpo con un exceso de abstinencia, nace en él el fastidio, y por ese fastidio se multiplican los vicios mucho más que si hubieran sido contenidos con justicia.

El caso de Sigewiza

La *Vida* menciona curaciones asombrosas, algunas ocurridas sobre su tumba, donde se percibía «un suave olor que salía de su sepultura».

Uno de estos milagros tuvo lugar durante un viaje por el Rin que emprendió para predicar. En el barco, una mujer le mostró a su hijo, un niño ciego. Hildegarda tomó agua del río con su mano izquierda, mientras bendecía con la derecha al pequeño echándole el agua sobre los ojos. En seguida, recobró la vista.

Por su correspondencia, conocemos un episodio que tuvo mucha resonancia en la época: la curación de una joven noble, Sigewiza, en lo que parece haber sido un caso de posesión demoníaca. Fue durante una larga enfermedad de Hildegarda.

Hildegarda meditaba y ansiaba saber la forma exacta en que los demonios podían afectar a los seres humanos. En su visión, comprueba que el demonio no puede «entrar» en la persona, aunque sí cubrir y ensombrecer a los humanos «con un humo de negrura». O sea, que puede asediar y «obsesionar» a las personas, si bien no cabe hablar de «posesión» diabólica.

La voz que habla a través de Sigewiza llama burlonamente a la abadesa no *Hildegardis*, sino *Scrumpilgardis* («Arrugarda»). Lo que se desprende del relato de Hildegarda es que intentó curar a la joven diseñando para ella una complicada representación dramática mimética. Aunque la perspectiva aterrorizaba a toda la comunidad de Rupertsberg, la aceptaron, y tras semanas de rezos y de prácticas ascéticas por parte de las monjas y de todo el pueblo de Bingen, el resultado fue la paulatina recuperación de Sigewiza.

¡Ah, la música!

La música, como la luz y el viento, se difunde por las cosas. Para Hildegarda es la manifestación sonora y física de la gloria del cosmos y de la armonía de sus partes: el mundo es sinfonía.

Al dar vueltas, el firmamento emite maravillosos sonidos que nosotros, sin embargo, debido a su excesiva altura y amplitud no podemos escuchar (*Causae et curae*).

Una *symphonia* es algo material e inmaterial. La música surge de lo terrenal, pero se remonta hacia Dios, estimula a las almas soñolientas y las mantiene atentas:

A través de sonidos dispuestos en armonía (...) podemos transformar nuestras acciones y nuestro ser interior (...).

Su obra *Sympiphonia armonie celestium revelationum* es un ciclo de, aproximadamente, setenta canciones litúrgicas (antífonas, responsorios, himnos y secuencias). Se trata de música «revelada». También lo es la última visión del *Scivias*, que es, más bien, una audición, la transcripción de un concierto celestial: «oí (...) todo tipo de músicas maravillosas (...»).



La opereta religiosa *Ordo virtutum* es una obra peculiar de Hildegarda. En ella aparecen las figuras alegóricas de las virtudes celestiales en lucha con el diablo. Según la concepción de Hildegarda sobre la música, las palabras del diablo no tienen ninguna melodía, solo son ruido. Los cánticos y la alabanza musical de Dios son privativos de los ángeles y los hombres.

El interdicto caído sobre su monasterio fue la causa de que Hildegarda escribiera a los prelados de Maguncia indignada por la prohibición de cantar los salmos e himnos, exponiendo toda una teología de la música.

(...) Los profetas, (...) inventaron no solo los salmos y los cánticos, que se cantaban para aumentar la devoción de los que los escuchaban, sino también los distintos instrumentos musicales, (...) para que tanto con las formas y las calidades de esos mismos instrumentos como en el sentido de las palabras que oían y les eran repetidas, los hombres pudieran instruirse interiormente. (...) Por eso debéis reflexionar, vosotros y todos los prelados, con extrema atención (...), antes de cerrar con una sentencia la boca de una asamblea dispuesta a cantar las alabanzas del Señor (...).

La lengua ignota

Su obra más oculta y desconocida es la *Lingua ignota*. En este lenguaje ignoto Hildegarda configuró un glosario misterioso de unos novecientos términos desconocidos referidos a seres terrenales y celestiales, en su propio alfabeto de veintitrés caracteres, con un significado que se expresa en lengua germánica. Las *litteras non visas* (letras nunca vistas) y la *lingua inaudita* se relacionan con la composición musical.

«La lingua ignota debió de ser una especie de lenguaje secreto para iniciados, empleado para crear una atmósfera de mística intensidad en el convento» (Barbara Newman) «La

abadesa habría tratado de reconstruir la lengua hablada por Adán antes de la caída, lengua que le permitía conversar con los animales, lengua hablada por los ángeles. Reencontrar esa lengua era el modo de volver a entrar en contacto con el tiempo de los orígenes» (S. Gouguenheim). «La *Lingua* de Hildegarda exige con urgencia una edición comentada (...) Yo creo que quedó sin terminar; o, al menos, que la colección de palabras que queda representa solo una fracción de lo que tenía previsto» (Peter Dronke).

La orden celeste de utilizar a un corrector para pulir su gramática se encuentra en la carta dirigida al papa Anastasio; en realidad, en la carta, según Victoria Cirlot, se alude al paso de la *lingua ignota*, celestial —la que a ella se ha mostrado—, a la humana; de ahí que se concluya con la «adaptación» al sonido humano.

Particular interés ofrece —comenta Victoria Cirlot— la relación entre palabra y música: los melismas (largas frases melódicas para una sílaba) no están en correlación con el acento de una palabra o su importancia en el texto, y «las dos sonoridades funcionan como una especie de contrapunto, impredecible y rico (...). Las creaciones de Hildegarda, comparadas con las de un himno contemporáneo, sonarían más primitivas o desconcertadamente vanguardistas» (Barbara Newman). Ritscher lo calificó de «gregorianizantes», pero no gregoriano.

Para A. Castro y M. Castro, traductores del *Scivias*, «en esta obra se traslucen dos ejes, entrelazados en el texto: el de la palabra con sus ecos, que llamaríamos melódico; y un eje espacio-temporal, de tipo arquitectónico, que integra las imágenes (...). Se advierte una voluntad musical que crea complejos paralelismos de imagen y palabra (...). La urdimbre del *Scivias* es la de una obra musical: una morada de la música que abarca la palabra, la imagen, sus encadenamientos rítmicos, sus reverberaciones en una armoniosa síntesis de las Escrituras».

¿Alegoría o realidad?

Los estudios sobre Hildegarda se han centrado, sobre todo, en la idea de que sus visiones responden a una concepción alegórica del mundo.

Sin embargo, en el *Liber vitae meritorum*, la voz de la luz viviente le dice: «esto que ves es verdad». Ella insiste en que todo lo ha visto y oído con completa conciencia y lucidez, en los reinos celestiales y no en el mundo físico.

Victoria Cirlot cita a Corbin, quien ha desarrollado ampliamente la realidad de la tierra intermedia, de la geografía visionaria, que es el lugar del símbolo por excelencia. «La eclosión espontánea de los símbolos (...) no saca a la luz formas arbitrarias y “fantasiosas”, sino contenidos fundados e invariables, que corresponden a esa estructura permanente (...). Descubren a la mente una región no menos “objetiva” que el mundo sensible». (...) Una vez consumada la ruptura de nivel, el alma revela todas las presencias que la habitaban desde siempre sin que hubiera tenido, hasta ese momento, conciencia alguna de ello. El alma revela su secreto; se contempla (...) como presintiendo una familia de seres de luz que la atraen hacia un clima más allá de todos los climas conocidos hasta entonces».



Todavía hay muchos puntos por investigar en la obra de Hildegarda de Bingen, muchos documentos que permanecen a la espera de un análisis exhaustivo que rescate todo aquello que el tiempo inexorable (más de 900 años ya) no haya devorado. Pero lo que nos ha llegado nos permite sentir la fuerte huella de una pequeña monja que un día, entre las tribulaciones del mundo, vio la luz.

¿Podremos nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio, volver la vista hacia lo alto, como ella, y comprender que el universo está ordenado? ¿Que el hombre, lejos de ser un prisionero desvalido en sus redes puede, con su voluntad, forjar un mundo nuevo y mejor? Podemos y debemos. ¡Así sea!

Bibliografía

- Hildegarda de Bingen, una conciencia inspirada del siglo XII.* Régine Pernoud. Editorial Paidós testimonios, 1998.
- Una luz tan intensa. La insólita vida de la mística alemana del siglo XII Hildegard von Bingen.* Joan Ohannesson. Ediciones B, S.A. Barcelona, 1998.
- Las escritoras de la Edad Media.* Peter Dronke. Ed. Crítica, colección Drakontos, 1995.
- La mujer en el tiempo de las catedrales.* Regine Pernoud. Colección Plural, Historia. Ediciones Juan Granica, Barcelona, 1982.
- La mujer medieval.* Mariateresa Fumagalli Beonio Brocchieri. Alianza Editorial. Edición de F. Bertini, Madrid, 1991.
- Mujeres medievales.* Eileen Power. Encuentro Ediciones, Madrid, 1979.
- Scivias: conoce los caminos.* Hildegarda de Bingen. Traducción de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro. Editorial Trotta, Madrid, 1999.
- La mujer en la Edad Media.* Margaret Wade Labarge. Editorial Nerea. Madrid 1988, edición de 1996.
- Vida y visiones de Hildegard von Bingen.* Edición a cargo de Victoria Cirlot. Siruela, Madrid, 2001.



EL INVIERNO y los misterios del punto

José Carlos Fernández

Nuestra forma de buscar la verdad y reunir conocimiento hace, según nuestro paradigma actual, que la suma de lo que sabemos (que llamamos ciencia) esté siempre en compartimentos separados y que se separan aún cada vez más. Quien estudia la vida bajo la forma de la biología poco o nada tiene que aprender ni saber de la astronomía, o de la vida en un sentido cósmico de la palabra, como no sea las bases bioquímicas del ADN, o peor aún, solo los elementos químicos que permiten su existencia. Qué tiene que ver la geología con la psicología, solo Jung quizás, en un sentido analógico, podría responder.

Así, vincular las estaciones del año a la geometría parece absurdo, como no sea por los momentos en que la órbita de la Tierra exhibe en su inclinación una faz u otra ante los rayos del Sol, el astro rey. Dividimos así la elipse (que es casi una circunferencia) en cuatro sectores que forman las estaciones.

Pero usemos la analogía, que es la llave de muchas vivencias filosóficas, y que ha permitido siempre, usando la imaginación, avanzar a la ciencia (recordemos, por ejemplo, el anillo hexagonal del benceno en el sueño de Kekulé, o la comprensión de la electricidad cósmica alterna en la relación Tierra-Sol en Tesla).

El método científico actual casi excluye totalmente el uso de la analogía, la que sabe a Edad Media; y Descartes, con el bisturí de su razón, ya se encargó de separar sin puntos de unión la *res extensa* de la *res cogitans*, dejando así sin soporte a la imaginación que permite dicha analogía, a pesar de que toda su geometría analítica es un traspaso de lo mensurable a lo imaginable en la aritmética.

Pero la verdad es que la naturaleza, en el invierno, se desnuda de sus vestidos y, en una muerte aparente, vuelve a lo esencial, a lo perenne. Y el fruto, con su volumen, se deshace para permitir que la semilla vuelva a la tierra esperando la llamada, con su luz

y calor, de un despertar a la vida. Y la semilla, origen de la vida, es punto. Y el primer movimiento de este punto es un diámetro vertical, respondiendo al cielo en la búsqueda permanente de la luz y a las profundidades para en ellas abrir sus raíces, esenciales para el soporte mineral y acuático de la vida vegetal (como en las hojas se da el aéreo y el ígneo).

El invierno, en su semejanza con la muerte (que todos los pueblos antiguos tuvieron muy en cuenta en sus fiestas y misterios), es un retorno de la vida a lo invisible, a la inactividad en el reino de la materia, y es fácil pensar en la vida en este estado asociada al elemento geométrico del punto.

Esto nos lleva a reflexionar sobre los misterios del punto.

No deja de ser curioso que Platón, en su cosmogonía del *Timeo* se niegue a hablar de este, que en la filosofía pitagórica fue símbolo de la mónada, envuelta en la oscuridad y el misterio. Los primeros elementos geométricos en Platón no son los puntos, sino los ángulos (que no dejan de ser una forma de dualidad). La relación entre tres de los mismos permite la primera figura geométrica, que sería así el triángulo, símbolo del Logos o demiurgo.

El punto, como la verdad o la esencia, es siempre misterioso. Carece de dimensiones en el espacio, como el instante en el tiempo, y, por lo tanto, de atributos. Es inaccesible y sin propiedades; por consiguiente, no podríamos decir que existe, y, sin embargo, está ahí donde las cosas comienzan a gestarse. No en vano el Bhagavad Gita dice que el inicio y el fin siempre viven en el misterio, como alfa y omega de un ciclo de vida. Viven en la dimensión mental pura, en la del *arjé* en que nace el punto. Podemos seguir el trazo de una espiral y nunca llegaremos al punto que la gesta, es tan inaccesible como el infinito al que se abre más y más. Y sin ningún otro trazo con el que se relacione, solo nuestra voluntad puede señalar un punto, con lo que es hijo, solo de la voluntad de ser; donde ella dice que exista, ahí vive, es el «primer nacido».

En la filosofía budista, el espacio y el tiempo pueden ser divididos eterna e infinitamente. En nuestra filosofía derivada de la física cuántica hay un espacio mínimo, y un instante, determinados por la constante de Planck, o sea, que la realidad estaría pixelada. En ese sentido budista de la división infinita para llegar a él, el punto es inaccesible. Si seguimos una línea tangente a una curva, por más que aumentemos la imagen, nunca hallaremos tal punto, y, sin embargo, geométricamente podemos determinar dónde está. Tan inaccesible, que, por lógica, no podemos determinar cuál es la parte superior o inferior de un punto, o la interior o exterior, lo que nos impide la dualidad básica de la que nacen los elementos geométricos y aun los números.

Se nos enseña que «el punto une y la línea separa», y de la unión de ambos surge el triángulo, el Tres encarnado en la geometría.

Para Proclo, en contra de Euclides, la línea no es una suma infinita de puntos, pues mal puede la suma de nadas hacer algo, sino la «fluxión» del punto. O según las tradiciones tibetanas, el rastro imaginario que deja el punto en su movimiento.

También se nos dice que dos líneas se cruzan en un punto, con lo que el mismo se convierte en la conciencia, en el presente vivido fruto de la relación de esas dimensiones.

Ese es un punto «irreal» pues no es autogestado, depende de las entidades (en este caso líneas) que le dan nacimiento y solo permanece mientras estas se cruzan en él.

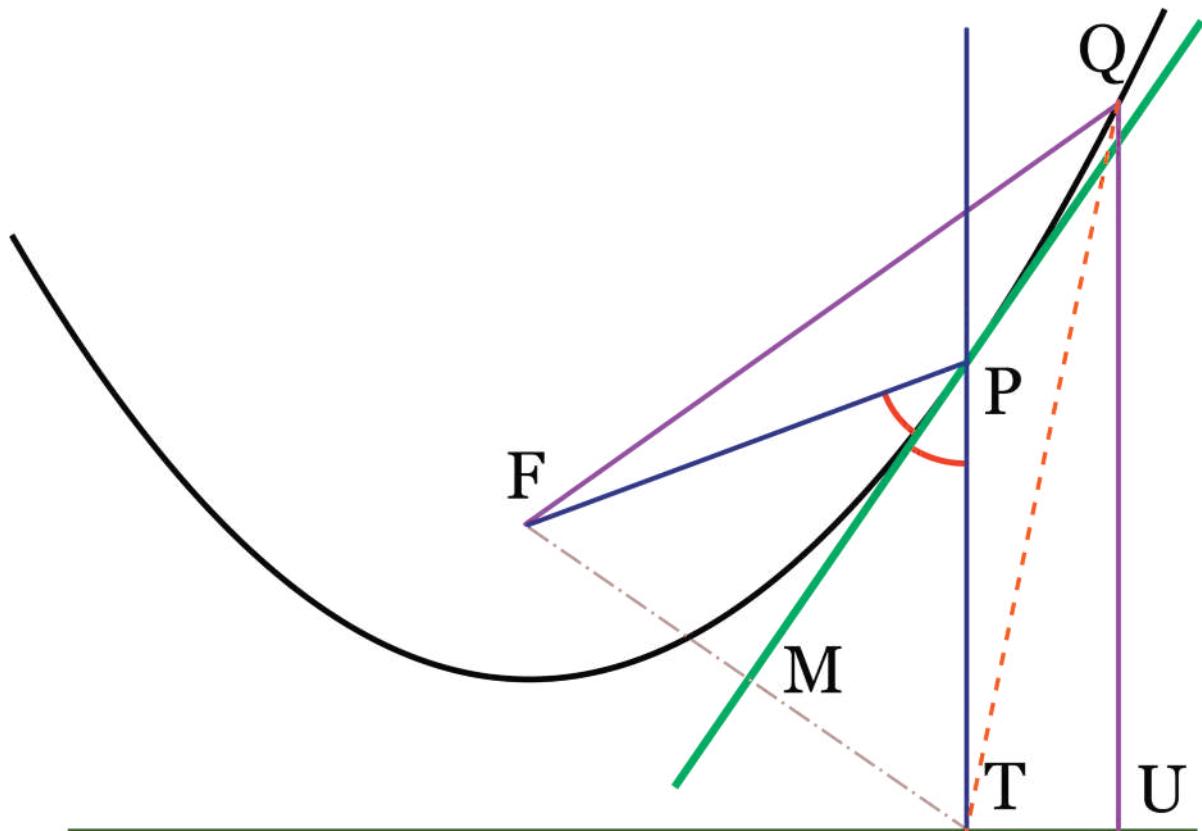
Hic et Nunc! En su inaccesibilidad, el punto está, como la vida y la conciencia, aquí y ahora.

Aristóteles enseñaba la importancia de que los discípulos hicieran la operación geométrica que permite hallar el centro de una circunferencia. Y es filosófico admirar cómo la causa y origen de una circunferencia no vive en ella misma sino en su centro.

El punto nada suma, pero sin él, como sin el cero en la matemática, nada existe. Punto como centro de fuerza, punto como semilla, punto como el misterio de la unidad simple. Y, según la *Doctrina Secreta*, de H. P. Blavatsky, se dice que una de las formas de representar el misterio de Dios, o sea, lo Absoluto e Incondicionado es el punto, el «germen en la raíz». Este punto formaría una trinidad metafísica con el espacio y el movimiento: ahí está todo.

«*What is it that ever is?*». «*Space, the eternal Anupadaka*». * «*What is it that ever was?*» «*The Germ in the Root*». «*What is it that is ever coming and going?*». «*The Great Breath*». «*Then, there are three Eternals?*». «*No, the three are one. That which ever is is one, that which ever was is one, that which is ever being and becoming is also one: and this is Space*».

El invierno se convierte, así, como la muerte, en un retorno a lo esencial, a lo que no nace, ni vive, ni muere, y meditar sobre los misterios del punto nos permite comprender su íntima naturaleza.



PAULINE VIARDOT, una compositora de origen español



Mariangustias Carrillo de Albornoz

«Con ella, el mundo por fin ha encontrado una mujer compositora de verdadero genio». Esto declaró Franz Liszt cuando conoció a Pauline como alumna en sus clases de piano.

Pauline Viardot es considerada una de las grandes autoras occidentales del siglo XIX. Tuvo una larga y ajetreada vida, difícilmente equiparable a la de otras mujeres de su época, y logró fama internacional no solo como cantante de ópera y actriz, sino también como pianista, profesora de canto y compositora. Era una mujer de fuerte y controvertida personalidad, polifacética y algo extravagante, vigorosa y enérgica, una auténtica musa para los artistas de su tiempo. A pesar de no ser agraciada físicamente, su voz prodigiosa, su originalidad y su talento para componer operetas de salón, canciones y obras para piano, la catapultaron a la fama y a la admiración en toda Europa.

Conoció a Clara Schumann, quien la describió como «la mujer más dotada para la música que había conocido jamás». Clara fue una gran amiga de la familia durante muchos años y una figura materna de referencia; las dos fueron grandes amigas, compartiendo ambas su amor por la composición y la enseñanza de la música. Por medio de ella conoció a Brahms, que compuso para Pauline su *Rapsodia para contralto*.

Fue amiga también de George Sand y de Chopin, con quienes los Viardot compartieron vecindad en sus casas de Nohant. Allí transcribieron algunas de las mazurcas chopinianas para que las pudiera cantar Pauline; ella y Chopin se pasaban los días enteros tocando el piano y cantando, disfrutando de la pasión que ambos tenían por la música folclórica. En mayo de 1842 presentaron estas mazurcas en la sala Pleyel de París, siendo Pauline acompañada al piano por el propio Chopin. Poco después, la pareja las presentó en el Covent Garden de Londres, y en 1866 se publicó un volumen

que contenía una serie de mazurcas preparado por Pauline. El gran Hector Berlioz escribió sobre ella: «*Madame Viardot* es una de las más grandes artistas de la música de todos los tiempos».

Breve biografía

Pauline Viardot, nacida como Paulina García Briones, vino a este mundo el 18 de julio de 1821 en París, en una familia de artistas y músicos de origen español. Su padre, Manuel García, un conocido empresario sevillano, era tenor y maestro de música, un pedagogo que supo educar a sus hijos con gran exigencia y disciplina. Su madre, Joaquina Briones, era madrileña, tenía una bonita voz de soprano y solía actuar en los escenarios como actriz y cantante. Pauline, la benjamín de la casa, pudo crecer, así, junto con sus hermanos María y Manuel, en un ambiente de liberalismo vital que fue decisivo para su formación como cantante y actriz, maestra y compositora.

Desde pequeña, sus padres la iniciaron en la música. Pronto viajaron a América y se instalaron un tiempo en México, donde recibió clases del famoso organista Marcos Vega. A su regreso a París, Pauline tomó clases de piano nada menos que de Franz Liszt, y de composición con Antoine Reicha.

A los quince años, dio su primer concierto como pianista en Bruselas junto al violinista Charles de Beriot, segundo marido de su hermana María, y dos años más tarde realizó su primera aparición pública como cantante en Londres, donde interpretó el papel de Desdémona en la ópera *Otelo* de Rossini.

Los miembros de la familia García-Briones fueron siempre grandes viajeros, gozando de importantes amistades con intelectuales y artistas de todo el mundo. En 1842 Pauline visitó España y cantó en el Liceo Artístico y Literario de Madrid *El barbero de Sevilla*



y *Otelo*. También viajó a Granada y Sevilla, mostrando gran interés por conocer la cultura andaluza, la tierra de su padre. Poco después, entre 1843 y 1846, se trasladó a San Petersburgo, donde había sido contratada para interpretar composiciones del repertorio italiano. La figura de Pauline fue decisiva para introducir la ópera italiana en Rusia, donde cantó las óperas y las canciones más en boga de la época. Su voz era de una extensión enorme (tres octavas y media), lo que le permitía alcanzar siempre grandes éxitos interpretando papeles tanto de contralto como de *mezzosoprano*. Poseía una gran capacidad histriónica, dotes dramáticas extraordinarias, y además estaba dotada de una exquisita musicalidad; sabía adaptarse con facilidad a diferentes estilos, ya que tenía un exhaustivo conocimiento del arte del canto.

Un triángulo amoroso y artístico: Iván, Louis y Pauline

En 1841 Pauline se casó con Louis Viardot, un escritor y productor teatral más de veinte años mayor que ella y con el que tuvo cuatro hijos: Louise, Paul, Marianne e Yvette, todos dedicados al arte. Su marido era un buen hispanista que tradujo el *Quijote* al francés y se encargó durante un tiempo de la dirección del Théâtre des Italiens en París, siendo un apoyo decisivo en la carrera musical de Pauline.

La escritora George Sand, buena amiga suya, parece ser que fue la que urdió el matrimonio de Pauline y Louis Viardot. Es bien conocido que Aurore Dupin era famosa por colecciónar amantes (entre otros, tuvo a Musset y Chopin), y se cuenta que ella fue la que se encargó de organizar el casamiento que creía más conveniente para Pauline, pensando que Louis era un marido ideal para ella: por un lado, tenía un carácter claramente liberal y era partidario de las relaciones abiertas y, por otro, poseía grandes inquietudes artísticas y sería un apoyo seguro en la carrera profesional de Pauline. Esto nos ayuda a comprender el triángulo amoroso entre la compositora, su marido e Iván Turguénev, un dato que hace aún más interesante y curiosa su vida.

En noviembre de 1843, en San Petersburgo, Pauline conoció a Turguénev, el célebre escritor ruso, con quien sostuvo un apasionado y largo romance que duró cuarenta años, hasta la muerte de este. El joven se enamoró de Pauline en cuanto la conoció, y abandonó Rusia para instalarse en París y poder estar más cerca de ella. Se construyeron dos residencias campestres en Bougival, separadas por una pequeña muralla, que hoy en día han sido transformadas en museos de los dos grandes personajes.

Iván se retrata a sí mismo como «Iván Turguénev de Pauline», lo que nos da idea del amor intenso y obsesivo hacia ella que tuvo toda su vida. Los hijos de Pauline le llamaban cariñosamente «el tío Iván», y el escritor pasaba largas temporadas conviviendo con ellos. Iván se enamoró perdidamente de la diva a pesar de ser ella una mujer casada y, gracias a Pauline, aprendió a hablar castellano y se convirtió en un ávido lector de literatura española, realizando traducciones de algunos clásicos como Calderón y Cervantes.

Paulina, Louis e Iván viajaban y vivían juntos de forma pública, aunque el escritor pasaba por épocas de alejamiento y desesperación, incapaz de asumir una situación tan anómala. Toda la obra novelística de Turguénev está marcada por Pauline y la

atormentada relación que les unió. En 1883 el escritor falleció en sus brazos y, pocos meses más tarde, lo hizo también su marido. Fue un año fatídico para ella, que asistió a ambos en sus últimos momentos y los sobrevivió durante treinta años.

Ella siguió trabajando hasta el final: daba clases, organizaba veladas y estaba siempre activa para la música. Falleció en París, el 18 de mayo de 1910, a los ochenta y nueve años, y sus restos fueron trasladados al cementerio de Montmartre.

Obras

Pauline escribió operetas (género muy en boga en la Francia del s. XIX) y canciones, utilizando distintos idiomas, como francés, alemán, italiano y ruso. Compuso también obras para piano solo y para piano y voz, de todo lo cual fue en su tiempo una buena representante. Cantaba y tocaba en veladas musicales junto a Clara Wieck, Johannes Brahms o Richard Wagner, quien, en una ocasión, la acompañó al piano para cantar fragmentos de su *Tristán*.

Entre 1871 y 1875, ejerció como profesora en el Conservatorio de París, componiendo obras para ser interpretadas por sus propios alumnos y por sus hijos en su casa. Son obras compuestas para varias voces acompañadas de piano y pequeñas operetas de salón, entre las que destacan *Le dernier sorcier* y *Le conte de feés*, ambas de 1869, que tuvieron bastante proyección y trascendencia en la vida musical de París y fueron representadas varias veces en teatros y salones privados. Compuso más de cien arias y canciones sobre textos de Musset, Turguénev, Pushkin, Gautier, Mörike y Goethe.

En el ámbito de la pedagogía vocal, Pauline creó un método propio de canto basado en el de su padre, que tituló *Une heure d'étude: exercices pour voix de femmes*, publicado en París en 1880, y escribió una selección de arias y canciones (*Ecole classique de*





chant, París, 1861) acompañadas de comentarios para su interpretación: fraseo, acentuación, respiración, expresión, etc. Sus alumnos eran grandes figuras y talentos elegidos que venían de diferentes países para ser instruidos por ella.

Pauline eligió el cuento de Cenicienta (*Cendrillon*) para componer la última de sus obras, una verdadera obra maestra hecha opereta, cargada de musicalidad, creatividad y sentido del humor, que muestra lo mejor de la compositora y es casi una metáfora perfecta de su vida. Ella se presenta ante todos en la escalinata de un palacio como una mujer enigmática y misteriosa, de personalidad atrayente y cautivadora, como la propia protagonista del cuento.

El palacio fácilmente puede ser el gran palacio de invierno de San Petersburgo, ciudad en la que conoció a Turguénev. El triángulo amoroso entre los tres artistas forja una verdadera historia fabulosa llena de matices. Las primeras notas de piano que abren *Cendrillon* son graves, descendentes y poderosas, mientras ella baja los escalones con elegancia y parsimonia.

Su interés por la composición no decayó en absoluto con la edad. Esta opereta, considerada una rareza, está compuesta para siete voces y piano y fue estrenada en 1904, solo seis años antes de la muerte de la compositora. El libreto, escrito también por ella, se basa en el cuento de Perrault, pero también contiene muchos elementos de carácter personal. La versión que hace Pauline no tiene madrastra pero sí un padre algo embustero que niega a su hija verdadera. Con esta obra, Pauline elevó a la excelencia el género de la opereta. Toda la obra está llena de analogías con sus propias vivencias y sentimientos, y no es casualidad que la compositora eligiera este cuento para cerrar su carrera y su vida.

Bibliografía

Yo, Pauline Viardot. Carmen Rodríguez, Extravertida Editorial, Sevilla 2019.

«Pauline García Viardot, reina, hada, elfo y demonio». Revista *Melómano*, julio 2021.

¿A quién somos fieles?

Joan Enric Capellà i Cervera

La fidelidad es una cuestión que genera controversia y malentendidos tanto a las sociedades occidentales como a las occidentalizadas. ¿Qué debemos entender por fidelidad? ¿Cuáles son las líneas rojas a partir de las que debemos considerar que dejamos de ser fieles? Reflexionaremos sobre estas cuestiones con el objetivo de tener un marco de referencia más claro al respecto.

La etimología de *fidelidad* viene del latín, *fidelītas*, cuya raíz es *fides*, ‘lealtad’, el sufijo *-alis*, ‘relativo a’ y, finalmente, hay que añadir el sufijo *-dad*, ‘cualidad o condición’.

Según la Real Academia Española (RAE), *fidelidad* significa «lealtad, observancia de la fe que alguien debe a otra persona». Y *fiel* es un adjetivo que significa «que guarda fe, o es constante en sus afectos, en el cumplimiento de sus obligaciones y no defrauda la confianza depositada en él».

Dos cuestiones llaman poderosamente la atención tras estas definiciones. Se observa que el concepto «fe» es reiterativo, es decir, la «creencia». Y la segunda es que la fidelidad se relaciona con el otro. Así que la fidelidad se construye desde la creencia en el otro; por lo tanto, una primera reflexión que surge es que la fidelidad es una cuestión que se relaciona con la moral, es decir, con la aplicación del bien y el mal. Si obramos desde el bien, y el otro cree en nosotros, seremos propensos a ser fieles al otro. Si obramos desde el mal, y el otro cree en nosotros, se generará el caldo de cultivo para la infidelidad.

El concepto de *creencia* también es extenso, aunque su mayor afectación es la convicción en algo, que en el caso que nos ocupa es *en otra persona*. Se relaciona íntimamente con la *esperanza*, que, según la RAE, significa «estado de ánimo que surge cuando se presenta como alcanzable lo que se desea». Así que, en el fondo, la fidelidad se relaciona con la disposición a que se cumplan nuestros deseos. Si pretendemos la

fidelidad de un esposo/a, pareja, amistad, jefe o compañero de trabajo, vecino, votante, hincha... deberemos observar que los deseos de ambas partes —basados en un juramento, promesa, compromiso, contrato o palabra dada— se cumplan.

De este modo, ser fiel a otra persona significaría que nuestras acciones y comportamiento cumplen los deseos de esa otra persona, y para que ello se cumpla debe haber un «pacto» que quede claro entre las partes, cuyas expectativas generadas a cada parte serán el fundamento de sus deseos y voluntades.

Si el pacto se incumple o si las expectativas no están alineadas con los deseos, es cuando una o ambas partes sentirán que la fidelidad no está presente.

Llegados a este punto, se abren dos grandes cuestiones ante nosotros. Toda esta concatenación de definiciones y significados están relacionados *con el otro*. Pero ¿debe relacionarse la fidelidad solo con el otro? ¿o, por otro lado, la fidelidad también debe ser con uno mismo? ¿Se puede pedir fidelidad al otro si uno mismo no es fiel a sí mismo?

Fidelidad hacia el otro

Desde una perspectiva científico-materialista, el otro se refiere a otra persona física. Así que todo lo expuesto anteriormente se aplicaría a la relación de uno con su entorno. Un club deportivo mantendrá la fidelidad de sus seguidores siempre y cuando no defraude sus deseos. Un matrimonio será fiel mientras no se incumpla el pacto que se han dado las partes. Un votante seguirá siendo fiel a un partido político si este cumple con las expectativas que genera. La fidelidad estaría entonces siempre en relación con los deseos que pondría uno respecto a los demás.

No obstante, habría que apuntar aquí que, si uno no es fiel a sí mismo, difícilmente podrá ser fiel a los demás. En este caso, ser fiel a uno mismo significaría que uno tiene que cumplir sus propios deseos para con él mismo, es decir, cumplir aquellos deseos que reconoce como coherentes con su propio compromiso interior. Si uno se compromete a perder peso y para ello debe dejar de comer dulces y empezar a correr, desde el momento que incumpla su propio compromiso estará dejando de ser fiel a él mismo. Y por ello, partiendo de que la mayoría de seres humanos se quieren más a ellos mismos que a los demás, implicaría que el ser que fuera infiel a él mismo, muy probablemente, también lo llegaría a ser con los demás.

Vayamos un paso más allá. Desde la tradición filosófica, se coincide en que el ser humano es algo más que un ente psicológico y social. Se puede entender que la composición de un ser humano tiene diferentes entidades. La constitución septenaria, la cábala judía, el gnosticismo, el taoísmo, la tradición griega, la triformación antroposófica o la psicología integrativa son algunos ejemplos del legado filosófico que indican que el ser humano tiene una parte física, una etérica y otra parte espiritual. Sin entrar ahora aquí en los matices de las diferentes estructuras mencionadas y asumiendo, como hacen muchas tradiciones filosóficas y espirituales, que el ser humano tiene una existencia más allá de la realidad física y que pasa por múltiples reencarnaciones en el plano terrenal, cabría la posibilidad de reflexionar más profundamente sobre la fidelidad de uno con uno mismo.

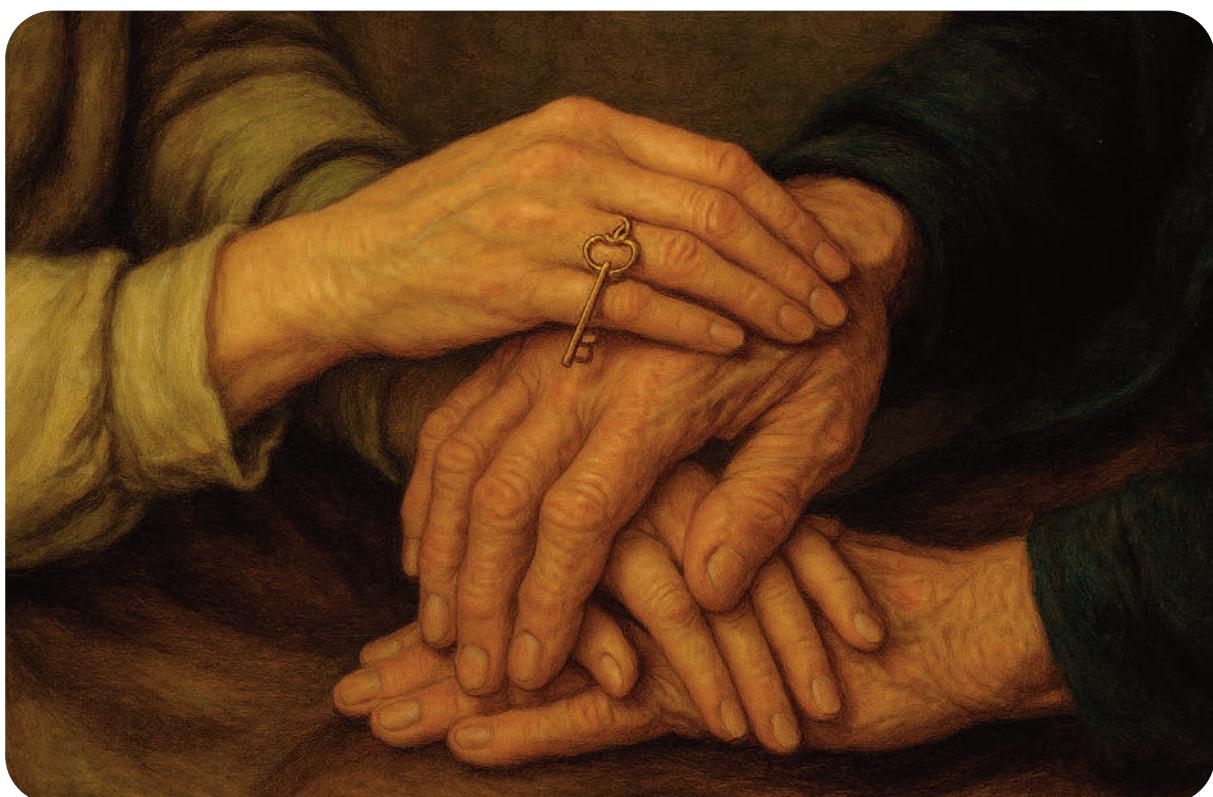
Si un ser, desde un punto de vista kármico, traza una hoja de ruta para su próxima encarnación, parecería adecuado decir que ser fiel a uno mismo implicaría cumplir los deseos trazados en esa reencarnación en el plano terrenal. Si en lugar de cumplir con la hoja de ruta trazada —lo que también podría asemejarse al Dharma—, ese ser se desviara, significaría que no está siendo fiel a él mismo. El karma, en este caso, devolvería a este ser a su senda. Por consiguiente, podría entenderse que el karma actúa como una fuerza que nos empuja a ser fieles a nosotros mismos.

El deseo como fuerza fidelizadora

La tradición etimológica de la lengua castellana indica que la palabra *deseo* proviene del latín *desidium*, deseo erótico, que deriva del latín clásico *desidia*, entendido por indolencia, pereza, asociado en la Antigüedad al libertinaje, la volubilidad, conforme a la doctrina moral de que la ociosidad es el incentivo de la lujuria. Y su uso semántico se amplía si combinamos tradiciones etimológicas europeas con el influjo analógico del verbo *desiderare*, ‘echar de menos, echar en falta, anhelar’. Un verbo que se compone de *sidus*, *sideris*, ‘astro’, y sobre el que planea una hipótesis filológica sobre la que no hay acuerdo unánime ni oficial, que podría significar originalmente ‘dejar de contemplar, dejar de ver los astros’.

Lo más aceptado sería, etimológicamente, entender el deseo como una falta, una ausencia. Queremos y aspiramos a lo que no tenemos. Se podría asociar a un plano material, mental, terrenal.

De este modo, si somos capaces de transformar el deseo, alejándolo de un plano estrictamente mental para elevarlo a nuestra esencia como seres espirituales, nos liberaría y nos conectaría con nuestro propósito como seres humanos, con esa hoja de ruta anteriormente mencionada.



Deseo y espiritualidad

La tradición teosófica nos indica que la mente de deseo piensa en función del placer y del interés personal. Así, el deseo, mental, nos atrapa, y de ahí nace el dolor. Por eso, quienes viven únicamente de forma material están destinados a sufrir. No se trataría entonces de eliminar el deseo, sino de convertirlo en aspiración, en fuego orientado hacia el bien, hacia lo que trazamos nosotros mismos en un origen espiritual.

Plotino dice que, cuando el alma se identifica en exceso con el mundo material, el deseo se distorsiona y se convierte en posesión o dependencia. Pero cuando el alma se purifica, cuando desea reconocer su propia luz, el deseo se transforma en contemplación. Curiosamente, la etimología de contemplación proviene también del latín *contemplatio*, acción y efecto de mirar con atención, con base en el prefijo *-con* ‘todo, junto’, *templum*, ‘templo, lugar sagrado para ver el cielo’, más el sufijo *-ción*, ‘acción y efecto’. De tal forma que la hipotética relación de «deseo» con dejar de ver los astros podría relacionar la «contemplación» con ver el cielo y, por afinidad, podríamos añadir, los astros.

El sabio griego afirma que el alma se eleva hacia aquello que ama, y en este viaje, el deseo es el vehículo de su ascensión. Cuando el alma llega a contemplar la belleza interior, el deseo se disuelve en contemplación. Pasaríamos de «dejar de ver los astros» a «volver a verlos».

Como decía Spinoza, no es la ausencia de deseo lo que nos hace libres, sino comprender sus causas, ya que entiende el deseo como la misma esencia del ser humano, «en cuanto que se concibe determinada por cualquier afección suya a hacer algo». Por tanto, si nos adentramos en la dimensión plena del deseo y somos capaces de huir de las limitaciones materiales —es decir, comprender que el deseo va mucho más allá de querer cosas materiales como viajar, un coche nuevo, una pareja perfecta, una noche loca, dinero—, el verdadero control del deseo no viene de la represión moral (entendida como lo que está bien y lo que está mal), sino de la unidad entre pensar, sentir y querer, tal como lo define Rudolf Steiner.

Fidelidad al espíritu

Precisamente, el lema de la escuela Nueva Acrópolis es «pensar, sentir y actuar». Cuando estos tres polos actúan en armonía, actuamos desde el espíritu libre. El deseo, por tanto, no se niega, sino que se purifica a través de la conciencia. En palabras de Steiner, «el acto libre es aquel en el que el deseo ha sido penetrado por la luz del pensamiento».

Por tanto, controlar el deseo es elevarlo a conciencia. No hay libertad sin deseo, pero tampoco hay libertad si el deseo domina. El punto de equilibrio es el acto libre. Cuando el querer nace de la intuición espiritual y no del impulso egoico, el ser humano se convierte en creador de sí mismo. La fidelidad es, entonces, fidelidad al espíritu.

La fidelidad es como un espejo del alma; los demás y también nosotros mismos podremos ver en él nuestros sentimientos y nuestros pensamientos reflejados en nuestras acciones cotidianas.

Vamos con un ejemplo. Si solo pienso (deseo) a otra mujer que no es la mía, por el simple hecho de «pensarlo», eso ya deja una marca en nuestra alma y, de algún modo,

acaba trascendiendo a la realidad material que vivimos. De alguna manera, afectará a mi personalidad y, por tanto, también a mi comportamiento. Si pienso en otras mujeres, si las deseo en mi interior, puedo disimular ante los demás, pero tarde o temprano ese impulso (en este caso, reprimido) que he escondido dentro de mí acabará saliendo de una forma u otra. Y cuando salga, puede ser un auténtico drama.

Todo esto nos lleva a que, si el deseo está en los cimientos de la fidelidad, basta con ser fieles a nosotros mismos —a nuestra esencia, que es compartida con todos— para que esa fidelidad también lo sea con el entorno (la pareja, la familia, el club de fútbol, la política...).

Si seguimos la tradición filosófica, el verdadero sentido de la fidelidad no es obedecer ni mantener una lealtad ciega, sino permanecer en coherencia con la esencia espiritual, con lo que «somos» en el fondo.

Se puede entender que una brújula no lucha contra el viento, simplemente sabe dónde está el norte. Imaginemos que vamos en una barca por el mar. El viento hay que entenderlo como los deseos cambiantes, las emociones, las modas, los convencionalismos. Todo lo relativo a «lo material». Pero la brújula interior, que representa nuestra conciencia, apunta siempre hacia el norte, es decir, hacia la verdad del ser. Cuando nos movemos fielmente a ese norte, podemos adaptarnos al viento sin perder el rumbo. No luchamos contra el viento (el deseo), sino que lo aprovechamos. El viento no es malo, es un medio para un fin.

Ser fiel, aquí, no es resistirse a la vida, sino navegarla desde un centro estable, donde el deseo ya no es un impulso ciego (material y egocéntrico), sino una voluntad lúcida (conciencia).

Conclusión

Respondiendo a la pregunta socrática de este artículo, nuestra reflexión sugiere que si somos capaces de arrinconar el deseo en su naturaleza puramente mental y logramos elevarlo a su naturaleza espiritual, no nos encontraremos en la bifurcación de tener que escoger a qué somos fieles, porque «seremos» aquello que debamos «ser», que es lo único a lo que deberíamos ser fieles.

Todo esto es muy sencillo de decir, pero muy complicado de aplicar. Como todo, necesitamos entrenamiento, cada día, para que nuestro pensamiento imaginativo lo vaya interiorizando. No se trata solo de «entender» o intelectualizar todo esto, sino de incorporarlo en nuestro interior para que se haga vivo y se manifieste en nuestro pensar, sentir y actuar. Y es que, como dijo Goethe, «saber no es suficiente, también debemos aplicar. Querer no es suficiente, también debemos hacer».

Bibliografía

- Livraga, J. Á. *¿Predestinación o libre albedrío?*
Plotino, *Enéada VI, Sobre el Bien o el Uno*.
Schopenhauer, A. (2004). *El mundo como voluntad y representación I*.
Steinberg, D. *La fidelidad, espejo del alma*.
Steiner, R. (2002). *Filosofía de la libertad*.
Spinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico*.

EL ÁTOMO y la estructura de la materia



Isabel Pérez Arellano

El átomo: la estructura de la materia

La preocupación por conocer la estructura de la materia no es nueva. Muchas culturas de la Antigüedad mostraron gran interés por descubrir aquello que subyace bajo el mundo manifestado. Una de las disyuntivas que siempre se barajó es si la materia era finita y contaba con elementos constitutivos primordiales o si, por el contrario, era algo continuo e ilimitado y el hombre podía considerarse suspendido entre dos abismos, el de lo infinitamente pequeño y el de lo infinitamente grande.

Leucipo y Demócrito de Abdera fundaron la escuela atomista en el siglo V a. C., y sus escritos representan el primer testimonio que se conoce de la existencia de los átomos. Demócrito nos habla de los átomos como elementos constitutivos de la materia, indivisibles, invisibles por la pequeñez de su masa, cuyas diferencias no son cualitativas sino solo en su forma y magnitud. Los átomos determinarían el nacimiento y la muerte de las cosas mediante su unión y disgregación, y la diversidad y el cambio de las cosas mediante su orden y posición.

Esta noción estuvo olvidada durante muchos siglos por la predominancia de las ideas de Aristóteles, quien afirmaba que la materia era continua, y como tal, podía dividirse *ad infinitum*.

Fue Dalton quien rescató este concepto de los átomos en 1803 porque explicaba las proporciones definidas que ocurrían en las reacciones químicas. Por ejemplo, para formar 44 gramos de dióxido de carbono (CO_2) se necesitan 12 gramos de carbono por cada 32 gramos de oxígeno, y esto es debido a que, por un lado, los pesos del carbono y del oxígeno respectivamente son 12 y 16, y, por otro lado, se unen dos átomos de oxígeno por cada uno de carbono. La materia estaba, por tanto, compuesta por partículas elementales, y las reacciones químicas eran intercambios entre esas

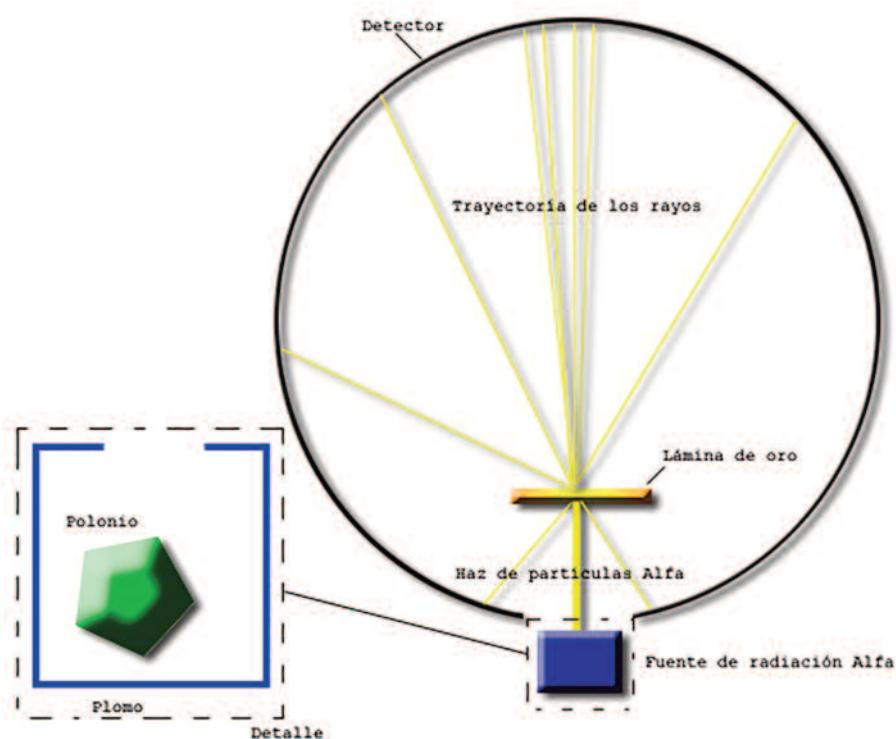
partículas. Desde entonces, poco a poco, se fue imponiendo la idea de su existencia, considerándose partículas últimas de la naturaleza e indivisibles; de ahí su nombre, *a-tomos*, sin partes.

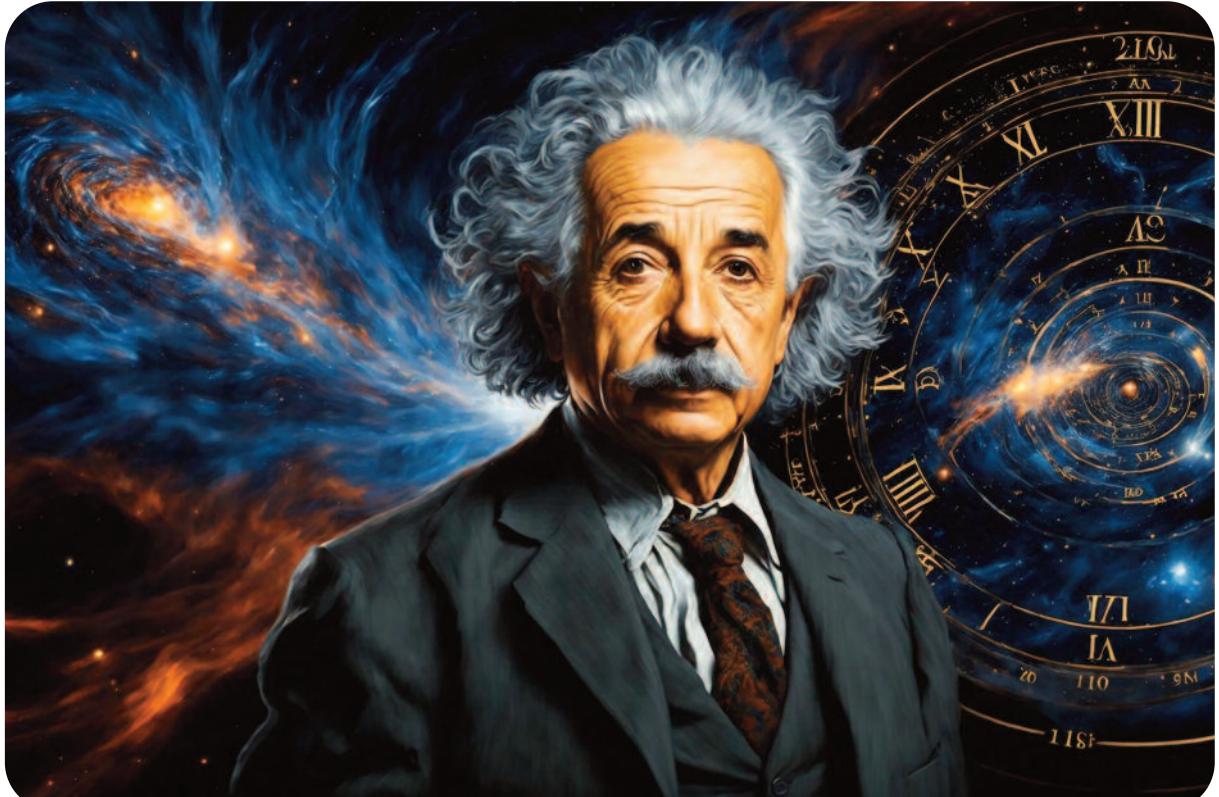
Sin embargo, a finales del XIX, con el descubrimiento de la radiactividad natural por Becquerel y los estudios subsiguientes llevados a cabo por Marie Curie, se vio que los distintos átomos debían de guardar alguna relación entre sí, ya que se estaba dando la transmutación de los elementos de que hablaban los alquimistas medievales, y los elementos radiactivos se desintegraban en otros elementos con propiedades químicas distintas.

Conforme se iban descubriendo nuevos elementos, los cimientos de la materia se hacían más numerosos, existiendo casi un centenar de componentes diferentes a partir de los cuales la naturaleza producía toda su diversidad. La progresiva complejidad se simplificó al descubrir el protón, el electrón y el neutrón, los tres componentes básicos de todos los átomos, por más distintos que parezcan. Esto significa que los elementos de la tabla periódica se diferencian unos de otros únicamente en el número de protones y electrones que poseen, y los elementos radiactivos se convierten en otros distintos al perder algunos de estos protones y electrones.

Thompson fue el primero en intuir que el átomo estaba compuesto por otras partículas elementales, descubriendo una de ellas, el electrón. Pero como todavía se creía que la materia tenía consistencia, su modelo atómico era compacto, como si fuese una tarta de nueces y pasas, donde tanto nueces como pasas, es decir, protones y electrones, estaban juntos.

Es ya un clásico de la física el experimento de Rutherford, quien bombardeó láminas de oro con rayos de partículas alfa (protones) provenientes de material radiactivo. Lo





que él vio es que no todos los rayos atravesaban las láminas de oro, sino que algunos se desviaban y otros incluso retrocedían. Para Rutherford fue la cosa más increíble que le había sucedido nunca. Él mismo dijo: «Es como si disparando proyectiles de unos 400 mm a través de un papel, algunos rebotasen».

Apoyándose en los datos aportados por este experimento, confeccionó un modelo del átomo en el que, como si se tratase de un sistema solar, los electrones orbitaban alrededor del núcleo donde estaban los protones, dejando una inmensidad de vacío entre ambos. Así quedaba explicado el hecho de que las pocas veces en que las partículas alfa pasaban cerca o chocaban contra los núcleos serían repelidas, por interacción electrostática entre protones.

Esta representación planetaria del átomo ha perdurado, pero su interpretación física ha sido radicalmente modificada. Las leyes clásicas de Newton no podían explicar cómo se mantenían orbitando estos electrones a la vez que emitían radiación electromagnética. Por tanto, hubo que desarrollar toda una concepción matemática nueva, que fue llevada a cabo por hombres como Bohr, de Broglie, Heisemberg, Schrödinger, Pauli y Dirac, y en donde se introdujo el concepto de discontinuidad aportado por Planck en 1900 y desarrollado por Einstein en 1905.

La física de finales del siglo XIX creía que había llegado a explicar todo el mundo físico conocido, salvando algunos fenómenos que, como la excepción de toda regla, seguían sin tener aclaración. El universo constaba de una mezcla de materia y radiación. La materia, compuesta de partículas, se explicaba por las leyes de Newton y la radiación, de naturaleza ondulatoria, seguía las leyes de Clerk Maxwell, el científico que unificó la electricidad y el magnetismo. Tal era la confianza en esa visión del mundo que Maxwell mismo afirmó: «En unos pocos años habremos determinado con una buena

aproximación las grandes constantes de la física, y la única ocupación de los hombres de ciencia será ampliar las mediciones con un nuevo decimal».

Entre los fenómenos que las teorías existentes no explicaban se encontraba la radiación de un cuerpo negro, es decir, la relación existente entre la temperatura que alcanza un cuerpo al aportarle calor y la cantidad de radiación emitida. Se suponía que, a mayor temperatura, mayor cantidad de energía emitida, pero los resultados no encajaban con esa suposición. Max Planck consiguió establecer una fórmula que lo explicaba, pero, para ello, tuvo que asumir que la energía se trasmítia en forma de paquetes diminutos, que él llamó cuantos, y que equivalen a $6,626 \times 10^{-34}$ julios/segundo, lo que desde entonces se conoce como constante de Planck.

Como muchos científicos antes que él, que creían que la Tierra era el centro del universo y consideraban el sistema heliocéntrico como un simple recurso para facilitar los cálculos matemáticos, o como aquellos que consideraban la existencia de las moléculas como algo irreal, que solo servía para explicar las leyes de las combinaciones químicas pero que no formaban parte de la estructura de la materia, también Planck renegó de la idea de la discontinuidad de la energía que él mismo había creado, y pasó muchos años intentando recalcular las fórmulas para eliminar esa constante.

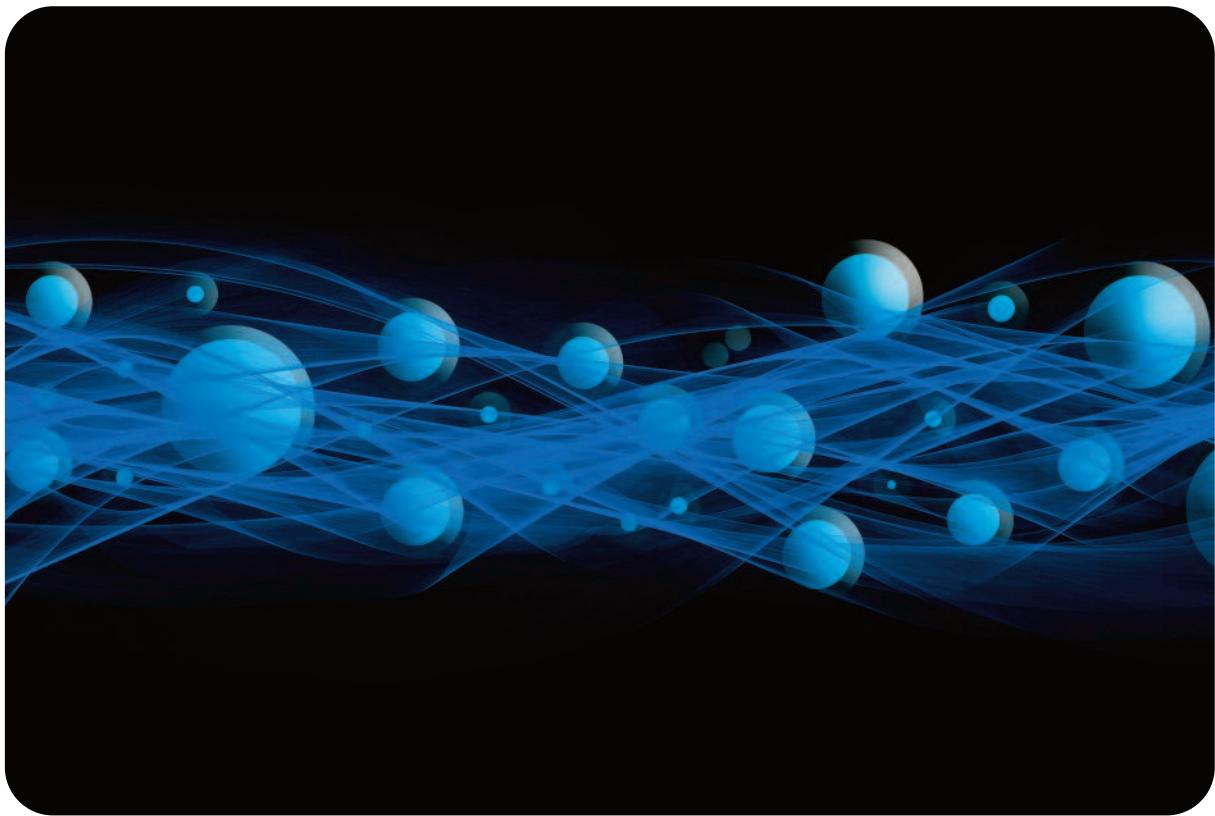
Fue Albert Einstein quien, definitivamente, demostró que los cuantos tenían una realidad como tal, durante la investigación del efecto fotoeléctrico. Tampoco en este caso se sabía por qué el choque de la luz con un metal provocaba que se desprendiesen electrones, sin que hubiese una correlación clara entre la intensidad de la luz y los electrones arrancados, es decir, el voltaje detectado. Se observaba que había longitudes de onda largas, esto es, radiación infrarroja, donde no se soltaban electrones, y otras más cortas —radiación ultravioleta— donde se desprendían muchos, de manera independiente a la intensidad de esa luz.

Si, como se creía, se trataba de la interacción de una onda con la materia, debía ocurrir algo parecido a lo que sucede cuando una ola de mar llega a la orilla y arrastra las pequeñas piedras de la playa. Por tanto, olas más grandes (más intensas) desplazarán más las piedras. Lo que sucedía es que las olas más grandes desplazaban más cantidad de piedras, pero todas hasta el mismo sitio, sin llevarlas más lejos. Y eso era muy intrigante.

Tras reflexionar sobre el fenómeno, Einstein demostró, no que la energía de la luz se trasmítia de forma discontinua, sino que ella misma era discontinua, es decir, que la luz estaba compuesta de pequeñas partículas llamadas desde entonces *fotones*. Para que la luz arrancase más electrones, no se trataba de hacer que las ondas tuvieran más intensidad, sino cambiar la frecuencia de las mismas, ya que los fotones de mayores frecuencias tienen más energía, mientras que, a mayor intensidad de luz, hay más fotones, pero todos poseen la misma energía.

Con los descubrimientos de Einstein, la perplejidad de la comunidad científica fue en aumento: la luz no solo era discontinua, sino que además era a la vez una onda y una partícula.

La representación del átomo se enriqueció con esta idea de discontinuidad, y así el modelo que propuso Bohr en 1913 introducía órbitas estacionarias, es decir, los



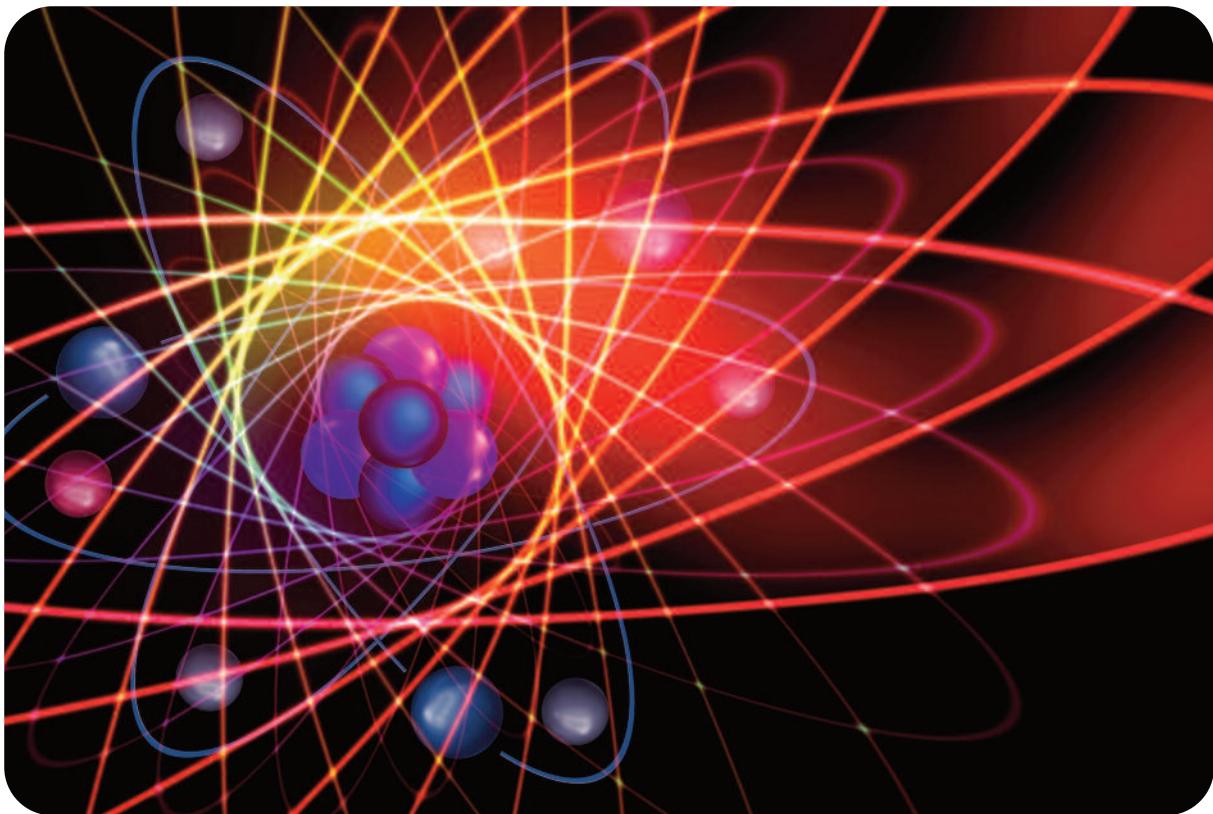
electrones no podían estar en cualquier sitio sino solo en unas zonas determinadas, en donde estaban estables y no emitían energía, siendo el paso de una órbita a otra lo que provocaba que se dieran los fenómenos radiantes.

De Broglie fue más allá al ampliar la idea de la dualidad onda/partícula a la materia. Si la luz, que es una onda, se comporta a veces como una partícula, ¿por qué no suponer que protones y electrones, que son partículas, puedan comportarse también como ondas? Efectivamente, así fue. Los experimentos le dieron la razón. Y a partir de esta concepción, Schrödinger creó la interpretación matemática que explicaba este hecho, donde las órbitas pasaban a ser nubes de densidad electrónica, u ondas de la probabilidad de encontrar al electrón.

A pesar de la deslocalización, la posición de un electrón en un átomo puede ser acotada, y viene definida por tres números llamados cuánticos (n , l , m) que se derivan de la ecuación de Schrödinger, y por el espín (s), un concepto que mide el impulso angular interno del electrón y que puede tomar únicamente dos valores, $\frac{1}{2}$ y $-\frac{1}{2}$. Solo le faltaba a Pauli enunciar su principio de exclusión, y a Heisenberg su principio de indeterminación para que los fundamentos de la física atómica estuviesen definidos.

El principio de exclusión dice que en un átomo no puede haber dos electrones con los mismos números cuánticos, esto es, ocupando la misma área, y que aunque un orbital puede albergar dos electrones, estos deben tener espines opuestos.

El principio de indeterminación, por su parte, dice que es imposible determinar simultáneamente de un modo preciso dos magnitudes complementarias, por ejemplo la posición y la velocidad de movimiento, no por problemas con los aparatos de medida, sino que se trataría de una característica intrínseca del mundo atómico. Por tanto, no tiene sentido hablar de órbitas electrónicas, porque no se puede conocer al mismo tiempo



la posición y velocidad de un electrón, que es lo que define una trayectoria. Por ejemplo, para determinar la posición de un electrón, deberíamos utilizar luz de longitud de onda corta, que no produce fenómenos de difracción, pero, al ser de alta frecuencia, le aportará al electrón parte de su alta energía, con lo que su velocidad quedará indeterminada. Si empleamos longitud de onda larga, la cantidad de movimiento del electrón no cambia, pero se producen fenómenos de difracción y queda indeterminada la posición del electrón.

Poco a poco, gracias a los experimentos llevados a cabo en grandes instalaciones que lo que provocan es la aceleración de partículas, se fue viendo que las partículas elementales no eran tales, y que existen nuevas partículas subatómicas como componentes básicos del átomo. La nueva estructuración significa una nueva vuelta hacia la complejidad. Sin embargo, con la reciente atención que se le está otorgando a la teoría de las supercuerdas, se aprecia un regreso hacia la idea de una gran simplicidad de la materia, abogando por una única sustancia o «cuerda» como su componente exclusivo, que simplemente tendría diferentes modos de vibración.

La física actual ya no considera como algo separado materia y energía; por tanto, su clasificación de las partículas incluye aquellas con masa, que nosotros consideraríamos materiales (llamadas fermiones, en honor a Enrico Fermi) y aquellas que no tienen masa, sino que tan solo transmiten fuerzas y que para nosotros son algo irreal, más bien «entes virtuales» (llamadas bosones, en recuerdo de Satyendranath Bose).

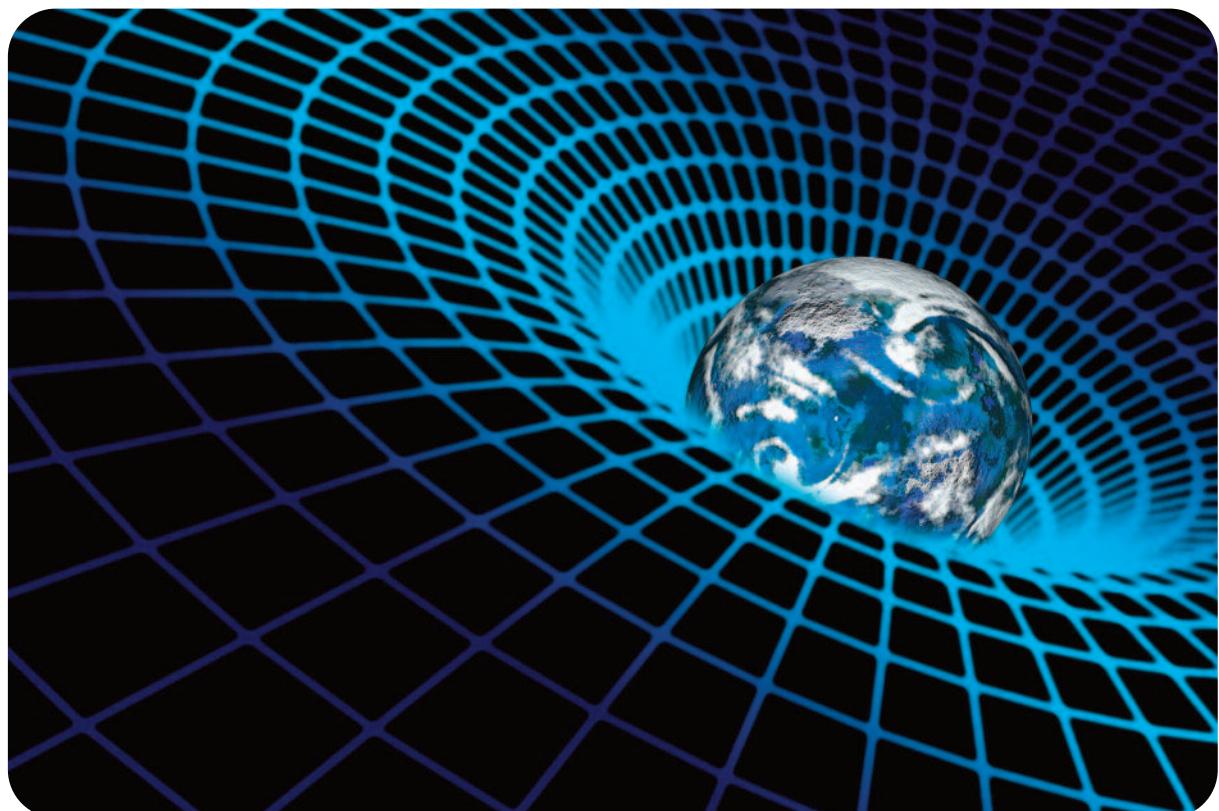
Los fermiones se dividen en leptones y quarks. El nombre de *leptón* deriva del griego y significa ‘delgado’, haciendo referencia a su poca masa, mientras que el término *quark* procede de un pasaje de la novela de James Joyce *El despertar de Finnegan*, en un intento de buscar denominaciones originales. Mientras que los leptones se encuentran aislados, los quarks aparecen siempre unidos formando pares o tríadas.

Hay seis tipos de leptones, llamados electrón (e), neutrino del electrón (ve), muon (μ), neutrino del muon ($v\mu$), tauón (τ) y neutrino del tauón ($v\tau$), siendo los más estables el electrón y el neutrino del electrón. Los quarks, que, de manera simbólica, se consideran «sabores», se denominan en inglés *up* (u), *down* (d), *charm* (c), *strange* (s), *top* (t) y *bottom* (b), y además se subdividen cada uno de ellos, en función de su carga de «color», en rojo, verde y azul, si bien dicha denominación es, una vez más, metafórica. Los quarks estables en la naturaleza son el *up* y el *down*, constituyentes de protones y neutrones.

Por si esto fuera poco, todas las partículas tienen su antipartícula, en presencia de la cual se desintegran, y además, de la «nada» pueden surgir nuevas partículas. Por ejemplo, rayos gamma de alta energía pueden dar nacimiento a un electrón y un positrón, así que la conversión de masa en energía y viceversa en el mundo de lo pequeño es un hecho frecuente.

Otro concepto que amplió sus significados con la llegada de la física atómica fue la definición de fuerza. Mientras que para la física newtoniana la fuerza es toda causa capaz de producir deformaciones sobre un cuerpo, ponerlo en movimiento o cambiar su velocidad, a nivel atómico se convirtió en la causa de todo cambio, reacción, creación o desintegración. Así, se empezó a hablar de interacciones más que de fuerzas, estableciéndose las cuatro fundamentales:

- * Interacción gravitatoria: la menos intensa de todas, conforma las estrellas, planetas y galaxias.
- * Interacción nuclear débil: la más difícil de comprender, causante de la conversión de un neutrón en un protón y viceversa. Afecta a los neutrinos.



* Interacción electromagnética: responsable de las combinaciones químicas, de los enlaces y la formación de moléculas. Al igual que la gravitatoria, es de largo alcance, disminuyendo con el cuadrado de la distancia.

* Interacción nuclear fuerte: responsable de la existencia de los núcleos de los átomos.

Estas fuerzas se transmiten gracias a los bosones, de los que existen distintos tipos:

* Fotón: transmite la fuerza electromagnética, es decir, la interacción entre partículas cargadas.

* Gluon: transmite la fuerza fuerte o cromodinámica, que es la interacción entre los quarks, partículas con carga de color.

* Weakon: transmite la fuerza débil, relacionada con la desintegración y emisión de partículas desde núcleos de átomos.

* Gravitón: transmite la fuerza de gravedad. Esta partícula todavía no se ha aislado.

Tanto las partículas subatómicas como las fuerzas, a excepción de la gravedad, se incluyen dentro de un modelo físico llamado modelo estándar.

Hasta ahora, se han descubierto más de un centenar de partículas diferentes en los aceleradores y su número va en aumento. De nuevo, los científicos sienten que es una cifra demasiado grande como para formar el basamento de la Realidad.



La teoría de las supercuerdas se perfila, por tanto, como esperanza de encontrar la sencillez perdida. Es una teoría que combina la relatividad y la física cuántica de un modo elegante e intuitivo. En vez de considerar la fuerza como intercambio de partículas, la explica como una propiedad del espacio. Entiende la realidad de una forma geométrica y considera la existencia de una única sustancia, la supercuerda, con un tamaño de 10^{-33} cm, que se «transforma» en todo el espectro de partículas conocidas según sea su modo de vibración. Además, esta teoría consigue explicar la gravedad: cuando la supercuerda se mueve en el espacio y en el tiempo, separándose y reuniéndose con otras cuerdas, fuerza al espacio-tiempo que lo rodea a curvarse, tal como las ecuaciones de Einstein predicen.

Sus inconvenientes son que no puede demostrarse la existencia de las cuerdas debido a su pequeño tamaño (el radio de un núcleo atómico, que mide 10^{-13} cm, es inmensamente grande en comparación) y que establece la existencia de diez dimensiones en vez de las cuatro que conocemos. Esta idea no es tampoco nueva porque, por ejemplo, en el Sepher Yetzirah de los hebreos, y en los escritos de los pitagóricos ya se hablaba de diez planos de la manifestación. Para explicar adónde fueron a parar las restantes dimensiones, se postula que en el momento del *big bang* seis de las diez dimensiones se doblaron y colapsaron, mientras que las otras cuatro se expandieron rápidamente. De alguna manera, nuestro universo se expandió a expensas de un universo paralelo que se redujo a nivel microscópico.

A la vista de los avances de la física atómica, podemos afirmar que la materia ha perdido la consistencia que tenía. Ya no es algo sólido, algo que se pueda medir, pesar, tocar, ni siquiera es algo que se pueda transformar en energía, como la famosa fórmula de Einstein nos dice, sino que ella misma es pura energía. La definición matemática de las partículas subatómicas conocidas implica que no es que estén hechas de energía sino que SON energía.

Ahora más que nunca recordamos esa idea de Maya que mencionan los hindúes, de la ilusión de los sentidos, del juego engañoso del universo manifestado, que se transforma continuamente y no tiene una REALIDAD verdadera.

El misterio ha vuelto a hacer aparición.

Bibliografía

¿Qué es la vida? Erwin Schrödinger. Tusquet editores, 1944.

Cuestiones cuánticas, editado por Ken Wilber, Kairós, 1984.

El cántico de la cuántica, ¿existe el mundo? S. Ortoli y J. P. Pharabod. Gedisa Editorial, 1984.

El espíritu del átomo, P. C. W. Davies y J. R. Brown. Alianza Editorial, 1986.

Historia del tiempo, Stephen Hawking. Editorial Crítica, 1988.

Investigación y Ciencia, Temas 31, «Fenómenos cuánticos», 2003.

Investigación y Ciencia, Temas 43, «Fronteras de la física», 2006.

Mecánica cuántica, Pau Artús y Ramón Crehuet. Editorial Océano, 2001.

Sobre *El filósofo autodidacta*



Cinta Barreno Jardí

El filósofo autodidacta de Ibn Tufail, hispanizado como Abentofail, es fruto del momento de gran esplendor del pensamiento musulmán en la península ibérica.

Al-Ándalus, un foco de luz

Durante ocho siglos, del 711d. C. hasta el siglo XVI, el mundo árabe-islámico dejó una profunda y duradera huella en al-Ándalus. Una vez consolidado el emirato de Córdoba, comenzaron a desarrollarse lo que los musulmanes llamaban las «ciencias antiguas», que eran todas aquellas que no se correspondían con las «ciencias árabes islámicas», ya que estas se centraban sobre todo en la religión, el derecho, la lengua y la literatura.

Será durante los siglos IX y X cuando al-Ándalus alcanzará su máximo esplendor, dando lugar a un importante y fuerte empujón a lo que modernamente hoy conocemos como las STEAM, siglas en inglés de ciencia, tecnología, ingeniería, arte y matemáticas, además de a la literatura y a la filosofía árabe, llamada *falsafa*.

Los hispanomusulmanes de al-Ándalus hicieron suyas las enseñanzas filosóficas greco-orientales, y, como dice el profesor de filosofía Ramón Sanchis, «las enraizaron en su fructífera imaginación y creatividad».

Gracias a ello resurgieron de nuevo la medicina, la farmacopea, las matemáticas, la arquitectura, la astronomía, la geografía, la historia y, destacando, la química y la alquimia, cuyos nombres proceden del árabe. Todo ello unido a una filosofía y literatura propias, que al igual que en el resto de las ciencias, dieron grandes nombres y también grandes frutos que han quedado para la posteridad, como por ejemplo, las grandes aportaciones en medicina de Avicena.

Y es que los grandes nombres de esta época, como Avicena, Averroes, Ibn Arabí, Ibn Tufail..., al igual que ocurrirá con los grandes nombres del Renacimiento europeo siglos más tarde, eran seres humanos multidisciplinares: médicos, astrónomos, filósofos, poetas, arquitectos...

Los conocimientos de al-Ándalus se transmitieron hacia los cuatro puntos cardinales influyendo y dando luz al pensamiento en otros lugares, sumergidos en una cruda Edad Media. Sus escuelas de traductores y grandes bibliotecas, como la de Córdoba y la de Medina Azahara, que resguardaban el saber como antaño había hecho la gran biblioteca de Alejandría, atraían a viajeros de todos los orígenes, facilitando el intercambio y esparciendo el conocimiento.

Ibn Tufail y la *falsafa*

Ibn Tufail nació a principios del siglo XII en Guadix (Granada).

Como hombre de su época, fue multidisciplinar: médico, filósofo, matemático y poeta. Contemporáneo de Avicena y Averroes, de quien se dice que era amigo, participó en la vida cultural, política y religiosa de la corte de los almohades en Granada.

Principalmente, es conocido por su obra *El filósofo autodidacta*, que es un compendio de las múltiples disciplinas a las que el autor se dedicó, y a través de ellas se centra en el problema de la unión del entendimiento humano con Dios, punto central de su filosofía y tema clave de la filosofía o *falsafa* árabe.

¿Filosofía árabe? Sí, filosofía árabe o *falsafa*.

Como nos explica Ramón Sanchis en su libro *Al Ándalus, puerta del pensamiento clásico en Europa, la falsafa*, como expresión de conocimiento, tuvo en la cultura árabe una duración limitada, de apenas unos tres o cuatro siglos, del siglo IX al XII d. C.

La *falsafa* dista del concepto occidental de filosofía, ya que no es una vía racional de comprensión de las grandes verdades o un mero ejercicio especulativo, sino un camino profundo, vivencial e intuitivo hacia la búsqueda de la verdad, mucho más cercano a la concepción clásica de la filosofía. Por este motivo, es difícil distinguir, en el pensamiento musulmán, entre *falsafa* (filosofía) y *hikmat ilahiya* (teosofía), entendida la teosofía como el conocimiento de la divinidad a través del desarrollo profundo y la iluminación interior. De aquí que muchas veces se confunda a los filósofos árabes con los sufís y viceversa.

En este ambiente surge *El filósofo autodidacta*, considerada una importante obra de filosofía, con una gran influencia en la literatura árabe, persa y europea. Seguramente estamos hablando de la segunda obra árabe más traducida después de *Las mil y una noches*. Personajes como Tarzán o Mowgli están inspirados en Hay, el protagonista de nuestra obra. Realmente esta maravillosa obra es fruto de su época.

Revelación y pensamiento filosófico: dos caminos de conocimiento de la verdad

Si nos vamos más allá de al-Ándalus y la *falsafa*, lo que preocupa al pensador de aquella época, fuera cual fuera la religión, era el conocimiento que se genera a través de la

revelación y el pensamiento filosófico, que plantea el conocimiento por la reflexión de los fenómenos que se pueden constatar.

Los dos caminos de conocimiento, la revelación y el pensamiento filosófico, tienen en común el desvelamiento de la realidad interna y propia del ser, lo que Ibn Tufail llama VERDAD.

La verdad de Ibn Tufail no es la verdad inmediata que queremos hoy en día, es la verdad profunda, la verdad como lugar y esencia del ser, que hoy hemos olvidado, como nos recuerda Raimon Arola en el prólogo del libro.

La verdad se identifica con Dios, con el Ser Superior, centro de toda la existencia, Ser de Seres. Toda la reflexión de Ibn Tufail se basa en la búsqueda de la verdad, en la búsqueda del origen de la existencia, y va más lejos aún, porque no solo busca conocer este punto, sino probarlo.

Y como nos dice el propio Ibn Tufail sobre *El filósofo autodidacta*:

Hemos, pues, juzgado oportuno ofrecerles una ligera reseña del secreto de los secretos, para atraerles del lado de la verdad (...). Con todo, no hemos dejado los secretos que hemos confiado en estas cortas páginas sin un débil velo que será prontamente rasgado por aquel que sea digno de ello, y que resultará muy tupido para quien no merezca pasar adelante, de tal modo que será incapaz de atravesarlo (...).

¿Quién es el filósofo autodidacta?

Su nombre es Hay Benyocdán, que en árabe significa ‘el viviente, el hijo del Vigilante’. Para los musulmanes, el Vigilante es el ser supremo, siempre despierto y atento, porque no necesita reposo.



El origen de Hay es incierto. Hay quien dice que fue abandonado en una isla solitaria, como otros tantos relatos de la historia de la humanidad, y otros que nació sin procreación de una extraña suerte de circunstancias que se dieron en la isla solitaria. Sea cual sea su origen, la cuestión es que Hay crece solo en la isla solitaria donde de pequeño es amamantado y criado por una gacela, hasta que a los siete años la gacela muere.

Curiosamente, Ibn Tufail nos va contando la vida de Hay mediante septenarios. Si tenemos en cuenta lo que se conoce como constitución septenaria —la concepción sobre el ser humano que tenían las antiguas civilizaciones que hoy se pierden en la historia, que conciben al ser humano compuesto por una especie de siete motores o vehículos que animan al ser viviente—, podríamos decir que la vida de Hay, o la evolución de Hay, es un recorrido por estos siete vehículos de la antiquísima constitución septenaria del ser humano. Los cuatro vehículos inferiores constituyen la personalidad humana, la vestidura, aquello que nace y muere y es distinto para cada ser: físico, energético, emocional y mente concreta. Y los tres vehículos superiores, la tríada, constituye aquello indiviso a lo que no le afectan los cambios, ni la vida, ni la muerte. Se trata del ser, lo que ha sido, es y será siempre: mente espiritual, intuición y voluntad.

Los primeros cuatro septenarios de la vida de Hay

Hay, tras la muerte de su «madre-gacela», se desespera y busca la causa preguntándose: «¿Qué es lo que tenía mi madre que ahora no tiene y que le impide vivir?». Como exteriormente no ve nada, abre el cuerpo y al final llega al corazón, e intuye que es el centro vital sin cuyo impulso no existe la vida.

Hay tiene siete años cuando pierde a su madre. Es a partir de este momento cuando empieza el proceso de conocimiento de la naturaleza que le llevará a conocer la realidad última del ser, la verdad primera y causa de todos los fenómenos, hasta convertirse en el filósofo autodidacta.

Este proceso de conocimiento de la naturaleza se basa en el sistema aristotélico de categorización de la realidad y sus fenómenos, pero no basado en la razón, como principio y fundamentación del ser, sino mediante la pura observación de la realidad con el sentido común, el raciocinio y la curiosidad de un ser en solitario, sin ningún tipo de influencia ni revelación.

Durante este primer septenario, Hay no se ha tenido que preocupar de nada. Si tenía hambre, sed, frío o calor, su «madre» se ocupaba de todo: un simple llanto o gemido del pequeño y ella estaba allí para cuidarle. A partir de ahora debe espabilarse, y es muy bonito ver cómo va escalando por la constitución septenaria.

En los siguientes tres septenarios, Hay se centra en la observación de todo lo que le rodea. Con la observación franca y atenta de la realidad, ayudado por el instinto de supervivencia, va descubriendo las diferencias entre él, los minerales, los vegetales y los animales.

Se da cuenta de que, pese a las enormes desventajas físicas que tiene respecto a otros animales y que lo sitúan en inferioridad de condiciones ante las adversidades climáticas o el conseguir comida, tiene algo que lo diferencia, que le permite suplir esas desventajas con elementos que va construyendo con sus manos.

Al mismo tiempo que descubre las diferencias, también va concienciando lo que comparte con los distintos reinos existentes en la naturaleza.

Por un incendio en la isla, debido a causas naturales, descubre el fuego físico, símbolo del fuego mental. Percibe, sin saberlo, esa chispa divina que nos legó Prometeo a los seres humanos, «robándosela» a los dioses y por lo cual fue duramente castigado.

Hay, fascinado por la bondad de sus efectos y de su poder, se da cuenta de que lo que le faltaba al corazón de su madre-gacela, el calor de la vida, debía de ser de la misma sustancia que el fuego.

Hasta el descubrimiento del fuego, todo su aprendizaje fue para encontrar su lugar «físico» en la isla solitaria y sobrevivir. Pero el fuego le permitirá acabar de desarrollar su personalidad, tomar conciencia de lo perecedero y corruptible y de la variedad de las formas.

Entiende que es más importante lo que comparte con los minerales, vegetales y resto de animales que lo que lo diferencia de ellos. La comprensión de esto empieza a hacérsele más y más fehaciente, dándose cuenta de que todo participa de una misma cosa, de la cual él también participa. Empieza a intuir la existencia de algo eterno, no sujeto a los cambios.

Descubre el alma sensitiva de los animales, el alma vegetativa de los vegetales y la forma y naturaleza de los cuerpos inanimados, llegando a considerar la creación como una unidad. Empieza a atisbar la idea de un Agente voluntario creador de todos los cuerpos sujetos a la generación y a la corrupción.



Como nos dice Avicena: «Cuando la voluntad del hombre llega a ciertos términos y se ha ejercitado hasta cierto punto, preséntanse a él ciertos destellos, vislumbres procedentes de la luz de la Verdad».

Los tres últimos septenarios de la vida de Hay

El fuego le alumbra ese hilito de oro llamado en sánscrito Antakharana, que une su personalidad, forjada durante sus cuatro primeros septenarios, con la realidad interna y propia de su ser.

Así, al final de sus veintiocho años, entramos en la tríada de la constitución septenaria. Su mirada se dirige hacia arriba. Ahora sus observaciones se centrarán en la bóveda celeste.

Observando el curso de los astros llega a la conclusión de que el orbe celeste es también una única cosa y que todos los seres anteriormente estudiados —minerales, plantas, animales— y él mismo, constituidos por los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego), también forman parte del orbe celeste. Adquiere la evidencia de que todas las cosas del mundo son una sola cosa, una UNIDAD, y confirma la necesidad de la existencia de un Agente voluntario creador de todo.

Entonces le surgieron muchas dudas sobre la creación del mundo: «¿era una creación del no ser o era un ser que no había dejado de existir?». Llega a la conclusión de que da igual cómo se haya creado el mundo, ya que en cualquiera de los dos casos existe la necesidad de un Agente creador. «Así pues, todo el mundo es causado y creado por este Agente cuyo mandato, cuando desea una cosa, consiste en decir: Sea; y es (...)».

Comprende lo que en la filosofía hindú llaman la respiración de Brahma: el Manvántara, cuando el espíritu se expande (espiración) y el Pralaya, cuando el espíritu se retrae (inhalación).

Así, a sus treinta y cinco años, llega al fin de su quinto septenario. En este punto comprende que este Agente (o Dios) está en todas las cosas y todas las cosas están en Él.

En este momento había arraigado tanto en él la idea de un Agente creador que su corazón se olvidó del mundo inferior y sensible, y se unió al superior e intelectual.

Cada vez tiene más necesidad de atrapar esos destellos de la luz verdadera, y su anhelo por llegar a ella cada vez se hace mayor. ¡Debía saber cómo mantenerse en esos destellos de luz!

Así que, primero, quiere averiguar por qué medios ha conseguido la noticia de ese Agente creador. Descarta que sea a través de sus sentidos: vista, oído, tacto y gusto, ya que ellos solo alcanzan el mundo sensible. Busca en su interior y constata que este conocimiento le ha venido de su propia esencia. Entonces se cuestiona si su noble esencia puede corromperse y llega a la conclusión de que no es corruptible, porque no pertenece al mundo sensible.

Vuelve a observar el mundo sensible y confirma que los otros seres vivos de su alrededor no son conscientes de aquel Ser, ni se sienten atraídos hacia Él, aunque también forman parte de Él.

Eleva su mirada hacia los astros y se percata de que ellos sí que tienen conciencia de ese Ser. Sus movimientos regulares, el orden que siguen, su luz, entre otras cosas, se lo corrobora. Así llega a la conclusión de que comparte el conocimiento de este Ser con los astros.

Comprende que su naturaleza es doble: corruptible como ser sublunar con cuerpo; y eterna como ser celeste, al compartir el conocimiento del Ser con los astros. Advierte que el mantenerse en la parte celeste requiere mucho esfuerzo, pero está dispuesto a ello:

Debe cuidar de su cuerpo y atender a sus necesidades del mundo sensible, aunque es consciente de que estos reclamos del cuerpo lo distraen de la visión del Ser. Para ello decide darle al cuerpo lo suficiente para la subsistencia y seguridad. No puede despreciar el cuerpo porque ha sido creado con algún fin.

Debe imitar el comportamiento de los cuerpos celestes. Para ello, por un lado, dispone su ánimo para ayudar a cualquier vegetal o animal atormentado por la necesidad; y, por otro, requiere conservar su persona en una continua pureza.

Debe asemejarse al Ser, abstrayéndose de su esencia y de todas las demás, para ver al Ser único, vivo y permanente.

Se ejercita en estas tres acciones hasta al final de su séptimo septenario. Cada vez le cuesta menos llegar a las visiones del Ser único y verdadero, logrando un estado de misticismo que le proporciona gran alegría, y que cada vez se mantiene más en él.

Compartir la joya

Fue entonces cuando conoció a Asal, un seguidor de alguna secta de algún antiguo profeta, que fue a la isla solitaria de Hay para aislarse del mundo y llegar al misticismo, a la experiencia directa e inmediata de Dios.

Establecieron amistad. Asal le enseñó a hablar; así, Hay pudo explicarle sus experiencias de conexión con el Ser verdadero, separadas de la civilización y de toda revelación.

Asal quedó perplejo, porque todo lo que Hay le explicaba coincidía con su ley (el Corán), con los mandamientos de su Dios. Se le abrieron los ojos del corazón y se le iluminó la inteligencia haciéndosele más asequibles los métodos de la interpretación mística.

Después, Asal le explicó a Hay su mundo y el Corán. Hay tampoco encontró discrepancias. Lo único que no le terminaba de gustar a Hay era el uso excesivo de símbolos y paráboles, que para él eran distracciones del fin último.

Con la concordancia entre lo que le había sido revelado a Asal y lo que Hay había experimentado, Ibn Tufail quiere demostrar que la VERDAD —el absoluto o Dios—, conocida mediante la revelación o mediante la filosofía, es la misma.

Y sigue la historia

Al igual que el ser humano que sale a luz en la caverna platónica y vuelve a entrar a ella para liberar a sus compañeros, Hay tiene la necesidad imperiosa de ir a la isla vecina para demostrar a sus congéneres la posibilidad de llegar a lo que él ha llegado. Y aunque Asal le advierte que no todos los seres humanos están preparados para ello, es tal el ímpetu de Hay que le convence para volver con él a la civilización.



Hacen el intento, pero Hay se da cuenta de que la verdadera vida intelectual, filosófica o la vida religiosa, no se puede dar en una sociedad que practica una religión reducida a ritos formales y al cumplimiento meramente externo e hipócrita de las leyes religiosas.

Es admirable —y a la vez triste— ver cómo Hay, con una loable humildad e inmensa grandeza de corazón, se disculpa ante aquellos que no lo han sabido entender. Comprende que ha sido muy osado al querer desvelar la verdad al resto de seres humanos cuando no todos estamos preparados para ello, como ya le advirtiera Asal.

Así que, Hay y Asal retornan a la isla solitaria para recuperar el estado de la sublime contemplación.

Y esta es la historia de Hay, Asal y algún otro personaje no mencionado: «ejemplo para los avisados, consejo para los que tienen corazón y prestan oído, pues él es testimonio».

Bibliografía

El filósofo autodidacta. Abuchafar Abentofail. Ediciones Obelisco.

Al Ándalus, puerta del pensamiento clásico en Europa. Ramón Sanchis. Ediciones Almuzara.



www.revistaesfinge.com